REPUBLICA DE COLOMBIA

BOLETIN
DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

ORGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

Director: GUSTAVO OTERO MUÑOZ

Redactores: VÍCTOR E. CARO, GUILLERMO HERNÁNDEZ DE ALBA

VOLUMEN XXI NUMEROS 241-242

JUNIO Y JULIO DE 1934

Imp. de «La Luz»—Lisandro Franco B.—Carrera 7.ª, N.° 14-60

TABLA

Págs.

I GALERÍA DE HISTORIADORES NEOGRANADINOS: Pedro Cieza de León..... 257

II ORÍGENES DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA, por Roberto Botero Saldarriaga..... 259

III PANTANO DE VARGAS, por Carlos Cortés Vargas..... 273

IV FRANCISCO DE PAULA SANTANDER, Capítulo III. El organizador de la victoria, por R. O. Rivera..... 284

V HISTORIA DE LA LITERATURA COLOMBIANA. Capítulos IV y V, por Gustavo Otero Muñoz..... 306

VI NOTAS SOBRE EL PUEBLO PANCHE, por Alejandro Carranza B. 330

VII CRÓNICA DE LA ACADEMIA. El retrato del General Tomás Herrera. En honor del Presidente electo del Ecuador. (Discursos de los señores García Samudio y Otero D'Costa). Los festejos patrios. Discurso del Presidente de la Academia en el campo de Pantano de Vargas..... 342

VIII SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA, por Manuel José Forero..... 358

IX ARCHIVO SANTANDER. Cartas inéditas..... 365

X EXTRACTO DE ACTAS: sesiones del 1.° y 15 de julio, 1.° y 16 de agosto de 1933, por Roberto Cortázar..... 380

BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

ORGANO DE LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

DIRECTOR: GUSTAVO OTERO MUÑOZ

REDACTORES: VICTOR E. CARO, GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

Volumen XXI | Colombia—Bogotá, Junio y Julio de 1934 | Nros. 241-242

GALERIA DE HISTORIADORES NEOGRANADINOS

PEDRO CIEZA DE LEON

Los orígenes de este célebre historiador son desconocidos, tanto como su libro es reputado por uno de los más importantes sobre la conquista de la América meridional. Se le supone oriundo de Sevilla, y sábese que pasó al Nuevo Mundo en 1531, a los trece años de edad. Este dato, con la obscuridad de su cuna y su infancia, trae el recuerdo de aquellos Rinconetes, Lazarillos y Cortadillos que se desgarraban de la casa paterna para caer en las redes de cualquier Monipodio, jefe de banda hampesca, o de cualquier Pizarro, jefe de banda heroica. Unos emigraban de escarmentados, otros de inexpertos, y entre ellos debió contarse este niño de trece años, llamado Pedro de Cieza de León, que halló en América la oportunidad de su gloria.

Aquí, en efecto, vivió los mejores años de su vida; aquí maduró su indiscutible talento natural; aquí tuvo su palestra de soldado y su academia de historiador; aquí aprendió, no sabemos cómo ni cuándo, la copiosa erudición que muestra en ciencias históricas y geográficas. Por eso América es la verdadera patria de Cieza (1).

Compañero de Pedro de Heredia en 1537, afilióse al partido del licenciado Badillo cuando éste llegó a Cartagena como

(1) Ricardo Rojas, «La Literatura Argentina. Tomo III. Los Coloniales.»

juez de residencia de aquél. Bajo sus banderas y las del Teniente general Francisco César marchó en la expedición de la conquista del sur, organizada por Badillo para cohonestar su conducta atrabiliaria con los Heredias. Según propia confesión, Cieza empezó a escribir entonces su historia, en el año de 1541, y la concluyó en la ciudad de los Reyes, el año 1550. Si había nacido en 1518, como se supone, contaba apenas treinta y dos años cuando concluyó aquella vasta enciclopedia sudamericana que lo ha inmortalizado. Y no de otra manera puede calificarse su obra, que no se reduce a la *primera parte*—publicada en vida del cronista—sino que comprende otra más, considerada perdida hasta 1862, en que fue impresa en la *Nueva Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra.

Los dos libros contienen páginas relativas al Nuevo Reino de Granada, a más de constituír un minucioso cuadro sobre la geografía de la América meridional, su fauna, flora y gea, seguido de la historia social de los indios, su gobierno, religión y costumbres, junto con la de la conquista española, desde las correrías de Cieza en el descubrimiento del rico valle de Guaca, en Antioquia, hasta la pacificación del reino de los Incas, realizada por el licenciado don Pedro de la Gasca.

Cieza debió regresar de Lima a Sevilla hacia 1552, quizás con el propósito de publicar su libro, cuyo tomo primero estampó Montesdoca el año siguiente, bajo el título de «*Parte primera de la Chronica del Peru. Que tracta la demarcación de fus prouincias: la defcripcion dellas. Las fundaciones de las nueuas ciudades. Los ritos y coftumbres de los indios. Y otras cofas eftrañas dignas de fer fabidas. Fecha por Pedro de Cieza de León vezino de Seuilla.*» Nucio y Juan Bellero, impresores de Amberes, repitieron la edición en 1554; Agustín Cravaliz tradújola al italiano, y la dio a luz en las prensas de Valerio Dorigli en 1555; al año siguiente se reprodujo en Venecia, en donde salieron dos ediciones más en 1560 y 1576. De suerte que, dado este éxito, no se explican los inconvenientes pecuniarios o de orden moral que impidiéronle a su autor imprimir la segunda parte antes del fallecimiento de Cieza, ocurrido en 1560. Este códice, comprado en 1849 por el bibliófilo Lennox, de Nueva York, permaneció inédito hasta 1862, como queda dicho, y se publicó entonces con el título de «*Tercer*

libro de las guerras civiles del Perú, el cual se llama la Guerra de Quito.»

Tales son las breves noticias que se tienen sobre uno de los mejores historiógrafos de Indias. Nicolás Antonio habla de él someramente en su *Biblioteca*, y nuestro cronista fray Pedro Simón le juzga muy a la ligera diciendo de su obra que «aun cuando Cieza escribió muy a los principios, se fió de relaciones poco seguras y escasamente experimentadas.»

G. O. M.

Orígenes de la Academia Colombiana de Historia

El cultivo y conocimiento de la historia patria es la base positiva de toda educación tendiente al desarrollo y afianzamiento del sentimiento nacional.

Transitando por la amplia senda de la verdad y de la libertad, es como las instituciones humanas lograron llegar hasta las más altas cimas del progreso y de la gloria; la fuerza de nuestra tradición racial nos empuja sobre esa vía de conquistas diarias de nuevas y destacadas posiciones en la existencia civil de nuestra patria.

En nuestra tierra, desde los más lejanos días de la dominación española, se fundaron y fomentaron las instituciones de estudios científicos y literarios y se protegieron sus producciones, siempre dentro de la rigidez de los principios oficiales y religiosos de la época, pero, en todo caso, el ambiente social fue propicio a las tradiciones e inclinaciones del pueblo granadino, en todo tiempo dado al cultivo de las letras y de las artes, y origen, aquellos centros de especulaciones científicas, de la transformación social que llevó nuestra patria hacia su autonomía y libertad.

Esa herencia recogida y ampliada, conforme al espíritu de la revolución, por los fundadores de la república, enriqueció, glorificó más de un capítulo en la magna historia de la lucha por la independencia.

Era, pues, un hecho natural e ineludible, que al finalizar la guerra, al emprender los granadinos la reconstrucción pacífica y

progresiva del país, impulsando la educación y cultura nacionales, surgieran como un brote natural y espontáneo de las tradiciones y gusto de los colombianos, toda clase de sociedades dedicadas al cultivo y estudio de las ciencias y de las artes.

Vamos a consignar en este ligero estudio los intentos que para fundar una Academia Nacional de literatura y ciencias, en que naturalmente se comprendian los estudios históricos, se procuraron en distintos períodos de la existencia como pueblo libre de esta república, por los más esclarecidos espíritus de las avanzadas sociales, quienes tropezaron muchas veces con las dificultades de un medio, no precisamente hostil a esas aspiraciones, sino embargado por luchas que absorbían y paralizaban todas las energías y deseos de la nación.

Esas investigaciones nuéstras, sobre el origen oficial de la creación de una Academia nacional de literatura y ciencias, nos han llevado forzosamente al punto de partida de donde arrancan todas las grandes iniciativas creadoras de la cultura y progreso patrios: a las administraciones públicas del General Francisco de Paula Santander.

El *scholar* de los claustros de San Bartolomé, dueño de un método y acción administrativos, clásicos en los estudios del célebre instituto, se aplicó al desarrollo de una organización nacional cuyos alcances y realizaciones admiran más y más a medida que se les estudia y analiza serenamente.

La escuela legalista y conceptuosa en que se nutriera su joven inteligencia y se educara su carácter, hubo de transformarse en creadora y práctica al contacto de la más extraordinaria y violenta de las realidades humanas: la guerra, en todos sus odiosos aspectos de aniquilamiento de las fuerzas vivas.

Mas en la paz, el General Santander, al frente de la primera administración pública de la Gran Colombia, sustantiva con sus talentos, en las más previsivas organizaciones, la gloriosa aventura que llevó los soldados de la república victoriosos hasta los extremos de la América meridional, como cruzados de una libertad común a los pueblos hermanos de todo el Continente.

Y a pesar de tan ingente trabajo, al Hombre de las Leyes, no lo preocupaban más los problemas de la guerra que los postulados de la paz. Profundo estadista, sondeador certero del alma

nacional, preparaba cuidadosamente los elementos culturales, que deberían estar listos para los días que siguieran al de la victoria final; procurando desde luego un justo equilibrio entre las fuerzas sociales que la guerra había dislocado tan profundamente.

Santander fue uno de esos exponentes sociales en que la nación reconocía su propia fisonomía.

La instrucción pública: hé aquí su pensamiento básico en la política, su gran creación, su tributo sabio y constante a la índole y anhelos del pueblo colombiano.

Cuando por las distintas fronteras del país el grito de los soldados vencedores se realzaba con los aceros amenazantes esgrimidos al aire; cuando pretendían que esos aceros pesaran en el porvenir de la República como el de Breno en la insidiosa balanza, delante de Roma, para exigir el rescate por sus servicios, Santander, con el patriciado granadino, se obstinaba en fundar colegios, escuelas y academias, para preservar la obra de cultura y de paz de los Nariños, Torres, Lozanos, Acevedos y otros padres de la patria.

Y a pesar de que como casi todos los mandatarios que asumen la grave responsabilidad de sus actos creadores, sufrió el supremo dolor de ser incomprendido, voluntariamente, por sus más íntimos colaboradores, continuó imperturbable en su obra, y tuvo el sentimiento real de que interpretaba fielmente el genio de la raza granadina, y de que sus actos perdurarían en la existencia del país como decisivamente benévolos para su desarrollo y su avance social.

La Ley de 18 de marzo de 1826, sancionada por el Vicepresidente, General Santander, «sobre organización y arreglo de la instrucción pública», constituye por sí misma un verdadero código sobre la materia. De su Capítulo III, que lleva por título: «De la Academia Nacional y de las Sociedades departamentales», tomamos los artículos que siguen:

«Artículo 15. La Dirección General cuidará oportunamente de promover el establecimiento de una Academia literaria nacional en la capital de la República.

«Parágrafo 1.° La Academia se compondrá de veintiún individuos de número, y de los corresponsales que elija el mismo cuerpo, dentro y fuéra de la República.

«Parágrafo 2.° El objeto de la Academia nacional será establecer, fomentar y propagar en toda Colombia el conocimiento y perfección de las artes, de las letras, de las ciencias naturales y exactas, y de la moral y de la política.

«Parágrafo 3.° El Poder Ejecutivo nombrará por la primera vez los individuos que deban componer la Academia, mas en lo sucesivo las vacantes se llenarán por votación libre de los académicos.

«Parágrafo 4.° Establecida la Academia, formará un reglamento para su arreglo y organización, que por medio de la dirección y con su informe pasará al Poder Ejecutivo».

Pero todas estas disposiciones legales, como la marcha general del país dentro de la educación e instrucción cívicas, impulsada por la sabia administración del General Santander, se vieron postergadas por los graves acontecimientos políticos que privaron a la República de su régimen constitucional y legal, paralizando por algún tiempo las brillantes iniciativas educadoras del Vicepresidente de la República.

Cuando el país, tras el colapso que le hicieran sufrir los gobiernos dictatoriales y militarista intruso, logró recuperar su estado normal y de equilibrio social con la vigencia de un régimen constitucional y democrático, y el General Santander fue llamado por el pueblo granadino a presidirlo en ese momento de reconstrucción nacional; él, que había viajado por el exterior, estudiando, observando el movimiento contemporáneo de avance al impulso de la revolución libertadora de julio de 1830 en los pueblos europeos; aprendiendo la lección práctica de sus administraciones políticas y elementos empleados para obtener el más alto grado de cultura y educación populares, dado el medio y oportunidades de cada país; volvió con mayores fe y brios a sus primeros programas educacionistas, y dictó su decreto de 15 de noviembre de 1832 que ordenaba:

«Artículo 1.° Se establece la Academia Nacional de la Nueva Granada con veintiún miembros, en los términos prescritos por la ley de 18 de marzo de 1826, y para los objetos que ella determina.

«Artículo 2.° Se nombrarán miembros de la Academia Nacional: 1.° A los granadinos que pertenecían a la Academia Nacio-

nal de Colombia, a saber: los señores Vicente Azuero, José Manuel Restrepo, Manuel Benito Rebollo, José María del Castillo y Rada, Francisco Soto, Jerónimo Torres, Santiago Arroyo, Pedro Gual, Francisco Vergara y Benedicto Domínguez. 2.° A los señores Joaquín Mosquera, Diego Fernando Tómez, Rufino Cuervo, Joaquín Acosta, Reverendo Obispo de Santa Marta, Joaquín García, Lino de Pombo, Manuel María Quijano, Juan María Céspedes, General Hilario López y José María Triana.

«Artículo 3.° La Academia se instalará el 25 del próximo mes con la posible solemnidad, en el modo que se dispondrá sucesivamente».

Presididos por el primer mandatario de la nación y en el palacio de gobierno se reunieron, conforme al decreto anterior, los señores: Ilustrísimo Obispo de Santa Marta, Vicente Azuero, Diego Fernando Gómez, José Manuel Restrepo, Francisco Soto, Manuel Benito Rebollo, José María del Castillo y Rada, Pedro Gual, Estanislao Vergara, Benedicto Domínguez, Rufino Cuervo, Juan María Céspedes, José María Triana y Joaquín Acosta.

El objeto de esta reunión era el de la fundación de la Academia colombiana, y dado tan eminente personal y sus antecedentes políticos, no puede menos de admirarse la imparcialidad y alteza de miras del General Santander; él mismo declaró instalada la Academia por medio del siguiente discurso:

«Señores: La patria os llama por el órgano del gobierno a componer la Academia nacional de la Nueva Granada. Vuestra comisión se contrae a establecer el imperio de la verdad en esta naciente República, afianzarlo y conservarlo perpetuamente. Vuestras luces y vuestro patriotismo me inspiran la más fundada esperanza de que os dedicaréis asiduamente a corresponder el bello encargo que la patria os confía. Ya que somos tan dichosos de que algunos de nuestros primeros guías en la carrera de la independencia y de la libertad escapasen del estrago general causado por la cuchilla española, y de que la discordia civil respetase los preciosos renuevos que 22 años de sacrificios han fecundado, debemos marchar con el siglo, concurriendo a comunicar a nuestros compatriotas las verdades útiles, que hacen desarrollar la civilización intelectual, industrial y política. La ley os señala vuestros deberes; vuestro patriotismo os indicará la senda que

debéis seguir con perseverancia. Si obstáculos inherentes a la infancia de nuestra sociedad embarazaren vuestra marcha, vuestros patrióticos deseos, lo espero con entera confianza, os proveerán de los medios de superarlos. Entrad, pues, señores en esta carrera de gloria para vosotros, y para vuestro país; con la convicción íntima de que un día citarán los granadinos con respeto y gratitud a los que hoy vienen a fundar nuestra Academia nacional. Os pregunto, señores: ¿Prometéis a la patria cumplir fielmente vuestros deberes?

—Sí prometemos, contestaron los académicos.

Y Santander finalizó así su discurso: «Declaro, pues, que por autoridad de la ley queda instalada la Academia Nacional de la Nueva Granada».

Al tomar la moderna Academia colombiana de historia como lema de su escudo la sentencia latina, *Veritas ante omnia,* tan sólo marchaba sobre la honrosa y conocida senda que le trazaron los próceres granadinos fundadores del primer instituto de historia: compárese esa sentencia con esta frase del discurso inaugural de Santander, que venimos comentando: «Vuestra comisión se contrae a establecer el imperio de la verdad en esta naciente República, afianzarlo y conservarlo perpetuamente».

El General Santander pedía a los académicos como primordial deber en sus labores el establecer el imperio de la verdad; y les recordaba a algunos de ellos que habían sido iniciadores y luchadores en la transformación política de la nación y que habían escapado de la cuchilla española y a los patíbulos de la discordia civil. Era al testimonio de ellos, escrito para la posteridad, sobre sus actuaciones oficiales, al que apelaba el Hombre de las Leyes; y recordemos que entre ese grupo de notables granadinos estaban varios de los que fueron sus Secretarios en sus administraciones públicas y luégo sus jueces en los trágicos días de la dictadura.

Así, el creador del civilismo colombiano, entendía la manera de escribir la historia, provocaba, consciente y serenamente, sus juicios y sus fallos, y a ellos entregaba su vida pública.

Luégo de instalada la Academia se alejó el señor Presidente de la República del salón de sesiones. Los académicos procedieron entonces al nombramiento de un presidente y de un secre-

tario provisionales, mientras se elaboraba el reglamento que debería regir los trabajos de la corporación. En consecuencia, fueron elegidos, para presidente, el Ilustrísimo señor J. M. Estevez, Obispo de Santa Marta, y como Secretario, el señor Teniente Coronel don Joaquín Acosta. Designóse también la comisión que redactara el reglamento; y se convocó a los académicos para la próxima sesión que tendría lugar el 2 de febrero, en el mismo local.

Pero sólo el 6 de marzo de ese año de 1833, pudo celebrarse la primera sesión formal de la Academia nacional. Fueron nombrados dignatarios efectivos de la corporación, así: para presidente, don José Manuel Restrepo; para vicepresidente, doctor José María Castillo y Rada; para segundo vicepresidente, doctor Estevez, obispo de Santa Marta; para primer secretario, el Teniente Coronel don Joaquín Acosta, y para segundo secretario, don Benedicto Domínguez.

La segunda sesión de la Academia nacional tuvo lugar el día 13 de marzo del mismo año; en ella fueron leídos, discutidos y aprobados los artículos del reglamento de la corporación; también se discutieron y aprobaron varias proposiciones tendientes a formar dentro de la Academia, comisiones especiales para estudiar los trabajos de distinta índole que se les presentara.

Después nada, absolutamente nada, vuelve a encontrarse en los sucesos de la época, en los anales periodísticos, sobre las labores de la docta corporación. La guerra civil había amenazado seriamente la estabilidad y la paz nacionales; y la cuestión internacional, conocida con el nombre de «asunto Barrot», embargó la atención y cuidados oficiales, lo mismo que el sentimiento popular, hasta el punto de que sólo en ella se ocupa la prensa de aquel tiempo.

Pero el espíritu de corporación en una de las formas más gratas a nuestro pueblo culto, el de las Academias científicas o literarias, no había muerto; tan sólo se hallaba temporalmente acallado en expectativa de mejor oportunidad para emprender nuevas actividades.

Varios años transcurrieron desde la fundación y receso de la Academia nacional hasta que en julio de 1856 un ilustre hijo de Boyacá, don José Joaquín Ortiz, fundó el Liceo Granadino; cuyo objeto, según artículo publicado en la prensa por don José María

Samper, era: «regularizar el estudio de las ciencias, la literatura y bellas artes, y abrir un torneo permanente a los esfuerzos del genio, en honra del país y provecho para los mismos asociados».

A pesar de tan amplio programa y finalidades, como las que señalaba el señor Samper a los miembros del Liceo Granadino, las labores llevadas al cabo durante el primer año de su fundación dieron tan excelente resultado que el 5 de marzo de 1857, asumió el carácter de Academia Nacional, y nombró como miembros activos a los señores: José Manuel Restrepo, José Joaquín Ortiz, Lino de Pombo, Ignacio Gutiérrez Vergara, Agustín Codazzi, Manuel Ancízar, Antonio Vargas Reyes, Lorenzo María Lleras, Manuel Murillo Toro, Pedro Fernández Madrid, José Caicedo Rojas y Justo Arosemena. Así resurgió la antigua Academia nacional que fundara el General Santander, y en el cuadro de los nuevos académicos figuraba una de las más atractivas figuras de los tiempos heroicos.

Se procedió al nombramiento de dignatarios, y don José Manuel Restrepo, el noble y sabio anciano, fue llamado por el deliberado pensamiento y la unánime voluntad de sus colegas a la presidencia de la docta corporación.

Era el señor Restrepo un símbolo venerable de la gloriosa Gran Colombia: era un testimonio altísimo y actuario superviviente de las luchas por la independencia de la patria. El mismo había hecho historia nacional, historia vivida, y la había escrito al ritmo de la acción y de los transcendentales hechos cumplidos en el épico período sobre los campos de la América meridional; y en el aun más brillante de las sabias organizaciones civiles y consolidación de la libertad conquistada.

Al dirigirse desde su asiento al sillón presidencial de la Academia, con paso mesurado y grave, destacóse en la sala, recogida en el ambiente expectante y silencioso de las grandes evocaciones del pasado que sugería su procera presencia, el alto cuerpo de clásico perfil castellano.

En el rostro, de varonil belleza en sus mocedades, ennoblecido ahora por los años, los ojos, bajo espesas cejas argentadas, miraron serenamente hacia el puesto de distinción que se le designó; y por su mente debieron desfilar los gloriosos recuerdos de un pasado en que sus meritorios servicios a la República, sus

virtudes, sus talentos y su ciencia le habían encumbrado a otras alturas en la agitada vida de los pueblos colombianos. Ya se le llamaba entre sus conciudadanos con el nombre del historiador umbriano, autor de los *Anales* y las *Historias:* el Tácito colombiano. Aleccionados los nuevos académicos sobre el seguro fracaso a que van abocadas estas iniciativas cuando ellas no gozan de todo el apoyo oficial que les es debido, se apresuraron a presentar, por medio del diputado por Panamá ante la Cámara de Representantes de 1857, doctor José María Samper, el siguiente proyecto de ley que debemos reproducir como un tributo de justicia a su autor, y que es comprensivo de todo un plan orgánico sobre este ramo, que da el verdadero exponente de la cultura de un país:

«PROYECTO DE DECRETO

SOBRE ADMINISTRACION DE LOS ESTABLECIMIENTOS NACIONALES DE ENSEÑANZA

El Senado y la Cámara de Representantes de Nueva Granada, reunidos en Congreso,

DECRETAN:

Art. 1.° Desde la publicación del presente decreto quedan constituídos en un solo cuerpo y bajo una dirección homogénea: 1.° El observatorio astronómico y su área accesoria para el Jardín Botánico; 2.° El Gabinete de Historia natural y sus adherencias; 3.° El Museo Mineralógico; 4.° La Biblioteca pública de obras extranjeras; 5.° La Biblioteca pública de obras nacionales fundada por el ciudadano Anselmo Pineda; 6.° El Laboratorio químico, perteneciente a la República; 7.° Los demás establecimientos nacionales de semejante naturaleza que existan o se funden luégo en la República.

Art. 2.° La República recomienda al patriotismo de la "Academia Nacional" fundada en Bogotá por el *Liceo Granadino* la dirección, administración y cuidado de los expresados establecimientos, bajo la superior vigilancia del Poder Ejecutivo; y reconoce a dicha Academia como un instituto puesto bajo la protección y servicio patriótico de la Nación.

Art. 3.° El Poder Ejecutivo de acuerdo con la Academia Nacional, dictará los reglamentos necesarios para atender a la or-

ganización y buena marcha de los establecimientos mencionados, y la inversión de la suma que por el presente decreto se aplican a su conservación y servicio.

Art. 4.° Es de cargo, también, de la Academia Nacional el examen detenido, antes de la aceptación del Poder Ejecutivo, de los trabajos de la Comisión Corográfica, y los de toda otra comisión de semejante naturaleza que preste algún servicio a la República.

Art. 5.° Además de los edificios que, por su naturaleza, corresponden hoy a los establecimientos de que trata el artículo primero, aplícase a su servicio especial y al de la Academia Nacional el edificio llamado de *Las Aulas* que hoy pertenece a la República.

Parágrafo: El Poder Ejecutivo pondrá anualmente a la disposición de la Academia Nacional, conforme a los reglamentos respectivos, la suma de cuatro mil pesos de los fondos comunes del Tesoro. Dicha suma será aplicada por la Academia Nacional en las convenientes proporciones, que determinará el Poder Ejecutivo, a los objetos siguientes:

1.° A los gastos de escritorio, correspondencia, publicaciones y demás servicios que sean indispensables para el sostenimiento económico de la misma Academia.

2.° Al arreglo y buena conservación de los establecimientos mencionados, compra de nuevos útiles e instrumentos para su servicio.

3.° A la adquisición de nuevos libros, manuscritos, mapas y demás objetos de esta clase para enriquecer las Bibliotecas nacionales.

4.° A la concesión de premios honoríficos o de otro género en favor de los individuos que presten servicios importantes a la ciencia, la literatura, las artes o la industria, sea con investigaciones o descubrimientos, sea con trabajos, máquinas o aparatos, sea con obras o escritos provechosos, o con la presentación de objetos que enriquezcan los mencionados establecimientos.

Art. 7.° El servicio económico permanente de las Bibliotecas, el Museo y demás establecimientos análogos, centralizados bajo una sola dirección por el artículo primero, estarán a cargo de un empleado que se denominará "Bibliotecario Nacional". Este

funcionario será nombrado por el Poder Ejecutivo a propuesta en terna de la Academia Nacional; durará en sus funciones por cuatro años, pudiendo ser reelecto indefinidamente, y gozará del sueldo anual de setecientos veinte pesos, del Tesoro Nacional.

Art. 8.° El Poder Ejecutivo dará cuenta al Congreso de 1858 de la ejecución que tenga el presente decreto.

Dado, etc.

Propuesto a la H. Cámara de Representantes por el infrascrito Diputado por Panamá, en 5 de marzo de 1857.

JOSE MARIA SAMPER».

Este proyecto pasó en primer debate y fue entregado a una comisión para el informe reglamentario. Al volver a la discusión en segundo debate, con informe favorable, fue aplazado ante la grave situación que confrontaba el congreso, y el país mismo, con la reclamación del súbdito inglés Mackintosh, el prestamista de 1825. Las exigencias del ministro diplomático de Inglaterra, exageradas e injustas, desde todo punto de vista para la república de la Nueva Granada, habían encontrado una digna actitud de severo estudio y honrado análisis de los compromisos adquiridos por el gobierno, que la nación estaba resuelta a satisfacer; empero, el diplomático inglés de la manera más irregular y violenta rompió relaciones con el gobierno y se ausentó del país.

La república principiaba a ilustrarse sobre los procedimientos de los gobiernos de los países de sus auxiliares en la guerra de independencia, y con el tiempo y los repetidos casos de reclamaciones por esos procedimientos e intervenciones del gobierno inglés en los asuntos internos, los colombianos adquirían datos suficientes para avalorar realmente lo que les costaba la ayuda británica en la guerra de independencia. Toda la atención pública estaba embargada por aquel asunto; la representación nacional dedicó todo su tiempo para colaborar con el ejecutivo en la recta solución de aquella enojosa disputa; de tal modo que sobre el proyecto del señor Samper, sobre fundación de la Academia nacional, fue imposible que los legisladores lo consideraran nuevamente. El proyecto quedó indefinidamente aplazado.

Una vez más los acontecimientos suscitados por la política externa impidieron la satisfacción de un anhelo patriótico de los hombres cultos del país.

En uno de sus instructivos informes a esta Academia consignó su ilustre y perpetuo secretario, ya desaparecido, doctor Pedro María Ibáñez, al acopiar algunos datos sobre la marcha de esta corporación y los tropiezos que en el tiempo había experimentado, la queja del sincero patriota y distinguido escritor, don José María Vergara y Vergara, cuando afirmaba que en el lapso transcurrido de 1857 a 1860, siempre que se dirigió a los poderes oficiales para que fomentaran los estudios de historia encontró, unas veces, hostilidad manifiesta, y otras, positivo empeño en que aquello no se llevara a efecto. Recordaremos que en esos años presidía el gobierno de la república, el doctor Mariano Ospina Rodríguez, quien había marcado honda huella en los fastos históricos del pasado colombiano y habría de labrar más de una página política, aún, en la evolución social del país.

Otra *vox clamantis in deserto*, que también cita el historiador Ibáñez, fue la del eximio hombre de letras, don Miguel Antonio Caro, cuando en 1881, administración del doctor Francisco Javier Zaldúa, reclamaba enérgicamente la creación de una Academia de Historia y escribía en uno de sus más célebres y encendidos artículos de polémica política: «.....¿Qué han hecho nuestros gobiernos para fomentar los estudios históricos? ¿Hase fundado y dotado alguna Academia de Historia?..... Pongamos aquí puntos suspensivos, en la esperanza de que el tiempo dará menos melancólica respuesta a las preguntas precedentes».

Y el tiempo no dio esa respuesta, menos melancólica, durante toda la administración pública del señor Caro, cuando le tocó años después presidir el gobierno de Colombia; la Academia tampoco fue fundada entonces.

Fue en 1899 cuando nuestro ilustre colega, ya fallecido, don Jorge Holguín, presentó ante el congreso y sostuvo brillantemente el proyecto de ley por la cual se creaba la Academia colombiana de Historia. No se obtuvo la aprobación de esa iniciativa por aquella legislatura; otra vez los acontecimientos políticos preludiaban la formidable conmoción nacional que llevó a los

campos de combate a los partidos que se disputaban el predominio social y material en el país (1).

Por lo que llevamos narrado la fundación y estabilidad de la Academia colombiana de Historia encontraba siempre a su paso, como un sino fatal, el tropiezo persistente e insuperable que le oponían las continuas agitaciones políticas que se sucedían en Colombia; y, sin embargo, fue precisamente en el medio trágico de la más sangrienta y larga de nuestras contiendas civiles cuando adquirió una existencia real y definitiva nuestra corporación de la historia. El 9 de mayo de 1902, en plena contienda civil, se dictó la Resolución número 115, por la cual se establecía una «Comisión de Historia y Antigüedades Patrias».

A dicha resolución siguió bien pronto el Decreto número 1808, de 12 de septiembre de 1902, por el cual se creó la Academia de Historia y Antigüedades. Fue, precisamente, este decreto la piedra angular del edificio que hoy contemplamos en pleno desarrollo y vía de perfeccionamiento.

Ese decreto fue dictado por el eximio hombre de letras y amante decidido del saber y de la cultura sociales, presidente entonces de la República, don José Manuel Marroquín; y elaborado por su ministro de instrucción pública, muy distinguido expresidente de la Academia colombiana de Historia, inspirado poeta y castizo escritor, don José Joaquín Casas.

Una partida modesta pero hasta cierto punto suficiente, fue asignada por el mencionado decreto para los gastos de la Academia; así al menos se evitó su pronta extinción, como le había pasado en tiempos anteriores a las corporaciones análogas.

La Ley número 24, de 28 de septiembre de 1908, le reconoció carácter oficial a la Academia de Historia; y la número 28 de 1916 (octubre 1.°) adicionó la anterior favoreciendo en mucho a la institución; nuestro distinguido colega, el eminente interna-

(1) Ya desde diez años antes don Jorge Holguín había hecho una primera intentona para crear la Academia de Historia patria, y al efecto presentó un proyecto de ley sobre esta materia en el Congreso de 1890. Pero esta entidad negó su voto a tan civilizadora medida, digna de todo país culto. Que conste, aunque nos sea doloroso el confesarlo.

(Nota de la Dirección del BOLETÍN).

cionalista doctor Antonio José Uribe tuvo decisiva parte en estas labores por la Academia de Historia.

Qué gestación más larga y difícil para obtener al final la realización de este que fue sueño de gloria y de renombre de tántos de nuestros hombres ilustres; que en todo tiempo, y en los distintos campos del saber humano, se orientaron hacia esta clase de asociaciones académicas para satisfacer sus anhelos de perfeccionamiento científico y literario, y la comunión ideológica que a todos alentara.

En las agitaciones humanas, todos los pasos, cada uno de ellos, están sabia y misteriosamente medidos en el tiempo, y sus resultados, por una voluntad superior y manifiesta, ni se anticipan ni se retardan en la hora precisa de su total cumplimiento; la Academia colombiana de la Historia sólo fue un hecho real como resultado de la resolución y decretos que he citado: ella debió ser y fue en 1902.

Hé aquí mi modesto tributo a la historia de nuestra institución.

R. BOTERO SALDARRIAGA

PANTANO DE VARGAS

AL DR. VICENTE LECUNA

A mediados del año de 1819 se hallaba situado el cuartel general del Ejército Libertador en las pampas del Apure; tenía a su frente el teatro principal de operaciones, ocupado por un enemigo que se enseñoreaba de las costas y ciudades principales de Venezuela; a su izquierda, y a varios centenares de leguas, uno secundario, a cuyo frente estaba el general español don José María Barreiro y que era el del Nuevo Reino de Granada, el cual estaba amenazado por las tropas a órdenes del general don Francisco de Paula Santander; la cordillera oriental se interponía entre estos dos caudillos.

La estación de las lluvias no permite proseguir la campaña contra el Ejército del generalísimo Morillo, y entonces resuelve el libertador cumplir la promesa que hiciera al pueblo granadino en su proclama del 15 de agosto del año anterior, en que decía:

«El sol no completará el curso de su actual período sin ver en todo vuestro territorio altares levantados a la Libertad».

El general Bolívar abre campaña sobre el teatro secundario; desde las márgenes del Apure marcha por las llanuras inundadas que no son otra cosa sino una sucesión de lagos, se une con la División de Vanguardia, que estaba estacionada en los pasos por donde puede transmontar la cordillera, para caer al interior de la Nueva Granada y se presenta de improviso sobre los fértiles valles y mesetas que ocupaba el general Barreiro. Bien sabía el Libertador, por el recuerdo de la gloriosa campaña de 1813, que aquel país era venero inagotable en hombres y elementos y que de ahí surgiría el rayo de la guerra que exterminase el poderío

español en el vasto territorio de la América del Sur. Deja débiles fracciones de caballería sobre el teatro principal para efectuar un encubrimiento, en tanto que él, con el grueso del Ejército, se dirige a Casanare.

Pierde desde el primer momento su base de operaciones y su línea de marcha es tan extensa, despoblada e impropicia para los transportes, que bien se puede decir no deja más huella que los cadáveres de sus soldados rendidos en la pampa y en las faldas de la cordillera o helados en su cumbre.

El Libertador repite al través de los soberbios Andes la inmortal campaña que elevó a Aníbal a la cumbre de la historia militar de todos los tiempos. El cartaginés contaba con el descontento de los pueblos que Roma acababa de sojuzgar y sobre todo con el apoyo de los galos de las llanuras del Po. En su atrevida empresa perdió innúmeros soldados y si los semitas, etruscos, etc., hubieran concurrido a su llamamiento, diferente del actual sería el curso seguido por la historia.

Bolívar se apropia una nueva base de operaciones, la que se torna en principal, gracias al patriotismo y riqueza, así como a la calidad incomparable del soldado del centro del Virreynato. Las promesas del general Santander quedan cumplidas, y cuando el ejército patriota apareció aquende la cordillera tras épicas fatigas en nada inferiores a las del paso de los Alpes, los pueblos neogranadinos concurrieron en masa a saludarlo con los brazos abiertos.

El 6 de julio el ejército toma cuarteles en Tasco, Socha y Socotá, en el Valle del río Sogamoso, que es verdadera tierra de promisión. Amplio y poco profundo, sus campos de fertilidad extraordinaria y de clima templado están poblados densamente. Si bien las tropas encuentran allí abrigo y alimento para reponerse de su penosa marcha, el Comando ve acrecentarse las dificultades y peligros. Con pasmosa actividad el Libertador organiza y despacha partidas hacia atrás con el fin de recoger los hombres y elementos que yacen en el páramo. Remonta la caballería y lanza exploradores en todas direcciones para entusiasmar a los habitantes y amagar sobre el enemigo, el cual, en

su cuartel general de Sogamoso, ignora por completo la presencia del ejército contrario; tan grande es la decisión de los pueblos en favor de sus libertadores, que nadie da de ellos la menor noticia.

El día 7 de julio entra en contacto nuestra caballería con la del enemigo en el ataque a un destacamento que tienen los realistas en Corrales; los fugitivos alertan a Barreiro, que de nó, nuestro ejército en masa lo hubiera sorprendido desde el primer momento, toda vez que las tropas españolas que constaban de 4.500 hombres estaban diseminadas: un batallón en Tunja, un destacamento en Gámeza, otro en Sogamoso y el grueso en Tópaga. El 10, ambos adversarios se movieron; al día siguiente se libra el combate de Gámeza en que Bolívar trata de forzar la línea del Sogamoso, mas no pudiendo conseguirlo, retrograda a sus acantonamientos, en tanto que Barreiro deja guarnecido el punto de las peñas de Tópaga y regresa a Sogamoso, sin darse cuenta aún de la clase de enemigo que tiene a su frente. El 16 el Libertador inicia un movimiento de flanco por su derecha y pasando por Sátivanorte y Cerinza, llega el 19 a Santa Rosa. Barreiro entonces reúne sus tropas y marcha rápidamente a disputar el campo al enemigo que trata de dejarlo atrás para caer sobre Tunja, y se sitúa en los Molinos de Bonza, a inmediaciones de Paipa; el 20, el republicano toma posiciones a su frente en los corrales de Bonza. Ambos contendores tienen uno de sus flancos apoyado en el río Sogamoso, y el otro en las estribaciones de la serranía que separa los valles de Paipa y Duitama, y están separados entre sí por el río Surba, afluente del Sogamoso; para el paso de éste, el español dispone del puente del Salitre, único en esos contornos por aquella época.

El 23 los independientes, en su empeño de hacer abandonar sus magníficas posiciones a Barreiro, efectúan un movimiento hacia La Trinidad que es imitado por el enemigo y de consiguiente al otro día regresan a su antigua posición, y el español hace otro tanto.

El combate.

En la noche del 24 de julio decide el Libertador ejecutar otro movimiento, esta vez, sobre la derecha enemiga para caerle por la espalda y obligarlo a abandonar sus parapetos. En tal virtud, y como el río Sogamoso estuviera crecido por las fuertes lluvias propias de la estación, ordena construír balsas de sauces y juncos para atravesar el río en la madrugada del siguiente día y tomar el camino que conduce de Duitama a Vargas. Esta audaz maniobra era indispensable, por cuanto el general Bolívar temía con fundamento que Barreiro fuera reforzado por las tropas de Tunja y Santafé, a más del peligro que corría si el español era auxiliado por fuerzas venidas de Venezuela por la vía de Cúcuta; mientras que su ejército se debilitaba día por día por las enfermedades que son propias a quienes suben a las altiplanicies viniendo de las llanuras orientales. El pensamiento del comando patriota fue sin duda salir cuanto antes de la precaria situación a que la inacción lo condenaba, y no obró como algunos imaginan, sobre el supuesto falso de que el realista quedaría inactivo.

Al amanecer el 25 comenzó el ejército el paso de la corriente de agua, pero en forma tan lenta, debido al poco número y capacidad de las embarcaciones, así como a su pésimo manejo, que fueron necesarias cinco horas para terminar la operación. De los «Corrales de Bonza» donde estaba el cuartel general libertador, al pasar el río Sogamoso, que tenía unos 50 metros de ancho, de corriente suave, lecho cenagoso y un tanto profundo, y tomando el camino que siguió el ejército, se asciende por los primeros contrafuertes de la serranía que separa el que antaño fue pantano intransitable, de la sabana, en uno de cuyos extremos está situada la población de Sogamoso. Esta serranía en forma de anfiteatro, encierra la planicie o sabana llamada «Pantano de Vargas», la cual tiene una extensión aproximada de 4 kilómetros de largo por 3 de ancho, y es hoy día dehesa de gran feracidad.

Desde las faldas por donde va el camino, el cual bordea la planicie, se abre a la vista el panorama del pantano y las colinas que lo circundan, dejando tan solo una abertura en su extremo norte que tiene algo así como 1.000

metros de anchura, por donde se efectuó el desagüe de esta parte del lago Sogamoso, cuyo lecho fue la sabana en cuestión.

Como a unos tres kilómetros del paso del río se llega a un morro aislado que se toca por su base con las estribaciones de la cordillera; este collado tiene 60 metros de altura por 300 de largo en la dirección general de los lomajes, y de una anchura de 150 metros; ambas extremidades de él están erizadas por estratificaciones de negruzca roca, en cuyos intersticios crecen arbustos sarmentosos que cubren la desnudez del suelo; en su cumbre tan sólo hay sitio para una decena de jinetes y sólo tiene acceso por sus flancos; allí se situó el general Bolívar a dirigir el combate y desde entonces lo denominan con el nombre de «Cerro del Libertador».

El ejército realista, que estaba en los «Molinos de Bonza», se dio cuenta del movimiento, como que se efectuaba a su vista, y marchó resueltamente para salirle al paso, llevando a su cabeza como descubierta el batallón N.° 1 del Rey y algunas tropas de caballería, tomó la vía de Paipa, pasó el río Sogamoso por el puente del Salitre, siguió dirección S. E. atravesando una explanada y subió por un camino en fuerte pendiente, denominado «El Volador», hasta llegar a la cumbre del macizo que tendrá unos 300 metros de altura; de allí siguió la misma dirección por sobre los cerros y a poco de andar llegó al sitio denominado «Cruz de Murcia», desde donde comienza el descenso para caer a las márgenes del pantano en que está situada la casa de la hacienda de Vargas, la cual dista unos 3 kilómetros del «Cerro del Libertador».

A las 10 a. m. el ejército patriota continuó su marcha una vez que hubo pasado el río, no sin haber enviado previamente una débil vanguardia de infantería. Cuando la descubierta patriota llegó a la «Cruz de Murcia», fue arrollada y casi exterminada por la realista que era más numerosa.

Para el realista, que llegó primero al campo de la acción, y desde la casa de la hacienda de Vargas donde estableció su cuartel general, el terreno se abre a su frente dejando que la vista se dilate del uno al otro extremo

del pantano: a su izquierda, como continuación de las alturas que ha trasmontado, se levanta una pequeña serie de colinas que separa la planicie del curso del río Sogamoso; a su derecha, el macizo de la serranía que enmarca la llanura, presenta el aspecto de una masa compacta; a su rededor se extienden fértiles praderas en plano ligeramente inclinado hasta llegar a la llanura. El ejército español, fuerte de 3.800 hombres, llegó a eso de las 11 a. m. a la explanada; su infantería tomó posiciones sobre el «Alto de la Guerra»; la caballería, que constaba de 600 jinetes, fue colocada como reserva un poco al sur de la casa de Vargas. Estas operaciones se realizaron después de un prolijo reconocimiento del terreno. La posición no podía ser mejor elegida: dominaba el pantano en toda su extensión, la vía de acceso del enemigo, el valle por donde corre la quebrada «Varguitas» y el camino a Tibasosa.

Los independientes por su parte carecían de ventajas; sus tropas en prolongado cordón tenían que atacar de frente las posiciones enemigas; rehuír el combate era perder el ejército al repasar el río dando la espalda al enemigo, pues no es de suponer que Barreiro los dejara escapar en tan apurada situación. El general Bolívar acepta el reto, se sitúa en el «Cerro del Libertador» y espera a que sus tropas, cuyo número no alcanzaba a 2.500 hombres, se reúnan para iniciar el ataque, sin que el enemigo haga entre tanto movimiento alguno.

El terreno se presenta desde este sitio de observación en otra forma: el macizo de la cordillera se rompe allí para dar salida a las aguas de la quebrada «Varguitas», la que corre por una vega estrecha, plana y de poca inclinación, que rodea por su base del uno al otro extremo, y por su parte interior, un espolón casi aislado, puesto que apenas se junta en un punto con otro más elevado en cuyo flanco nace la quebrada mencionada. La altura de que venimos hablando sigue la dirección general del eje de la cordillera, tiene en su base unos 1.500 metros de largo por 1.000 de ancho y 195 metros de elevación en su parte más alta; de forma regular, sus dos crestas y flancos tienen casi la misma inclinación y son accesibles para tropas de infantería por la parte interior, esto es, por aquella que mira hacia

la cordillera; la rococidad del suelo está cubierta a trechos por malezas de poca altura, en tanto que por la otra tan sólo se ven plantas raquíticas. Este que venimos describiendo es el «Alto de la Guerra», teatro del combate de las infanterías. Situado el observador en su extremo N. E. que mira hacia el pantano, a la izquierda limita la vega de la quebrada «Varguitas» una roca tajada de 30 metros de altura llamada «La Peña», la cual unos 200 metros arriba y a la altura del «Molino del Libertador» se torna en pendiente suave y da acceso al sendero que conduce a Tibasosa; siguiendo las márgenes de la quebrada aguas arriba, ésta está limitada por una gran altura del todo inaccesible, paralela en gran parte al «Alto de la Guerra».

La caballería patriota fue situada con sus 255 jinetes, cerca, hacia la parte exterior del «Cerro del Libertador», como reserva. La infantería recibe la misión de desalojar al enemigo de la altura donde se halla formado en batalla; la División de Vanguardia a órdenes del General Santander constituye el ala izquierda de los patriotas, en tanto que la de Retaguardia comandada por el general Anzoátegui forma el centro y el ala derecha. Santander pasa la quebrada «Varguitas» un poco arriba del «Molino del Libertador», y las demás tropas la cruzan por su frente. El batallón Cazadores de la Nueva Granada, que constituye la extrema izquierda, comienza a escalar la altura por el frente asignado, movimiento que es seguido por el resto de la línea; el enemigo destaca el Batallón 1.º del Rey con el cometido de envolver el ala izquierda patriota, operación que efectuó dicho cuerpo arrollando el Cazadores. Acto continuo el centro realista, formado por las compañías 1.ª y de Granaderos, la 2.ª de Numancia y el batallón Tambo, carga sobre los batallones Rifles y Barcelona de la División de Retaguardia, desalojándolos de su posición y llevándolos junto con el Cazadores hasta las propias márgenes de la quebrada. El Libertador en vista de este rechazo, abandona su observatorio y va a reunir y reorganizar los cuerpos que han sido casi desbaratados; refuérzalos con el batallón 1.º de Línea de Nueva Granada y ordena tomar una vigoroza ofensiva con la cual es recuperada la posición. El español lleva a su línea los

Granaderos y el 4.° y 6.° de Dragones que echan pie a tierra y combaten como infantes; con estas tropas restablece el equilibrio de su línea y rechaza nuevamente a los independientes; es tan formidable la acometida que los nuestros pierden buena parte del terreno conquistado, mas reforzados por una columna de la División de Retaguardia formada por la Legión Británica y el Batallón Bravos de Páez, y por medio de una carga a la bayoneta, casi recuperan la posición, cuando unas compañías de la reserva enemiga los obligan a ceder una vez más, no sin defenderse con tenacidad disputando palmo a palmo el terreno.

En estos momentos, las cinco de la tarde, el General Barreiro, que tiene ganada la batalla, ordena a su reserva cargar sobre el ala izquierda de los independientes y a la caballería que ocupe el desfiladero por donde, según el jefe realista, deben retirarse los vencidos, o sea por el pie del «Cerro del Libertador». La caballería marcha en columnas de seis jinetes de frente y se dirige a cumplir su cometido por el camino que de Vargas conduce a Tibasosa; los brillantes escuadrones, armados de sable, lanza y carabina y equipados con todos los elementos de la época, forman una vistosa masa que se destaca por sobre las cercas vivas que limitan la vía. El Libertador advierte este movimiento desde su observatorio, y para contrarrestarlo ordena al Teniente Coronel Juan José Rondón que estaba cerca de él atacar esta columna; aquel baja del promontorio, y presa del entusiasmo grita al puñado de jinetes que están en la planada: «¡Camaradas!» «¡Los que sean valientes síganme que en este momento triunfamos!» Esta voz no fué oída sino por unos pocos, pues sólo catorce se lanzan tras su jefe y a gran galope recorren la distancia que los separa de la caballería enemiga; llegan primero que ellos a la salida del callejón o desfiladero por donde marcha la contraria y antes de que ésta se dé cuenta del ataque, y por lo tanto sin darles tiempo a enristrar lanzas, chocan contra las primeras filas, hienden la masa atónita que se revuelve, y se traba una lucha desigual en que los llaneros sin más arma que la afilada lanza, los más sin montura y con sólo la gualdrapa, despliegan toda su destreza y valor.

Entre tanto el Libertador, que aprecia este momento como decisivo, ordena tocar a la carga para la infantería y manda a Carvajal e Infante que con el resto de la caballería vayan en auxilio de sus compañeros; los escuadrones llegan a la entrada del callejón que está formado por las faldas del «Alto de la Guerra» y a la derecha por el pequeño promontorio donde hoy se levanta el monumento al héroe de la jornada, Coronel Rondón, encuéntranlo obstruído por caballos y jinetes que yacen por tierra, suben al morro y cargan de flanco al grueso de la caballería realista que aún no ha logrado recobrar el orden ni librarse de los pocos centauros que la acribillan a lanzadas; en pocos momentos la derrotan, arrojan al pantano una gran parte y persiguen el resto. No contentos con ésto se dirigen a la altura y toman por la espalda la infantería realista que ha sido arrollada una vez más por las tropas a órdenes de Santander y Anzoátegui.

A todo esto eran las 6 de la tarde y una copiosa lluvia impide efectuar una vigorosa persecución. Esta osada y loca acometida del independiente que arrancó la victoria al español, se tradujo inmediatamente en el toque de retirada que hizo dar el General Barreiro; mas en la cúspide del Cerro de la Guerra, los Húsares de Fernando VII, que han formado en cuadro, sostienen su puesto como bravos hasta que cae el último. Las sombras de la noche paralizan la acción del Ejército Libertador.

Las pérdidas realistas fueron de más de mil muertos y gran cantidad de heridos; entre los primeros, que se sepa, perecieron don Francisco Góngora, comandante de los Húsares de Fernando VII, el capitán de caballería Bedoya, así como varios oficiales de todas las armas. De los patriotas quedaron en el campo los Tenientes Coroneles José Jiménez y Juan Curzcte, el capitán Ramón García, el Subteniente Francisco Sanoja y el Sargento Luis Alvarez, todos ellos héroes de las Queseras del Medio. También murieron el Teniente Coronel Pedro Celestino Azcuć, y los capitanes Manuel Orta, Antonio Buenahora y Pedro Torneros, ayudante del Batallón Cazadores; los Tenientes Casseley, Pedro Cisneros y Manuel Escalona y el Subteniente Manuel Delgadillo. Entre los heridos el Coronel

James Rook, Comandante de la Legión Británica, quien murió al día siguiente, y el Edecán del Libertador, Capitán Daniel Florencio O'Leary.

Con los elementos tomados al enemigo se armaron las tropas que en los días siguientes se organizaron. Los lujosos uniformes de los muertos sirvieron para reemplazar los harapos de gran número de soldados de la Libertad.

El combate de Pantano de Vargas no fue desde el punto de vista táctico una acción decisiva. Ninguno de los dos contendores quebrantó en forma absoluta la resistencia del contrario, no obstante que ambos proclaman en sus partes hechas sobre el mismo campo, el triunfo de sus armas. Lo que sí no admite duda es que los patriotas pernoctaron allí aquella noche en tanto que los realistas se replegaron hacia Paipa. El Boletín de los primeros está fechado el 25 y fue escrito en la casa de la hacienda de «Varguitas», distante pocas cuadras del «Cerro del Libertador», de donde se deduce que sus tropas estaban más adelante, esto es, en el «Alto de la Guerra», o sea en el campo de combate; en tanto que el oficio al Virrey Sámano está fechado el 26 y en su posdata dice el General español: «Son las 11 de la mañana y el enemigo hace movimiento retrógrado, y seguiré luégo que me entere de su dirección». Lo que prueba que no estaba al frente de su enemigo, pues de lo contrario le hubiera molestado en el repaso del río Sogamoso, en tanto que dá la certeza de que el Libertador no se retiró del campo sino hasta el lunes a la hora yá dicha.

En Pantano de Vargas palpó el español, en el choque y la porfiada lucha cuerpo a cuerpo, la disciplina y el valor de los patriotas. Por vez primera, bien puede decirse, se midieron los dos contendores, y pudieron apreciarse en su justo valor; fue aquí donde quedó quebrantada la moral enemiga en forma definitiva. Esta acción de armas fue la causa determinante de la derrota del Puente de Boyacá, finalización de tan gloriosa como fructífera campaña. Allí, los restos de la brillante caballería realista sólo piensan en salvarse a la vista de los denodados llaneros.

«Pantano de Vargas» debe figurar entre las batallas decisivas de la Libertad. Allí se engendró la Gran Colombia, Estado que al nacer diera a su turno libertad a otros pueblos y asombra al mundo con la concepción que del Derecho Internacional sentó, al repatriar sus huestes triunfadoras en Junín y Ayacucho, dejando tan solo tras de aquellas, luminosa estela que irradió hasta ayer paz y concordia entre la gran familia suramericana.

CARLOS CORTES VARGAS

Bogotá, marzo de 1934.

FRANCISCO DE PAULA SANTANDER

POR RODOLFO OSVALDO RIVERA, DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
DE LA UNIVERSIDAD DE DUKE

CAPITULO III

" EL ORGANIZADOR DE LA VICTORIA "

Con su ejército en completa posesión de la Nueva Granada, los realistas procedieron a la pacificación del país. Aquellos habitantes que confiaban en una amnistía general o algo parecido, bien pronto se convencieron de que el invasor no conocía la clemencia. Todo aquel que había tomado parte, o en alguna forma había ayudado o instigado el movimiento revolucionario, iba a responder de tal conducta con su vida y hacienda. Muchos fueron los confiados que permanecieron en el país sólo para encontrar la muerte en el patíbulo o ser fusilados. Y los pacificadores tenían un buen número de cabezas ilustres para escoger. La Nueva Granada no podía moverse—tanto pesaban sus cadenas—hasta que en 1819, su hijo favorito, Francisco de Paula Santander, regresó con otros a rescatarla.

Lejos, muy lejos, en los insalubres llanos de Apure, un pequeño grupo de héroes seguía luchando. Allí las tropas de Páez, organizadas en tres divisiones bajo el mando de Urdaneta, Santander y Serviez, como setecientos hombres montados, no podían estar estacionarios so pena de que la deserción minase su fuerza. Así es que se decidió emprender una vigorosa ofensiva, limitada sólo por los recursos de que podían disponer. En esto llegaron rumores de que el enemigo, en número de 2300, estaba en el hato del Yagual, y allá volaron los patriotas guiados por Páez. En la acción que tuvo lugar el ocho de octubre de 1816, Santander se encontró en lo más recio del combate: su columna estuvo empeñada en terrible lucha cuerpo a cuerpo con la lanza. Ese día, los patriotas obtuvieron una bien merecida victoria y a

la noche siguiente los realistas se retiraron a cubierto de la obscuridad, siendo perseguidos por los patriotas hasta Achaguas a la mañana siguiente (1).

No sería justo relatar estas arriesgadas aventuras sin recordar las privaciones que sufrieron los patriotas y los innumerables obstáculos que tuvieron que vencer. Veamos lo que escribió el mismo Coronel Santander: «Durante la campaña de los Llanos del 1816 a 1818, se hacía la guerra a los españoles con caballería y muy poca infantería. La movilidad del arma de caballería, la facilidad de atravesar a nado los ríos y caños crecidos, el conocimiento práctico del territorio, la abundancia de ganados que era el único alimento de las tropas, la carencia de hospitales, de parques y provisiones, daban a las tropas independientes ventajas muy considerables sobre los españoles. Los caballos y el ganado se tomaban donde estaban, sin cuenta alguna y como bienes comunes; el que tenia vestido lo usaba, el que no, montaba desnudo su caballo con la esperanza de adquirir un vestido en el primer encuentro con el enemigo. Habituados los llaneros a vivir con carne sola y a robustecerse sufriendo la lluvia, no temían falta de otros alimentos ni el crudo invierno de aquel territorio. Nadadores por hábito, ningún río los detenía en sus marchas; valerosos por complexión, ningún riesgo los intimidaba. De aquí puede inferirse que los oficiales, soldados y emigrados que no eran llaneros, pasaron trabajos y privaciones apenas concebibles.

«El reclutamiento se hacía siempre general de toda persona capaz de tomar una arma; nadie estaba exceptuado. Así fue que en los combates del Yagual y de Mucuritas tenían su lanza los abogados, los elesiásticos y toda persona que podía usarla. Hasta el año de 1818 todos estaban forzados a vivir y marchar unidos: militares y emigrados, hombres y mujeres, viejos y niños, todos se alimentaban de una misma manera: con carne asada sin sal, y todos iban descalzos» (2). En otra ocasión Santander, recordando los azarosos días del Apure, escribió: «No puedo pasar en silencio esa campaña de Apure, donde las privaciones, las penalidades y los peligros se acumularon para probar nuestra constancia. Descalzos absolutamente, sin ropa, sin recursos, y alimentados solamente con carne mal asada y sin sal, deseába-

mos los riesgos para acabar con gloria una vida tan amarga.... Por entre mares de aguas detenidas, y privados de todo recurso, marchábamos de una parte a otra en busca del enemigo, y por fortuna la victoria premió siempre nuestros patrióticos esfuerzos» (3).

Durante estos años terribles, la suerte de Santander no era tan pasadera como la de otros oficiales que tenían capital o rentas de qué disponer. Cuando empezó la retirada forzosa hacia Casanare, a Santander se le adeudaban cerca de ochocientos pesos de sueldo como Coronel, que no había cobrado. Como quiera que Cúcuta había estado en manos de los realistas y las propiedades de su familia habían sido arrasadas, este valiente oficial se encontró desprovisto de todo, hasta de su patria, tan pronto cruzó el Arauca. Aún en aquellas regiones salvajes, algún dinero le hubiera servido por lo menos para retener el prestigio de su rango, pero él no tenía un céntimo. Tales eran sus necesidades que, para conseguir una pequeña suma, tuvo que rifar sus charreteras e insignias entre los demás oficiales. Juan Palacios fue el agraciado y se las regaló a su Comandante, General Páez, que las iba a usar con orgullo (4). Pero el valeroso espíritu de Santander no se amilanaba por tan poca cosa, ni se desmoralizaba su carácter ante tanta pobreza. Aunque su ideal parecía estar cada día más remoto desde la retirada de Ocaña, no por eso perdió las esperanzas de triunfar (5). El presente le importaba poco, pues cifraba sus esperanzas en el porvenir, y al fin vio colmarse sus deseos. Para ser sólo un joven de veinticuatro años se estaba conduciendo admirablemente y sus amigos, Urdaneta en particular, Anzoátegui, Serviez, Valdés, Páez, y más tarde Bolívar mismo, lo trataron como a un huésped durante su estadía en Venezuela. Después de todo quizá convenia que no tuviese dinero porque de otro modo puede que hubiera corrido la suerte de Serviez, Valdés y del noble anciano don Juan Ricaurte, que fueron muertos por gente de la tropa para robarles su dinero (6).

La buena suerte acompañó a los patriotas hasta el fin de 1816 en la región de Apure y en la provincia de Barinas, pero aún así, la perspectiva no era brillante. Morillo había cruzado los Andes y aparentemente venía en persecución de Páez. Urdaneta, que había sido enviado a Barinas a librar dicha provincia de

enemigos, no había encontrado oposición alguna, hasta que tuvo noticias de que Calzada se acercaba a Mérida y se apresuró a encontrarle. Los patriotas fueron derrotados y perseguidos hasta Nutrias, donde Urdaneta fue informado de las victorias del ejército del centro, y de que Bolivar estaba en Barcelona, o a punto de arribar. Sin detenerse un instante se dirigió al encuentro de su antiguo jefe haciendo caso omiso de las dificultades y peligros que pudiese encontrar en el camino (7). Su ejemplo fue seguido por casi todos los oficiales de infantería que servían en el ejército de Apure. El Coronel Santander con Blanco, Carreño, Conde y otros se fueron con consentimiento de Páez y con sus pasaportes en buen orden. Otros, como el joven Córdoba (José María), destinados a ser famosos en futuras campañas, corrieron el riesgo de ser fusilados como desertores al tratar de abandonar el ejército sin pasaporte (8). La mayor parte de estos oficiales eran oriundos de ciudades y estaban sufriendo horribles privaciones y torturas en su afán de llevar una vida que sólo los llaneros podían soportar. Contentos corrían el riesgo de atravesar el territorio enemigo para unirse a Bolivar en Barcelona o a Piar en Guayana, pues ambos tenían divisiones de infantería en que estos oficiales podían contribuir más eficientemente a la liberación de sus respectivos países (9).

El Coronel Olivares, enviado por Piar a dar cuenta a Bolívar de sus victorias en Guayana, encontró al Coronel Santander navegando Apure abajo, a fines del mes de febrero de 1817. Iba Santander a dar cuenta al Libertador del estado de cosas y de los movimientos de los patriotas en los valles del Apure y Arauca. A su llegada, el Coronel Santander fue muy bien recibido por el Libertador, quien conocía cuánto valía, y lo incorporó a su Estado Mayor como su Ayudante General (10).

En la batalla de San Félix, Piar había obtenido una completa victoria sobre los realistas destrozando del todo las fuerzas de Latorre. Los patriotas, además, tuvieron la buena suerte de capturar grandes cantidades de provisiones y municiones que fueron abandonadas por el enemigo en su fuga. Así es que cuando Bolívar y Piar unieron sus fuerzas, el dos de mayo de 1817, dichas tropas constituían un ejército formidable (11). El ejército de Morillo, que había sufrido descalabros parciales en varios encuentros

con Páez en el Alto Apure, aparecía ahora en el Orinoco con fuerzas harto superiores a las combinadas de Bolívar y Piar. El Libertador, comprendiendo esto, se retiró prudentemente a esperar una buena oportunidad para atacar. Siguieron en esto varias operaciones menores hasta el doce de febrero de 1818, cuando tuvo lugar la importante batalla de Calabozo en que Bolívar salió victorioso sobre Morillo. El triunfo así obtenido no duró mucho por haber sido seguido de la derrota de Sombrero que Morillo anunció como una gran victoria. Sin poder dar un golpe decisivo por motivo de la insubordinación de Páez, Bolívar se vio obligado a dejar que su adversario tomase la ofensiva. Morillo lo atacó en la Puerta donde ambos bandos desplegaron gran valentía y resistencia, pero los realistas se quedaron con el campo. El comandante español fue herido de lanza como lo fueron Urdaneta, Valdés y Torres, altos oficiales rebeldes. Los patriotas se reorganizaron y atacaron a los realistas en Ortiz pero fueron rechazados. Entonces se retiraron a Cura, donde encontraron refuerzos de caballos y de hombres (12).

El Coronel Santander había desplegado una actividad extraordinaria en estas campañas sirviendo como Jefe de Estado Mayor de la División Piar y jefe de la línea del Bajo Caroní. El 24 de septiembre de 1817, había sido ascendido a Sub-jefe de Estado Mayor de la División Urdaneta donde se hacía «absolutamente indispensable su presencia». En este puesto sirvió hasta el mes de noviembre, en que con el mismo grado vino al Estado Mayor General otra vez para las campañas de los llanos de Caracas. Soublette, el Jefe de Estado Mayor en propiedad, estuvo enfermo desde el día 20 de febrero hasta el 15 de marzo de 1818, y ausente desde el 29 de marzo hasta junio, cuando el ejército regresó a la provincia de Angostura. Durante este tiempo Santander desempeñó el cargo de Jefe de Estado Mayor con el beneplácito del Comandante en Jefe y de todos los demás oficiales. Además había estado presente en el fuerte Brion cuando fue evacuado por los españoles, el tres de agosto de 1817, y tomado parte en las batallas de Calabozo (febrero 12), Sombrero (febrero 16), La Puerta (marzo 16), Ortiz (marzo 26), y el Rincón de los Toros (abril 17, 1818). «En el día de la batalla, en las marchas y en la oficina, su conducta ha sido de lo más recomenda-

ble, y ha desplegado todo el valor, celo e integridad que se requiere de un oficial que ocupa un puesto tan distinguido, y que justamente le han granjeado la consideración y el aprecio de los jefes del ejército» (13).

La parte que tomó Santander en la acción del Rincón de los Toros siendo, puede decirse, el instrumento de que se valió la Providencia para salvar la vida del Libertador, es digna de comentarse. En la noche del 16 de abril de 1818 los patriotas acamparon en el hato de ese nombre, que está cerca del pueblo de San José de los Tiznados. El Libertador y varios de los oficiales del Estado Mayor colgaron sus hamacas en una mata no muy lejos del grueso de las fuerzas. El Comandante realista López, enterado de que los patriotas estaban cerca de San José, decidió sorprenderlos. En su marcha le trajeron un prisionero que declaró ser el ordenanza del capellán del General Bolívar y que andaba buscando un caballo perdido. Después de golpearlo y amenazarlo lo obligaron a que dijera el número y la distribución de las fuerzas rebeldes e indicara el sitio donde descansaba Bolívar. Un desertor que llegó poco después les divulgó el santo y seña. Entonces López concluyó el plan de sus diabólicos designos, que no era otro que enviar una patrulla al campamento rebelde a apoderarse de Bolívar, vivo o muerto, y luégo atacar con todas sus fuerzas. El Capitán Renovales inmediatamente se brindó a mandar el destacamento que iría a capturar o asesinar al Libertador, y con varios hombres escogidos emprendió el camino cuando la luna empezaba a ocultarse en el horizonte. Santander, que era el oficial de la guardia esa noche, vio la partida que se acercaba y les dio el ¿quién vive? en alta voz. Esto despertó al Libertador, quien sospechoso siempre saltó de su hamaca al tiempo que una descarga cerrada hendía la quietud de la noche y su caballo caía herido por las balas enemigas. La confusión producida por el ataque español, que empezó al momento, junto con el rumor de que el General Bolívar había sido asesinado, puede imaginarse mejor que ser descrita con palabras. Las pérdidas de los patriotas fueron crecidas como lo reveló el re-

cuento de las tropas cuando se reorganizaban en Calabozo, pero los realistas perdieron su atrevido y bizarro Comandante (14).

Por sus importantes y distinguidos servicios en estas campañas, Santander fue condecorado con la Estrella de la Orden de los Libertadores y ascendido al rango de Brigadier General, el 12 de agosto de 1818 (15). Pero Santander no había ido a Venezuela en busca de ascensos ni condecoraciones, ni siquiera fortuna. Cuando el General Bolívar, en 1817, distribuyó entre sus oficiales y soldados la propiedad confiscada a los realistas, Santander rehusó aceptar parte alguna (16). Había ido a Venezuela a pelear por la libertad, por la independencia de su querida Nueva Granada. Desde que tuvo que cruzar el Arauca dejando atrás su patria, no había perdido día ni ocasión favorable en que no pidiera auxilio para aquel su país afligido por la más déspota dictadura militar (17). Pero nadie prestaba oído a sus súplicas. Ya habían pasado casi dos años desde su arribo a Venezuela, días de gloria y días de tribulaciones para este país, pero para la Nueva Granada todos habían sido aciagos. A Bolívar, Santander se había dirigido varias veces, hasta que al fin, había consentido enviar un oficial a Casanare para cerciorarse si las condiciones allí eran o no favorables a la causa de la independencia. Este oficial hizo un informe muy favorable, que llegó a manos del Libertador al mismo tiempo que llegaba el Capitán Uribe, enviado por los patriotas de Casanare con la esperanza de conseguir ayuda (18).

Aunque Bolívar debió tener sus planes de campaña, la urgencia de Santander, junto con los informes recibidos de Casanare, fueron lo que lo impulsaron a tomar partido inmediatamente. Se decidió, pues, aprovecharse de esta coyuntura para libertar a la Nueva Granada y privar a Morillo de sus riquezas. Lo primero que debía hacerse era nombrar un Comandante que, con otros oficiales granadinos que se hallaban en Angostura, fuese a Casanare, se hiciera dueño de la situación, y uniese todos los bandos disidentes en una sola división fuerte. Había allí, en aquel entonces, partidas mandadas por Juan Galea, Ramón Nonato Pérez, Arredondo y otros hombres resueltos y valientes pero sin educación civil o militar. Cada cual quería ser jefe supremo y estaban a punto de declararse la guerra. Hasta Páez había pensado en ir allí a imponer su autoridad (19).

La selección del hombre que fuera a hacerse cargo de tal situación y a organizar un ejército, hubiera sido materia que habría hecho pensar mucho a cualquier otro hombre que no fuera Bolívar. Pero el Libertador conocía sus hombres y sabía estimar su valor. El sabía que tenía el hombre ideal para esta tarea. Este no era otro que el General Santander, entonces de veintiseis años de edad, ocho de los cuales los había dedicado a luchar por la libertad de su patria y de Venezuela. «Joven entusiasta y ambicioso», dice O'Leary, «era de todos los granadinos que se hallaban en el cuartel general, el más idóneo para desempeñar el puesto a que Bolívar le destinaba. Gran conocedor de los hombres no se equivocó en la elección. Era Santander entonces joven, de regular estatura, un tanto corpulento, lo que le quitaba a su porte la gracia y dignidad en sus movimientos. De cabellos lisos y castaños, tez blanca, frente pequeña e inclinada hacia atrás, ojos pardos con largas pestañas, hundidos, vivos y penetrantes, nariz recta y bien formada, labios delgados y comprimidos, barba redonda y corta. Su rostro revelaba energía y resolución, pero cierto descuido en el vestir le hacía deslucir los atractivos de su persona, a lo que también contribuían sus modales bruscos y su poca franqueza. Tenía talentos, alguna instrucción y mucha aplicación a los negocios; en los trabajos del bufete era infatigable, pero gustaba poco del movimiento y ejercicio de la vida militar; no sólo éste sino mayor defecto le atribuían sus camaradas de campaña que le acusaban de falta de brío como soldado....» (20).

Para emprender la tarea gigante de preparar el camino para la emancipación de la Nueva Granada, Santander sólo recibió escasos recursos. El Diario de Operaciones del ejército dice así, el día 21 de agosto de 1818: «Su Excelencia, el Jefe Supremo, ha designado al General Santander para mandar el ejército de Casanare. El Jefe del Estado Mayor General ha puesto a la disposición de este General los medios necesarios para armar, vestir, organizar, disciplinar y aumentar dicho ejército. Le ha dado también las instrucciones para facilitar la correspondencia, y ha puesto a su disposición plomo y pólvora en abundancia para poder hacer una guerra activa al enemigo» (21). Ahora examinemos estos *medios*. En primer lugar, en Casanare no había ejér-

cito y sí dos o tres partidas irreconciliables difíciles de unir en un solo grupo. En segundo lugar todo el equipo que recibió Santander alcanzaba sólo a 1200 fusiles y una pequeña cantidad de municiones. Por último, para organizar un ejército sólo recibió cuatro oficiales: Coronel Jacinto Lara, Tenientes Coroneles Antonio Obando y Vicente González y Mayor Joaquín París, el primero venezolano, los otros tres granadinos (22). Bolívar era aficionado a promulgar proclamas altisonantes, y Santander recibió una para que la publicara y distribuyera a las gentes oprimidas de la Nueva Granada a su llegada a dicho territorio. También recibió el título de Comandante en Jefe de la Vanguardia del Ejército Libertador de la Nueva Granada (23).

Para llegar a la provincia de Casanare donde se iba a empezar la tarea de libertar a Colombia, Santander y sus cuatro oficiales tuvieron que remontar Orinoco arriba hasta el Meta y después este río por un largo trécho: una jornada penosa, llena de riesgos, e insalubre que duraba tres meses. La expedición, si estos cinco hombres pueden llamarse así, salió de Angostura el 27 de agosto y fue despedida por los demás oficiales del Cuartel General del ejército del Libertador (24). Cuatro lanchas llevaban los cinco oficiales y su equipo en aquella memorable jornada en que había que vencer obstáculos innumerables. Las tropas de Apure con sus jefes, entonces casi en abierta rebelión contra Bolívar, intentaron detener a Santander y apoderarse de su parque de armas. Llegando al Meta (octubre 25), Santander encontró un escuadrón de las fuerzas de Páez bajo el mando de un oficial con órdenes de detenerlo porque así se requería «para bien del servicio». Años después, Páez trató de explicar esta conducta basándose en que Santander había escrito una carta al Coronel Pedro Fortoul a Guasdualito dándole detalles de su nueva comisión y de los recursos de que disponía, e invitándole a él y a otros granadinos a que vinieran a unírsele. Esta carta que cayó en manos de Páez decía además: «Es preciso que nos reunamos en Casanare todos los granadinos para libertar nuestra patria y para abatir el orgullo de esos malandrines follones venezolanos» (25). Pero la memoria de Páez, al dictar su autobiografía, en éste como en otros casos, no le fue fiel: se le había olvidado que, el 30 de octubre de 1818, había escrito una carta

a Santander disculpándose y explicando las razones que tuvo para actuar de la manera que lo hizo. Y hay más. Páez usó todas las artimañas posibles para persuadir a Santander a que no fuera a Casanare (26). El más acendrado patriotismo sólo podía fortalecer el corazón de Santander después de leer esta carta: «Doy las gracias porque me quiten de encima el peso de Casanare. Esta gente está endemoniada..... En fin, usted se va a Casanare, pero quién sabe cómo saldrá usted. Una provincia miserable, sin recursos, sin hombres y sin nada, sólo puede servir para desacreditar a un hombre; y una provincia enviciada en revolución no sé cómo pueda desempeñar a un comandante. Tenga usted esto presente para lo que pueda sucederle....» (27).

Sin prestarle oído a los malos augurios, despreciando el peligro y desafiando obstáculos, Santander llegó a Casanare el 29 de noviembre, tres meses y dos días después de su despedida del Cuartel General del Libertador. Tan seguro estaba Santander de sí mismo y tanta fe tenía en la empresa que iba a emprender que, al tiempo de partir, el Coronel Avendaño quiso adelantarle 800 pesos a cambio de su haber militar y la oferta fue rehusada con estas palabras: «O se liberta mi país o no; si lo primero, allá tomaré mi haber íntegro, y si lo segundo, no quiero nada sin la libertad de mi patria» (28). Contrario a todas las predicciones de la mayoría de los venezolanos, Casanare cambió como por encanto al ser tocada por la vara mágica de Santander, que había venido a dar expresión y nuevos brios al sentimiento nacional. Arredondo, a quien Páez había tachado de traidor en su carta a Santander, estaba pronto a someterse a la autoridad del nuevo comandante antes de su llegada. Galea, Nonato Pérez y todos los otros estuvieron prestos a seguir el ejemplo de Arredondo. Las rivalidades habían desaparecido y todos los patriotas venían ansiosos a organizarse bajo el estandarte de la libertad tremolado por el General Santander, quien muchos años después nos describió así sus experiencias: «Mi presencia calmó la agitación, porque tuve la fortuna de inspirarles confianza, y de persuadirles que en la unidad estribaba nuestra salud. Todos cedieron a mi voz, me prestaron obediencia y trabajaron conmigo activamente en la formación de una hermosa división, a que tanto deben los granadinos por su

libertad en la campaña de 1819 y no poco los venezolanos y ecuatorianos por la suya en las campañas subsiguientes de 1821 y 22» (29).

La llegada de Santander a Casanare no fue ignorada por el General Morillo. El día de su llegada allí, Morillo escribía a Barreiro, que entonces mandaba las fuerzas españolas en la Nueva Granada, sobre el asunto. Pero como Morillo aseguraba, y era la verdad, que Santander no llevaba tropas, Barreiro contestó que se alegraba, pues así tendría la oportunidad de destruírlo al primer encuentro. Muy pronto iba a aprender por experiencia propia que Santander no era tan fácil de derrotar, y aún más, que su habilidad para maniobrar y castigar a sus enemigos era asombrosa. Barreiro no se iba a enfrentar con una mera banda de merodeadores pero sí con ejército bien entrenado, disciplinado y fuerte, donde la voz del comandante era oída y respetada por todos y donde reinaba la armonía. A los seis meses de su llegada, Santander tenía a sus órdenes un contingente de dos mil hombres, mitad infantería y mitad caballería, capaces de hacerle frente a Barreiro. La victoria estaba cercana; Santander la había organizado. El éxito no se hacía esperar como veremos más adelante (30).

Había otro aspecto, quizá más importante que el militar, relacionado con las actuaciones de Santander en Casanare. Más que rivalidades entre jefes, el problema allí había sido de carácter político. Desde la pacificación de la Nueva Granada y la terminación del gobierno de Casanare, cuando Santander fue depuesto del mando, la provincia había sido nominalmente anexada a Venezuela y puesta bajo la autoridad de Páez, entonces jefe de toda la región de Apure. Los granadinos resentían este régimen casi extranjero y resistían los esfuerzos de Páez o sus agentes para poner en vigor su autoridad. En una ocasión Páez pensó venir en persona a imponerse allí (31). Fue en el diestro manejo de esta difícil situación que el General Santander demostró por primera vez las habilidades como hombre de estado que iba a desplegar, primero en el gobierno de Cundinamarca y más tarde en el de la Gran Colombia toda. En vez de asumir poderes dictatoriales como lo hubiera hecho otro cualquiera, procedió a organizar un gobierno civil tan republicano como era posible

bajo las circunstancias. La provincia tenía un gobernador en la persona del Teniente Coronel Moreno, a quien él retuvo en dicho puesto, pero como éste era necesario en el ejército, Santander nombró al doctor Baños Teniente Gobernador para que se entendiera con los asuntos civiles y de oficina. Como un gobierno no puede subsistir sin rentas, una de sus primeras disposiciones fue reorganizar el sistema de contribuciones existente y establecer un cuño para acuñar la plata de las iglesias y reunir dinero con qué pagar las tropas. Estas rentas no llegaron a ser importantes en el poco tiempo que él estuvo allí pero fueron suficientes, poco después de las reformas de Santander, para pagar los gastos de los hospitales que era necesario mantener por motivo del clima mortífero de aquellas regiones (32).

Poco después de su llegada a Casanare, Santander recibió instrucciones para ver que se enviaran diputados al Congreso de Angostura, que se iba a reunir el día 15 de febrero de 1819. Al efecto Zea, Salazar, Vergara, Uribe y Muñoz fueron nombrados e instruídos para que insistieran en los derechos de soberanía de la Nueva Granada sobre Casanare cuando este territorio hubiese sido libertado. Después que el Congreso, siguiendo los deseos del Libertador, decretó la unión de Venezuela y la Nueva Granada y eligió a Bolívar Presidente, Santander reconoció la autoridad de dicho cuerpo y del nuevo Presidente en presencia de sus tropas, declarando a la vez que no estaba comprometiendo o forzando en manera alguna las provincias de la Nueva Granada, que quedarían libres para decidir sus propios destinos a su debido tiempo (33).

Barreiro se enteró bien pronto de las actividades de Santander en los llanos. Rumores y más rumores iban y venían acerca de la fuerza de los patriotas en Casanare y, aún más, los patriotas de todo el país, cansados de la tiranía española, daban señales de estar más que dispuestos a cooperar con los de aquella provincia. El comandante español decidió entonces cruzar las montañas y destruir cualquier resistencia que pudiese encontrar. El cinco de abril emprendió la marcha de Marcote, donde había reunido una fuerza de 1,200 infantes y 540 hombres de caballería, a los que debían unirse cinco compañías del Batallón del Rey que se encontraban en Sácama bajo el mando de Jiménez,

y que sumarían juntas 2.300 hombres. A primera vista, los Llanos parecían una región hospitalaria por la abundancia de ganado que se notaba por doquier, pero el optimismo del comandante español no duró mucho al ver lo difícil que se le hacía a sus hombres coger el ganado. Los realistas avanzaron hacia Pore, capital de la provincia de Casanare, y ocuparon el pueblo el nueve de abril. Los guías indios que llevaban ya habían desertado casi todos: de ciento que eran sólo quedaban cinco. Enterados del avance realista los patriotas desaparecieron como por encanto y sólo se veían en pequeños grupos que salían a obstruír el paso o acosar a los españoles. Todas las casas estaban desiertas. Los soldados y sus caballos sufrían por la escasez de alimentos: los hombres no podían coger el ganado, y las bestias criadas en las alturas no podían comer el pasto de los Llanos. Después de ocupar a Pore, Barreiro decidió marchar sobre Laguna. En cuanto emprendió la marcha, empezó una serie de escaramuzas con la caballería patriota. Pronto se ofreció a su vista el grueso de las fuerzas rebeldes marchando en dirección paralela a la suya como a media milla de distancia, pero sin presentar batalla. Muchos de sus oficiales urgían a Santander a dar batalla, pero éste estaba resuelto a conservar sus fuerzas intactas sin exponerlas en una acción que de ser adversa resultaría en la pérdida de toda esperanza de libertad para la Nueva Granada. Un jefe que no hubiera estado tan firmemente convencido de la trascendental importancia de tal paso, hubiese tomado el riesgo de una batalla sabiendo que de salir victorioso, el camino de la Nueva Granada quedaría abierto y su fama sería superior a la de Bolívar mismo. Un jefe ambicioso lo hubiera arriesgado todo, pero Santander, todo prudencia, poseía más del genio de Washington que del de otros guerreros, que menos consagrados a la causa de su patria, piensan más en su propia grandeza y la satisfacción de su vanidad. Santander no buscaba honores para sí; lo que buscaba era la gloria y el bienestar de su patria. Cansados de tan largas marchas, temiendo la deserción y la pérdida de su caballería, sin la cual la infantería sería fácil víctima de la caballería rebelde, Barreiro decidió retirarse. Los patriotas le siguieron, siempre detrás, hasta que hubo cruzado la cordillera y Santander quedado dueño de los Llanos (34).

En Venezuela el porvenir de la causa rebelde no era del todo brillante. Morillo ocupaba Achaguas en el corazón mismo del Apure y los patriotas no podían arrojarlo de allí. Con la temporada de las lluvias ya cercana, era tiempo de hacer algo antes de que los Llanos se convirtieran en lago. Morillo tomó la iniciativa. Dividiendo su ejército en tres cuerpos cruzó el Apure, el primero de mayo. Enterado Bolívar de este movimiento, que le brindaba ocasión de atacar uno de estos cuerpos, no pudo aprovechar tan buena oportunidad por no estar preparado. Su caballería tenía que buscar caballos de repuesto y había que reunir ganado para en caso de que las lluvias lo encerraran en Barinas. Cualquier maniobra en Venezuela durante esta época no sólo era arriesgada sino peligrosa. Bolívar y Páez estaban perplejos y no sabían qué partido tomar (35). Todas las dudas y vacilaciones se desvanecieron un día en que el Coronel Lara, llegado de Casanare y portador de un parte del General Santander, se presentó en el Cuartel General. Dicho parte era un informe detallado de las condiciones de la provincia y del éxito reciente de los patriotas en hacer retirar a los realistas de los Llanos. Bolívar, que podía apreciar la situación en lo que valía, le envió a Santander efusivas felicitaciones (36). El entusiasmo de los patriotas aumentaba visiblemente. Las ventajas de una invasión a la Nueva Granada eran obvias. Los realistas quedarían privados de los recursos de este rico país; los patriotas cogerían nuevas energías y fuerzas y quizá podrían establecer contacto con los patriotas de Chile. La perspectiva, en verdad, era halagadora, y en Venezuela ya iba a empezar la estación de las lluvias. Los llanos quedarían inundados; el enemigo acomodado en sus cuarteles de invierno no se enteraría de los movimientos de los patriotas en Cundinamarca; y las fuerzas realistas en este país, considerándose a salvo de cualquier ataque, estarían de seguro en puntos distantes unos de otros. Además, la opinión pública en la Nueva Granada, después de la aplicación del remedio de la pacificación, estaría unánime por la causa rebelde (37).

Páez fue consultado acerca de este asunto. El Libertador creía que él se iba a oponer a sus planes, pero no fue así, pues accedió a cooperar, al parecer, convencido de sus ventajas. «El 23 de mayo, en marcha al Mantecal, convocó Bolívar a junta de

guerra a los jefes del ejército. Asistieron a ella Soublette, Anzoátegui, Briceño Méndez, Iribarren, Rangel, Rook, Plaza y Manrique. En una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta, a orillas del Apure, se decidió la invasión de la Nueva Granada. No había una mesa en aquella choza, ni más asiento que las calaveras de las reses que para racionar la tropa había matado, no hacía mucho, una guerrilla realista. Sentados en esas calaveras que la lluvia y el sol habían blanqueado iban aquellos jefes a decidir los destinos de América». El verdadero plan de campaña no fue divulgado a este consejo por miedo a que hubiera alguna indiscreción, pero los allí presentes aprobaron lo que el General Bolívar tuvo a bien comunicarles. Mas, a la llegada a Guasdualito (junio 3) se publicó íntegro el plan de campaña. Toda la infantería iría a Casanare a unirse a Santander, mientras que Páez, con la caballería, amenazaría a Cúcuta por los desfiladeros de la montaña de San Camilo (38).

Al enterarse de la resolución de Bolívar de venir a unírsele, el General Santander promulgó una vibrante proclama incitando a sus conciudadanos a que vinieran a unírsele para así ayudar a obtener la libertad que tanto ansiaban. Esta proclama fue llevada hasta el corazón mismo de la Nueva Granada por el Capitán Zapata, y fue leída en Santafé y otras ciudades a pesar de los esfuerzos de los españoles para evitarlo (39). El ejército emprendió la marcha y el 11 de junio, Santander y Bolívar unieron sus fuerzas en Tame, a pesar de las deserciones y de las conspiraciones en el ejército del segundo (40). Era este un ejército de adolescentes que iba a acometer la empresa más difícil de toda la guerra. Bolívar sólo contaba treinta y seis años; Soublette, su Jefe de Estado Mayor, veintinueve; Anzoátegui, treinta; y Santander apenas había cumplido veintisiete. Con un total de 2.500 hombres, Pore fue ocupada el 25 de junio y, con Santander al mando de la vanguardia, el ejército tomó el camino de Paya. En el tránsito, la división de Anzoátegui se había quedado atrás y le tocó a Santander solo atacar el desfiladero muy bien fortificado por los españoles. El sitio conocido ante la historia como las Termópilas de Paya se hizo famoso con la sangre de los soldados de Santander ofrecida en holocausto a la patria colombiana. Pero toda resistencia por parte del enemigo fue inútil, y Paya cayó en sus manos, el 27 de junio de 1819.

Bolívar, que venía detrás con la división de Anzoátegui, le escribió a Santander llamándolo para tratar sobre la posibilidad de continuar la campaña hasta Santafé. El General Santander se quedó asombrado ante tal incertidumbre cuando él creía que el asunto era ya cosa decidida. Por lo tanto convocó a sus oficiales para consultarles el caso. Todos estuvieron de acuerdo y expresaron la opinión que preferían morir luchando a regresar a los Llanos. Al día siguiente Santander hizo acto de presencia en el Cuartel General del Libertador en el Llano de Miguel. Soublette, Anzoátegui, Lara y Salom fueron testigos de la conferencia. Habló el Libertador de la desnudez de las tropas; su estado de cansancio con sólo dos días de marcha en la cordillera, y que faltaba la parte más escabrosa y difícil de las montañas, donde una fuerte nevada podría poner término a la campaña; de la falta de caballos y de otros varios obstáculos. Terminó diciendo que con tal perspectiva lo mejor sería regresar a Guasdualito y de allí emprender la invasión de los valles de Cúcuta. Santander se opuso a tal plan con la firmeza que lo caracterizaba y fue secundado por el General Lara. El General Santander propuso entonces ir con su división, atravesando las montañas, a reconocer el territorio, sondear la opinión y el sentir de la gente de los pueblos, y combatir contra las tropas realistas que hubiera en los campos de la provincia de Tunja. Tal plan no sería perjudicial a Venezuela en caso de un fracaso, pues si se perdía la división, las tropas de aquel país quedarían intactas. Si las condiciones eran favorables, entonces el resto del ejército cruzaría las montañas y juntos combatirían hasta alcanzar la victoria. Anzoátegui, viendo la firme resolución de Santander, dijo que él estaba dispuesto a hacer lo que cualquiera otro y ofreció hacer lo propuesto por éste. Soublette era de la misma opinión. Por lo tanto, no le quedó otro remedio al Libertador que el de continuar el plan de campaña, tal y como había sido acordado antes de empezar la marcha (41).

Después de Paya no hubo más realistas, pero, ¡oh, la naturaleza, la cruel naturaleza de los Andes donde reina el cóndor! ¡Imaginaos un cuerpo de tropas de los cálidos llanos ecuatoriales, semi-desnudas y hambrientas, tratando de cruzar helados desfiladeros a trece mil pies de altura, por encima de las nubes,

con precipicios que marean con sólo mirarlos el caminante! Pero los denodados patriotas que no murieron cruzaron la cordillera y llegaron al pueblo de Socha situado en el rico valle de Sogamoso, el seis de julio. No era nada más que la sombra de un ejército lo que bajaba de las montañas, pero aún así inspiraba temor a los realistas (42). Los tres días siguientes fueron de lo más activo que imaginarse puede. Los jefes desde Bolívar hasta el último abanderado, se multiplicaban para atender a cuanto era necesario para poner el ejercito en pie de guerra. «Santander, dice Restrepo, era el que más trabajaba, y testigos presenciales de la mayor respetabilidad aseguran que a él se debló en gran parte el feliz éxito de la campaña». Pronto las tropas se surtieron de provisiones; se consiguieron nuevos caballos, se armaron nuevos contingentes, y se enviaron auxilios a los cuerpos retrasados. A acosar el enemigo se enviaron guerrillas que también adquirían la información necesaria para asegurar el éxito de futuros movimientos. No obstante, los resultados de los primeros encuentros con los realistas no fueron halagadores; pero en la acción del puente de Gámeza, Barreiro pudo apreciar la clase de guerreros que eran los patriotas. Santander fue herido mientras marchaba al ataque a la cabeza de su división a desalojar a los realistas de sus fuertes posiciones (43). Pero ¿qué importaba una herida? La libertad estaba en peligro y era necesario salvarla a toda costa. Catorce días después estaba el intrépido General Santander al frente de su división en el sangriento encuentro del Pantano de Vargas. No había tiempo que perder; ambos lados lo comprendían y se preparaban para la prueba suprema que llegó en la tarde del 7 de agosto, en el campo de Boyacá. Esta fue una batalla decisiva, cuyo resultado no fue disputado por los españoles. Desde Gámeza y Vargas hasta el día de la gran victoria, los patriotas habían dado pruebas concluyentes de la superioridad de sus armas y su valor. Este último golpe había sido suficiente para libertar toda Cundinamarca, puede decirse. La división mandada por el General Santander jugó parte importantísima en la lucha y contribuyó sobremanera al éxito final. A él le tocó defender el puente de Boyacá contra el grueso del ejército realista, e indudablemente que él y su division se cubrieron de honores. Barreiro con su Estado Mayor

de cuarenta oficiales, mil trescientos hombres, cuatro piezas de artillería y todos sus pertrechos y provisiones cayeron en poder de los patriotas. Santander estaba a la cabeza de los que persiguieron a los que huyeron del campo de batalla hasta Ventaquemada. Entre los prisioneros Bolívar reconoció a Francisco Fernández Vinoni, quien lo había traicionado en Puerto Cabello, en 1812, y lo ahorcó allí mismo (44).

El viejo Sámano, cruel Virrey de la Nueva Granada, enterado del desastre, echó a huir dejando atrás parte de su séquito y más de medio millón de pesos en las cajas del tesoro. Bolívar y Santander, ascendido este último a Mayor General en el campo de batalla mismo, hicieron su entrada en Santafé en la tarde del diez de agosto, a recibir los aplausos y los laureles del triunfo de un pueblo que se había dormido esclavo y despertado libre (45). Toda la dicha y felicidad a que Santander era acreedor en esta oportunidad fue interrumpida por un suceso inesperado. Su madre y su hermana habían venido a Santafé desde la muerte de su padre. Afiliadas como lo estaban a la causa de la libertad, su suerte era precaria bajo el régimen de Sámano y hasta su existencia peligraba por momentos. No obstante, de tiempo en tiempo lograron enviar al General Santander información de mucho valor con respecto al estado del país. Pronto fueron sospechadas y con la aproximación de los patriotas casi fueron obligadas a enterrarse vivas para librarse de la furia del Virrey. La entrada de los patriotas las salvó, pero sólo para que el hijo amante pudiese recibir en sus brazos el último suspiro de su madre moribunda, quien había contraído una enfermedad incurable por motivo de la humedad de su escondite. Antes de morir, esta valerosa dama declaró que se sentía feliz de haber vivido lo suficiente para ver su patria libre (46).

Tan pronto como Bolívar salió de Venezuela, sus tenientes y el Congreso de Angostura le depusieron por haber abandonado el país. Al enterarse de esto en Santafé, en medio de las festividades de la celebración de la victoria, tuvo que apresurarse a regresar, a ver si podía arreglarlo todo antes que la estructura de su gobierno se hiciera pedazos (47). Nueve provincias habían sido libertadas por el sólo golpe asestado en Boyacá, que con Casanare, sumaban diez (48). Para dirigir el gobier-

no de estas provincias, el Libertador, el 11 de septiembre de 1819, nombró al hombre que, sin duda, más se lo merecía: el Mayor General Francisco de Paula Santander, como Vicepresidente de Cundinamarca, con los mismos poderes y atribuciones que se le concedían al Vicepresidente de Venezuela por el acta del Congreso de Angostura, del 26 de febrero (49). Después de promulgar varios decretos relativos a la organización del nuevo gobierno y pronunciar sendos discursos, Bolívar salió para Venezuela (el 20 de septiembre), dejando a Santander a la cabeza de la nación que acababa de nacer. Santander tenía en sus manos la arcilla que, aunque no muy susceptible al molde, podría darle forma y vida si poseía las facultades creadoras necesarias. Pero como la guerra no había terminado, era necesario que el hombre que dirigía los asuntos hiciera posible la victoria proveyendo los medios para obtenerla. Con la partida de Bolívar, Santander era, en efecto, el verdadero Poder Ejecutivo de la Nueva Granada, mientras que el Libertador era sólo el comandante de los ejércitos de la República. Después que se adoptó la Constitución de Cúcuta, en 1821, y Santander fue electo Vicepresidente de Colombia, sus puestos respectivos eran los mismos en relación a todo el país hasta 1827, cuando Bolívar asumió la dictadura y excluyó del mando al Vicepresidente.

NOTAS

(1) Páez, I, 105-9; V. Restrepo, «Reseña biográfica del General Manuel de Serviez» en *A. S.*, I, 244-6; Restrepo, II, 363-4: Blanco, V, 544-55.

(2) Citado por Restrepo, II, 368, nota I.

(3) Santander, p. 41. También citado por V. Restrepo, ob. cit., en el *A. S.*, I, 245.

(4) «La voz de la verdad», publicación que hizo allá por el año de 1825, *Un Colombiano*, hijo de Bogotá, en defensa del General Francisco de Paula Santander, en Blanco, I, 53-9 y *A. S.*, XIII, 4-15.

(5) V. Restrepo, ob. cit., *A. S.*, I, 242. El General Joaquín París, íntimo amigo de Santander, escribe que él le había hablado en Zipaquirá, después del desastre de Cachirí, y Santander le había dicho que él no esperaba la independencia sino en una época lejana. Ahora lo veía perdido todo.

(6) Páez, I, 121-2, dice que Valdés murió de muerte natural y por lo tanto no fue asesinado. Santander, p. 41; Restrepo, II, 390.

(7) Restrepo, II, 366-7; Urdaneta, *Memorias*, pp. 107-8.

(8) Santander, pp. 42-3; Páez, I, 118, dice que estos oficiales se fueron porque creían que él no tendría éxito contra el ejército de Morillo que avanzaba desde la Nueva Granada. Restrepo, II, 367; Blanco, VI, 118-9.

(9) López, p. 26. Es muy probable que Santander recibiera una carta de Bolívar escrita en Barcelona, enero 10 de 1817, antes de emprender su jornada. O'Leary, XV, 114. De una carta de Piar a Santander y sus compañeros, Upatá, marzo 7 de 1817, se desprende que Santander iba en una misión especial, pero lo que esta misión era no se sabe. En esta carta se hace mención de otra de Santander a Piar que no aparece en O'Leary, Blanco, o en el *Archivo Santander*. O'Leary XV, 186.

(10) Restrepo, II, 389; Baraya, pp. 79, 81.

(11) Blanco, V, 618, 620, 633-4; O'Leary, I, 377, donde se encuentra el parte oficial en una nota que se extiende hasta la p. 379.

(12) Blanco, VI, 336-42, 369-70, 522; Restrepo, II, 436-453; O'Leary, I, 445-61; Baraya, p. 80; *A. S.*, III, 29-34. «Diario de la campaña de Venezuela, verificada por el Ejército Libertador a las órdenes del Jefe Supremo General Bolívar, contra el Ejército Real al mando del General Morillo, por el Coronel F. de P. S.»

(13) Documento del General Carlos Soublette, Jefe de Estado Mayor, dado a Santander cuando se separó del ejército de Bolívar para ir a Casanare, fechado en Angostura, agosto 22, 1818. Baraya, pp. 83-4.

(14) O'Leary, I, 464-7; Restrepo, II, 456-9; Baraya, p. 81; Páez, I, 162.

(15) Blanco, V, 485; Baraya, pp. 83-4. El diario de operaciones del ejército data el ascenso como del 12 de agosto. O'Leary, XV, 90-2; I, 473. Bolívar a Santander, Angostura, julio 16, 1818. Lecuna, *Cartas del Libertador*, II, 42; *A. S.*, II, 65.

(16) «La voz de la verdad» citada. Blanco, X, 57. Compárese con O'Leary, I, 474.

(17) Santander, p. 42. En 1837, cuando escribió sus *Apuntamientos*, Santander tenía toda la correspondencia sobre este asunto, pero al parecer toda se ha perdido después, porque no aparece en el *Archivo*.

(18) O'Leary, I, 473; Urdaneta, p. 145; Blanco, VI, 646-8. El Padre Blanco dice que además de ser él el oficial destinado por Bolívar para ir a Casanare, a él se debe también la idea de tal comisión por habérsela sugerido a Bolívar en 1817.

(19) Restrepo, I, 486; II, 479; Baraya, p. 83; Groot, III, 458,

(20) O'Leary, I, 473-4; Restrepo, I, 486; II, 479; López, p. 26.

(21) O'Leary, XVI, 90-2. Diario de las operaciones del ejército, agosto de 1818.

(22) Santander, p. 42; López, p. 26; Urdaneta, p. 145; O'Leary, I, 474; VI, 256.

(23) O'Leary, I, 474-5; XVI, 84-5; Restrepo, I, 476; *A. S.*, I, 352. Véanse las instrucciones dadas a Santander fechadas en Angostura, agosto 21, 1818, *A. S.*, I, 363-4.

(24) Santander, p. 42; O'Leary, XVI, 92, da la fecha agosto 26. Blanco, VI, 57. S. Camacho Roldán, *Santander*, en *A. S.*, II, 3. «Diario de las operaciones del cuerpo de ejército confiado al General F. de P. Santander que comprende desde su partida de Guayana en 25 de agosto de 1818 hasta su entrada en Bogotá el 12 de agosto de 1819, por el Jefe de Estado Mayor de dicho cuerpo. V. G. (Coronel Vicente González)», en *A. S.*, III, 35-43.

(25) Esta carta no aparece en la correspondencia de Santander ni en ninguna de las colecciones de los papeles de Bolívar. Páez, I, 170; Santander a Bolívar, Meta, oct. 25 y nov. 5, 1818, *A. S.*, III, 45. La orden de Páez para que Santander se detuviera en Caribén aparece en *A. S.*, I, 378, con fecha dic. 12, 1818, por error que está corregido en la Introducción al tomo II, del *Archivo*. La fecha correcta debe ser sept. 12. Santander llegó a Casanare el 29 de nov. y las cartas de disculpa de Páez tienen fecha 30 de oct. Véase también carta de P. Briceño Méndez a Santander, Angostura, dic. 2, 1818, *A. S.*, I, 375-6.

(26) Páez a Santander, Achaguas, oct. 30, 1818, *A. S.*, I, 366-7, carta y comunicación oficial.

(27) Páez a Santander, citada arriba; Santander a Bolívar, Buenavista en el Meta, nov. 9, 1819, *A. S.*, III, 45-46.

(28) Blanco, X, 53-59; *A. S.*, XIII, II.

(29) Santander, p. 43; Arredondo a Santander, Zapatosa, nov. 28, 1818, *A. S.*, I, 369-70; Santander a Arredondo, Guanapalo, dic. 8, 1818, *A. S.*, III, 79-80; Restrepo, I, 466.

(30) Morillo a Barreiro. Caracas, nov. 29. 1818; Barreiro a Morillo, enero 20 y abril 15, 1819, O'Leary, III, I y *A. S.*, I, 386; Bolívar a Santander, Caicara, enero 26, 1819, O'Leary, XVI, 200-2 y *A. S.*, I, 396-9. Para poder apreciar mejor la actividad de Santander durante esta época, véanse las «Ordenes de Santander durante la campaña de la Nueva Granada», *A. S.*, III, 73-168.

(31) Arredondo a Santander, Zapatosa, nov. 28, 1818, *A. S.*, I, 369-70; Santander a Bolívar, Caribén en Orinoco, oct. 23, 1818, *A. S.*, III, 43-45; Restrepo, I, 466.

(32) Santander a Bolívar, Guanapalo, dic. 3, 1818, *A. S.*, III, 46-7. Bolívar a Santander, Caicara, enero 25, 1819, O'Leary, XVI, 200-2 y *A. S.*, I, 396-9; Santander a Bolívar, Trinidad, enero 14. 1819, O'Leary, III, I y *A. S.*, I, 386. Otra de Laguna, marzo 30, 1819, O'Leary, III, 15-6 y *A. S.*, II, 96-7.

(33) Santander, pp. 44-5; Zea a Santander, Angostura, dic. 1.º, 1819, *A. S.*, I, 373-5. Santander a Bolívar, Laguna, abril 9, 1819, O'Leary, 17 y *A. S.*, II, 100. Otra, Palmar, abril 22, 1819, O'Leary, III, 18 y *A. S.*, II, 112-3. Certificado del Coronel A. Morales, *A. S.*, III, 2, 218-20.

(34) Santander a Bolívar, Isla Cazadero, abril 21, 1819, *A. S.*, III, 55-7. Restrepo, I, 467-70; Groot, III, 459-65; Camacho Roldán, cit., *A. S.*, II, 4-5.

(35) Caparrós (secretario de Morillo) a Iturbe, Achaguas, marzo 11, 1819, O'Leary, XI, 506-7; véase también I, 540.

(36) Bolívar a Santander, (Barinas?), marzo 18, 1819, cit. en O'Leary. I, 541.

(37) Restrepo, II, 507-8; O'Leary, I, 541-3.

(38) O'Leary, 543-7. El mensaje de Bolívar al Vicepresidente Zea, así como sus instrucciones a Páez, aparece también aquí.

(39) *A. S.*, I, 45-6.

(40) Santander, *El General Simón Bolívar en la campaña de la Nueva Granada del 1819*. Esta relación publicada sin firma, en Bogotá, poco después de la victoria de Boyacá, fue escrita y dada a luz por el General Santander, y aparece reimpresa en *A. S.*, 41-57. O'Leary, I, 552; Larrazábal, II, 201.

(41) Santander, *Apuntamientos*, p. 47; Obando Antonio, *Autobiografía*, *A. S.*, II, 181. *Historia de la Gran Colombia*, nota XXVIII, pp. 132-3. (Esta es una reproducción del Artículo «Colombia» que apareció en la séptima edición de la *Enciclopedia Británica*. La traducción y notas son del doctor Lorenzo M. Lleras, entonces oficial mayor de la secretaría de Relaciones Exteriores. Restrepo, II, 530; Baraya, p. 85. Compárese: Soledad Acosta de Samper, «El General Francisco de Paula Santander» en la *Biblioteca Histórica*, números 20 y 21, pp. 235-6; Baralt y Díaz, *Compendio de la Historia de Venezuela*, I, 290; J. M. Saavedra Galindo, *Colombia Libertadora*, pp. 1-19.

(42) Larrazábal, II, 200-3; O'Leary, I, 564-6; Angell, pp. 155-8, contiene la mejor descripción del ejército cruzando las montañas; está basada en la relación de O'Leary.

(43) Restrepo, II, 531; Baraya, pp. 86-7; Larrazábal, II, 208; Santander, *Apuntamientos*, p. 48; Acosta de Samper, p. 236; Obando, ob. cit., *A. S.*, II, 182.

(44) Restrepo, II, 539.

(45) O'Leary, I, 578; Restrepo, II, 540-1; Larrazábal, 209-10; Blanco, VII, 22.

(46) C. S. Cochrane, *Journal of a Residence and Travels in Colombia, 1823-1824*, II, 91-2; C. N. Roeding, *Biographische Skizze des Generals F. de P. Santander*, pp. 16-7.

(47) O'Leary, II, 10.

(48) Bolívar, en su proclama, decía ocho, pero si incluímos a Popayán de que se supo poco después y a Casanare, resultan diez. Restrepo, II, 550. Las provincias libertadas fueron: Casanare, Tunja, Socorro, Pamplona, Cundinamarca, Mariquita, Neiva, Antioquia, Chocó y Popayán.

(49) O'Leary, XVI, 456, doc. n.° 750.

HISTORIA DE LA LITERATURA COLOMBIANA

CAPITULO IV

Las Tertulias literarias de Santafé y las Sociedades patrióticas.—Primeros periódicos.—Don Manuel del Socorro Rodríguez.—La generación de la Independencia.—El «Semanario del Nuevo Reino» y sus colaboradores.—Caldas y Zea.—Salazar, Fernández Madrid y otros poetas.

La capital, recostada con negligencia en las faldas de Monserrate y Guadalupe, duró larguísimos años viendo sus calles empedradas cubiertas de menuda yerba, ajena a todo ruido que no fuese el de los espantos nocturnos. Apenas circulaban por sus calles dos coches, el del Arzobispo y el del Virrey, que iban por la Alameda hasta poca distancia del convento de San Diego. La población vivia dedicada al rezo; las fiestas y funciones de iglesia se sucedían unas a otras con poco intervalo de tiempo, y los comerciantes dedicaban sus ocios, que eran la mayor parte del día, a recoger noticias callejeras y a imponerse en los vaivenes del gobierno. La vida era sencilla, con fácil y franca comunicación entre todos, pues la única diferencia social que se hacía sentir era la que es cristianamente tolerable: la de pobres y ricos; empero, aquellos no vivian divorciados de los segundos, que antes solian tomar parte en sus diversiones, y no era infrecuente el caso de que jóvenes acaudalados llevasen al altar muchachas muy pobres y de humilde origen.

Las agitaciones políticas fueron yá desde entonces el vehículo obligado que los pensadores y humanistas buscaron para transformar a su antojo la sociedad. Desvirtuado poco a poco el influjo que España procuró ejercer y ejerció desde la conquista con su comercio, mando e ideas, los colonos se dieron a leer libros franceses, y surgió de pronto el ansia de ilustrar la mente y de adquirir nuevas ideas y conocimientos sobre todos los ramos del saber humano.

La forma principal de trabajos con que comenzó a desarrollarse y comunicarse el espíritu en el Nuevo Reyno de Granada, fue la de los círculos literarios.

En el espacio de veinte años (1790 a 1810) se contaron como centros principales de esta clase de reuniones, el que fomentó en su casa el célebre patriota y hombre público don Antonio Nariño, traductor de *Los Derechos del Hombre* y el más entendido divulgador de las obras y teorías filosóficas de Europa; la tertulia llamada *Eutropélica*, debida a la iniciativa del Bibliotecario don Manuel del Socorro Rodríguez, quien daba acogida en sus periódicos a todos los escritos que se le enviaban, e impulsado por su amor al arte llevó su prolijidad e interés hasta el punto de coleccionar aquellos que por su extensión no podía publicar, para colocarlos, empastados, en seguro y cómodo lugar de la Biblioteca; la tertulia del *Buen Gusto*, encabezada por una señora de campanillas, doña Manuela Santamaría de Manrique, madre del ilustrado don José Angel Manrique, autor del poema festivo «La Tocaimada». Pero el centro de mayor importancia era el de los naturalistas y hombres de ciencia, en el que figuraban don Francisco José de Caldas, don Jorge Tadeo Lozano, don Eloy Valenzuela, don Francisco Antonio Zea, don José Manuel Restrepo, don Joaquín Camacho y algunos otros varones de connotada ilustración e inteligencia.

PRIMEROS PERIÓDICOS—El periodismo ha sido siempre la página más fiel de la existencia de una nación. El primer periódico que se publicó en el territorio de la actual república de Colombia fue el *Aviso del Terremoto*, que tuvo por objeto dar cuenta del desastre ocurrido en Santafé el 12 de julio de 1785 y de las noticias que sobre el mismo vinieran de fuéra. Fue una hoja de muy pequeñas dimensiones, que no alcanzó a contar sino tres números.

A continuación del *Aviso* se presentó la *Gaceta de Santafé de Bogotá*, cuya existencia debería ser tan efímera como la del primero. Su aparición tuvo lugar el 31 de agosto de 1785. Unicamente salieron tres números, el último de los cuales lleva la fecha del 31 de octubre del mismo año.

Tocó luégo en suerte a don Manuel del Socorro Rodríguez, laborioso y humilde hijo de la isla de Cuba, que vino a nuestro país en compañía y bajo la protección del virrey don José de Ezpeleta, dar decisivo y regular impulso a la fundación y redacción de un periódico semanal, de cuatro hojas, que bautizó con el atractivo e inolvidable título de *Papel Periódico de la Ciudad de Santafé*. Publicáronse 265 números, desde el 9 de febrero de 1791 hasta el 6 de enero de 1797.

Antes de acometer la publicación de este periódico, Rodríguez había sido designado por el virrey para ocupar la plaza de Bibliotecario, con un salario de 400 pesos anuales, que por ser tan insignificante logró que se aumentase en otros tantos, tomados de las temporalidades de los extinguidos jesuítas. Cumplió bien y fielmente los deberes de aquel encargo. Vivió siempre, hasta su muerte, en un cuarto contiguo a la biblioteca, y se consagró con solícito interés a la difusión de las luces.

A la publicación del *Papel Periódico* de Rodríguez sucedió la del *Correo Curioso, erudito, económico y mercantil de la ciudad de Santafé*, que apareció el martes 17 de febrero de 1801, y duró hasta el 29 de diciembre del mismo año, en que se clausuró al completar 46 números. Fué redactado por los patriotas Jorge Tadeo Lozano y José Luis de Azuola y Lozano.

Por iniciativa de los redactores de esta nuestra cuarta publicación periódica—quienes hablaron en los números 39 y 40 «sobre lo útil que sería en este reino el establecimiento de una sociedad económica de amigos del país»—se fundó en Santafé la Sociedad Patriótica del Nuevo Reyno de Granada, bajo la presidencia del doctor José Celestino Mutis y en casa de éste, el 10 de diciembre de 1801. Esta asociación reducía sus miras al fomento de la agricultura y cría de ganados; de la industria, comercio y policía, y de las ciencias útiles y artes liberales. Pero, al propio tiempo, allí germinaron y crecieron las ideas de independencia y libertad, pues casi todos sus miembros fueron, años más tarde, los portaestandartes de la causa americana.

Sin embargo, no correspondió a Santafé la iniciativa en esta clase de asociaciones, pues yá desde el año de 1784 se había instalado en la villa de Mompox una «Sociedad económica de los amigos del país», de iguales tendencias a las perseguidas por la de la capital. Fue Presidente de ella el Teniente Coronel de los reales ejércitos don Gonzalo José de Hoyos; secretario perpetuo el contador oficial real don Francisco Antona, y tesorero el capitán de milicias don Ramón del Corral. El sabio Mutis, el ingeniero Esquiaqui y otras personalidades del Nuevo Reyno fueron nombrados socios correspondientes. Sus labores constan en un cuaderno que se publicó en Santafé a principios del año siguiente.

Don Manuel del Socorro Rodríguez, a quien—como queda dicho—cupo la honrosa misión de ser por varios años el único pro-

pulsor del periodismo bogotano, alimentaba los papeles de que era redactor con noticias de España y demás países de Europa, y con tal cual eflorescencia, muy mediana o de circunstancias, de los poetas nacionales.

Después del *Papel Periódico* dió a luz Rodríguez, siempre con el apoyo del Gobierno, los siguientes:

El Redactor Americano. Periódico del Nuevo Reyno de Granada. Apareció el 6 de diciembre de 1806, y duró hasta el mes de noviembre de 1809. Se publicaban dos números por mes.

MANUEL DEL SOCORRO RODRIGUEZ

El Alternativo del Redactor Americano, especie de suplemento mensual del anterior, consagrado a la publicación de artículos instructivos, elucubraciones filosoficas y poesías chabacanas. El número 1.º vió la luz el 27 de enero de 1807, y duró hasta finalizar el año de 1809.

La Constitución Feliz. Periódico político y económico de la capital del Nuevo Reyno de Granada. De él solamente apareció el primer número, el 17 de agosto de 1810, con datos curiosos sobre «las novedades ocurridas en la muy noble y muy leal ciudad de Santafé de Bogotá, desde la tarde del 20 de julio de 1810 hasta el día de la fecha».

Nuestro Bibliotecario real, cuya memoria debemos guardar con viva simpatía mezclada de gratitud, también escribía en verso, en el tono afectado y altisonante que era entonces de moda. Rodríguez, guiado por sus humanitarios instintos y corazón republicano, hubo de aceptar la revolución patriota, viéndose envuelto, sin duda contra su voluntad, por las nuevas corrientes políticas que se empezaban a desarrollar. Seis años antes de su muerte—que se efectuó en el cuarto mismo en que vivía, donde fue encontrado inmóvil en su lecho, en la mañana del 2 de junio de 1819, vestido con el humilde sayal de los hijos de San Francisco, apoyada su cabeza sobre dura piedra y estrechando en sus manos un rústico símbolo de la Redención—tomó parte en un acto público, dispuesto por el general Nariño, con el objeto de sembrar en la plaza principal de Bogotá un árbol que representase la libertad conquistada denodadamente por el pueblo, fiesta que se verificó el 29 de abril de 1813. Con tal motivo, Rodríguez arrancó de su lira las siguientes notas:

Cantemos al Señor de las Naciones
himnos de paz, de gratitud y gozo;
bendigamos el brazo poderoso
que rompió de su pueblo las prisiones....

Persistente en su propósito de fomentar entre los jóvenes el amor a la literatura no desperdiciaba ocasión para dar pábulo a sus ímpetus de versificador frío y prosaico, publicando sonetos, églogas, odas, epigramas, y aun poemas por cualquier acontecimiento explotable. Y así como durante el coloniaje había cantado la paz de España con la Gran Bretaña, la llegada del oidor Inclán, la muerte del fabulista Iriarte, la ejecución de la reina de Francia, en la iniciación de la epopeya americana dejó oír los acentos de su musa canija en un monostrofe y un soneto, en que invocaba a las ninfas del Funza para llorar la falta de los héroes caídos «cerca del Cauca en guerra armipotente», cuya memoria seria inmortal, «mientras los astros giren por el cielo». Así pasó su vida, y así dejó cinco tomos inéditos

de una «Antología o colección de epigramas sobre todo género de asuntos», con otros dos en prosa y verso, amén de una historia sobre la «Fundación del Monasterio de La Enseñanza, de monjas benitas, llamadas esclavas de la Virgen», y un folleto titulado «El Reino Feliz, fundado sobre los principios de la verdadera filosofía», cuyo objeto era «fortalecer a los espíritus débiles y prevenir a los jóvenes incautos contra los crueles asaltos de esa filosofía misantrópica, que bajo el velo de la hipocresía artificiosa pretende erigirse un imperio universal sobre las ruinas de la justicia, de la libertad y de la inocencia».

La generación de la independencia.—«Había en Bogotá,—dice don Florentino Vezga, admirable historiador de la *Expedición Botánica*—a fines del siglo XVIII y en la primera década del XIX, una verdadera pléyade de hombres eximios, algunos de ellos de primera talla en el orden de la inteligencia, cuyas luces, fuerza de alma y magnánimo carácter constituyen uno de los más ilustres recuerdos de la América española, una de las más nobles complacencias históricas y uno de sus mejores títulos al respeto y estima de los hombres de buena voluntad. José Celestino Mutis, Francisco José de Caldas, Eloy Valenzuela, Francisco Antonio Zea, Jorge Tadeo Lozano, Félix Restrepo, Pedro Fermín de Vargas, Camilo Torres, Miguel Pombo, Francisco Antonio Ulloa, Manuel Rodríguez Torices, José Fernández Madrid, Frutos Joaquín Gutiérrez, José María García Toledo, Pablo Plata, Custodio García Rovira, José María Salazar, José Gregorio Gutiérrez, Emigdio Benítez, José María Cabal, Tomás Tenorio, Vicente Gil de Tejada, Antonio Nariño, Sinforoso Mutis, Salvador Rizo, Antonio Baraya, Ramón Leiva, Manuel Benito de Castro, Juan del Corral, Lorenzo Plata, José Manuel Restrepo: tales son los nombres de los más principales. El mayor número de estos varones, oriundos de las diversas provincias que en aquel entonces formaban el Nuevo Reino de Granada, establecieron una sociedad literaria, donde pasaban los más bellos días de su vida cultivando las humanidades y las ciencias y mejorando su espíritu con la lectura, a tal punto que la envidia y la maledicencia, perseguidoras del mérito como siempre lo fueron, no hallaron allí ninguna arista débil en donde hincar el diente. Era aquel un ramillete de hombres escogidos por su talento, por su erudición, copiosa en todos los ramos de la ciencia, por su lenguaje culto, por sus costumbres ajustadas pero dulces,

por su dignidad firme pero modesta, por su independencia sin rudeza, y por sus sentimientos tan delicados como rigurosos. Literaturas griega, latina, castellana, francesa e inglesa, retórica, matemáticas, geografía, física, astronomía, filosofía, derecho público, medicina, leyes patrias, química, historia natural, todos los ramos del saber tenían especial culto entre ellos. Tan sabios como benévolos, tan inteligentes como ardorosos investigadores, su pasión dominante era buscar la verdad, y su ambición consagrar la vida al bien público. Al paso que respetaban las ideas sanas y las costumbres razonables de su tiempo, dando ejemplo de austeridad en su observancia, levantaron también su voz contra las creencias falsas y los hábitos empíricos, por mucho que se atrincherasen tras el prestigio de los años, dando lección del valor con que deben sostenerse siempre las convicciones honradas, y siendo, a la par, dechados de las mayores virtudes—el amor a Dios, la filantropía, el patriotismo.— Algunos de ellos desplegaron, en el rigor de las más terribles pruebas, un temple no excedido seguramente en Grecia ni en Roma».

EL «SEMANARIO» Y SUS COLABORADORES.—Caldas llevó a cabo la publicación del *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, el día 3 de enero de 1808. Fue una revista científica que fijó nuevos rumbos al periodismo, penetrando en el estudio de la geografía del país y ocupándose en otros ramos del saber humano. La sostuvo durante tres años, de los cuales, en los dos primeros, salía un número cada semana, con toda regularidad, en la forma y el tamaño acostumbrado por los hebdomadarios que le habían precedido. Pero en 1810 se modificó el plan del periódico: en vez de salir éste con artículos fragmentarios y noticias diversas, se publicaron *Memorias* o monografías que eran dadas a la circulación tan pronto como se terminaban de imprimir. De la primera época se cuentan, en cada año o tomo, 52 números; las *Memorias* fueron once, la última de ellas aparecida a mediados de 1811.

Tanta fue la notoriedad de este periódico, publicado en los malos tipos de imprenta que entonces se empleaban, que el historiador don Joaquín Acosta hizo de él una segunda edición en París, el año de 1849, ilustrada con el retrato de Caldas, y suprimiendo algunos trabajos yá de escaso interés.

CALDAS, entendido naturalista, con entrañable amor a los estudios de matemáticas, a quien cupo la buena suerte de dirigir los

primeros trabajos llevados a cabo en el Observatorio de Bogotá, es una figura inolvidable que ocupa especial lugar en los anales científicos y literarios de Colombia. En 1801 hizo un viaje de exploración a Quito, que prolongó hasta la provincia del Azuay en los confines con el Perú. Recogió interesantes muestras de los productos naturales de aquellas vastas regiones, estudió geográficamente todo lo más

FRANCISCO JOSE DE CALDAS

importante del Ecuador, y admiró los caracteres indelebles de la raza quichua, fuerte en su misma debilidad, profundamente melancólica y apegada a sus tradiciones, como hija de una naturaleza que parece confundir las altas cumbres de sus montañas con las pálidas nubes que se ocultan desdeñosas a los rayos del sol.

Los naturalistas, físicos y matemáticos de entonces, si exceptuamos a Caldas, cuyo privilegiado talento todo lo avasallaba, no podían

encontrarse a grande altura; así es que la importancia del *Semanario* como repertorio científico y de conocimientos útiles, ha disminuído mucho por el ensanche considerable que en estos tiempos han recibido las ciencias y por la divulgación que de ellas se ha hecho. Caldas, como geólogo, dió importancia especial a los estudios que de algún modo daban a conocer el suelo de la Nueva Granada, sus divisiones físicas y políticas, las condiciones del clima y sus productos, y éstos son los escritos que en su mayor parte componen el periódico con que aquel distinguido hijo de Popayán quiso ayudar al progreso intelectual y moral de su patria.

Los colaboradores del *Semanario* fueron: Jorge Tadeo Lozano, Joaquín Camacho, Diego Martín Tanco, Francisco Antonio Ulloa, José María Salazar, José Manuel Restrepo, José Fernández Madrid, Eloy Valenzuela, Benedicto Domínguez, José Manuel Campos y Cote, José María y Frutos Joaquín Gutiérrez, Nicolás Mauricio de Omaña, Juan Agustín de la Parra y Miguel de Pombo.

Caldas prestó eminentes servicios a la causa americana durante la época de la Patria Boba, que alguien llamó con mayor justicia la Era de los Inmortales. Los pacificadores le juzgaron militarmente, y no hubo piedad para con quien pedía la vida mientras acababa los trabajos de la Expedición Botánica, aunque fuera en un calabozo y con una cadena al pie. Enrile, el segundo de Morillo, negó esta solicitud, y el 29 de octubre de 1816 fue pasado por las armas, en la plazuela bogotana de San Francisco. Para borrar la fea mancha de crueldad y barbarie que cayó sobre el nombre de España con el inútil derramamiento de la sangre de Caldas, el gobierno de aquella nación, siguiendo el consejo del gran Menéndez y Pelayo, tributó un perpetuo desagravio a la memoria del sabio ilustre, en 1925, por iniciativa de la eminente escritora doña Blanca de los Ríos.

FRANCISCO ANTONIO ZEA, sabio y estadista, nació en Medellín el 23 de noviembre de 1766. Estudió filosofía, lenguas y ciencias naturales y políticas en el Colegio de San Bartolomé, de Bogotá. Enemigo de la dominación hispana desde su juventud, fue preso y remitido a España en 1794, como cómplice en el proceso de la publicación de *Los Derechos del Hombre*, y allí se le condenó a sufrir dos años de prisión en los fuertes de Cádiz. Cumplida su condena desempeñó una importante comisión científica en París, fue director del

Gabinete Botánico de Madrid, y ejerció luégo puestos públicos de alto significado durante el gobierno de los franceses en la Península.

En 1816 se unió al Libertador en los Cayos de San Luis, y nombrado Intendente del ejército patriota, vino a Venezuela a hacer la campaña contra el despotismo. En 1819 fue miembro y Presidente del Congreso de Angostura, y en seguida Vicepresidente de Colombia. Enviado a fines de 1820 a Europa con una misión diplomática, puso en ella todo el conato de su patriotismo pero fracasó en sus resultados. Murió en el balneario de Bath el 22 de noviembre de 1822.

El señor Zea fue uno de los hombres más ilustrados e inteligentes de América. Escritor brillante, dejó varias piezas que honran nuestra literatura, orador elocuente y acalorado, sus discursos son modelo del buen decir, y en ellos se trasluce el luminoso genio de aquel eminente patricio. Como sabio, fue segundo jefe de la Expedición Botánica en el Nuevo Reyno, miembro de varias corporaciones científicas en España, y autor de varias e importantes memorias sobre las quinas, el cultivo de la palma de coco, etc.

FERNÁNDEZ MADRID.—En el *Semanario* hizo su estreno como poeta el célebre don José Fernández Madrid, acusado de traidor a la república por haber intentado y logrado salvar su vida, en momentos en que creyó todo perdido para la causa de los patriotas.

Cantor sencillo, pero de nobles y elevados sentimientos, perfectamente humano y sin incurrir en las extravagancias propias de una época literaria amanerada, Fernández Madrid fue en su tiempo popular. Alcanzó merecidamente los laureles de poeta, que le llevaron hasta componer dos obras dramáticas: *Atala*, sobre el conocido episodio de Chateaubriand, y *Guatimoc* o *Guatimozin*, de tema igualmente americano, ambas representadas en el teatro de Bogotá.

Fernández Madrid nació en Cartagena el 19 de febrero de 1789 y estudió ciencias políticas, jurisprudencia y medicina en el Colegio del Rosario de Bogotá. En 1810 regresó a la tierra de su nacimiento y empezó a servir a la causa de la Independencia, redactando un periódico titulado *El Argos Americano*, que continuó luégo en Tunja y Santafé, y años más tarde (1820) en La Habana. En 1812 asistió al Congreso de la villa de Leiva, y en 1814 y 16 hizo parte del Poder Ejecutivo de las Provincias Unidas. Patriota eminente por sus luces, su talento y su genio poético, desempeñó al final de su vida impor-

JOSE FERNANDEZ MADRID

tantes misiones diplomáticas en Francia e Inglaterra, y murió en Barnes el 28 de junio de 1830.

JOSÉ MARÍA SALAZAR.—Muchos años antes de que don José Fernández Madrid publicara en Londres la colección de sus versos—lo que se verificó en 1828—ya se había dado a conocer en Bogotá como poeta discreto y de fácil versificación don José María Salazar, antes nombrado como colaborador del *Semanario*. Era vate de estro galano y pulcro, de dicción esmerada, y que estudiaba los modelos extranjeros con provecho. El compuso e hizo imprimir en 1804, en la imprenta real dirigida por don Bruno Espinosa de los Monteros, un poema titulado *El Placer Público de Santafé*, en el que celebraba el arribo a la capital del virrey don Antonio Amar y Borbón. Tradujo en verso el *Arte Poética de Monsieur Boileau*, que dedicó a don

José Ignacio de Pombo, y fue publicada igualmente en Bogotá, en 1828, editando antes su canto heroico *La Campaña de Bogotá* (1820).

Existe una colección muy escasa de sus poesías, que se publicó en Caracas después de la muerte de Salazar, junto con el poema épico *La Colombiada*, interrumpido en el séptimo canto. El nombre de este poeta merece especial recuerdo por haber compuesto en el año de 1814 la primera *Canción nacional* y otra *Al 20 de julio*. Nuevo Rouget de Lisle, inspirado por la ardentía del patriotismo, lanzó las estrofas de aquella Marsellesa colombiana para enardecer los corazones, arrojándolos al combate y a la gloria con los acentos del canto de guerra:

A la voz de la América unida
de sus hijos se inflama el valor,
sus derechos el mundo venera,
y sus armas se cubren de honor.

Salazar nació en Rionegro de Antioquia el 16 de junio de 1784, y falleció en París antes de cumplir cuarenta y cuatro años.

OTROS POETAS.—Durante la guerra de la Independencia, así como en la época colonial, varios escritores buscaron forma más amena o adecuada a sus trabajos, reduciéndolos a las medidas estrechas y exigentes del verso.

El mal ejemplo de Castellanos de atreverse a componer toda una historia en rimas, fue imitado por dos sacerdotes, los doctores José Antonio de Torres y Peña y Juan Manuel García de Tejada. El primero versificó los pormenores «de la entrada del tirano Simón Bolívar, y establecimiento del titulado Congreso en la capital del Nuevo Reyno de Granada, con noticia de su libertad por las victoriosas armas del Rey Nuestro Señor», en el año de 1816; es una larga tirada de octavas, denominada *Santafé cautiva*, que principia con una invocación a la Virgen de Chiquinquirá, al modo de los poemas épicos, cuyo carácter acentúa el autor con el manoseado procedimiento de presentar personajes alegóricos e introducir en su relato al Angel tutelar de la ciudad. García Tejada compuso igualmente en cantos heroicos la historia de la revolución de Colombia, manuscrito que se perdió. *El Alternativo del Redactor Americano* dió acogida a un soneto de este versátil eclesiástico en elogio de la ínclita capital de Aragón; luégo en 1813 escribió unos bellos sáficos y adónicos en loor de Bolívar, y tres años más tarde pasó a figurar como vulgar

turiferario de los pacificadores. Sus versos son de sabor y manera muy anticuados, bien que él era uno de los bardos que manejaban con mayor soltura el verso, logrando extraordinaria popularidad sus poesías jocosas. Otros vates, como José Angel Manrique, autor de *La Tocaimada*, que se publicó por primera vez en Popayán en 1855, José María Gruesso—de quien trataremos adelante—fray José María Valdés, Francisco Antonio Rodríguez, Pedro Felipe Valencia y Miguel José Montalvo han logrado que su nombre llegue hasta nosotros en alas de la fama.

CAPITULO V

Literatura contemporánea de la guerra de Independencia.—La poesía patriótica.—El periodismo en la época de la Patria Boba.—Nariño y Camilo Torres.—Los oradores políticos.—El clero y la Revolución.—El cronista Caballero y el versificador Francisco Javier Caro.

LA POESÍA PATRIÓTICA.—El movimiento del 20 de julio fue una revolución por su doctrina, y una epopeya por su acción. Voceros de aquella fueron los publicistas y oradores que se agruparon en torno de Camilo Torres y del *Diario Político* de Caldas y Camacho, pregonando el ideal democrático en los cabildos, en los certámenes, en los púlpitos, en los congresos y los campamentos. Rapsodas de esa epopeya fueron, en cambio, los poetas que cantaron los pasos marciales de la emancipación en himnos, odas y alegorías dramáticas. José María Salazar, autor de nuestro primer himno nacional; Manuel del Socorro Rodríguez, que lo fue de varias odas con profecías sobre la grandeza de la patria; Mariano del Campo Larraondo, constructor de un «Ensayo de un drama colombiano relativo a la transformación política del Estado en 1810»; José Fernández Madrid, especie de cantor oficial de la patria y de la libertad, encabezaban aquella pléyade lírica de la Revolución que contaba también con los nombres de Juan Manuel García Tejada, Pedro Felipe Valencia, Joaquín Monsalve, el sargento Arcos y otros.

El anciano dictador de Cundinamarca, don Manuel Bernardo Alvarez, fue autor de una canción y de un soneto patrióticos, que vieron la luz en el *Aviso al Público*, de 1810; el repentista y mártir

de la noble causa, teniente coronel Miguel José Montalvo, escribió la sátira política «Los ratones federados», de gran oportunidad para la época; el prócer don Lino de Pombo, a quien se achacó alguna colaboración en el hispano Himno de Riego, y al que se debe la letra de la segunda canción nacional colombiana, alusiva al 20 de julio; el docto don Miguel Tobar, quien hizo una oda a la misma gloriosa fecha, leída en pleno Congreso constituyente de Cúcuta, en 1821, y, en fin, el aristócrata madrileño don Pedro Felipe Valencia, descendiente del primer Conde Casa Valencia, quien no solamente abrazó con entusiasmo la causa republicana, renunciando a sus títulos, sino que para connaturalizarse más con sus nuevos paisanos, asimilóse el lenguaje popular de éstos, y se dedicó a escribir y publicar una serie de *Diálogos patrióticos* en verso, en los cuales, con la viveza propia de su ingenio, trataba de reafirmar en el yá desanimado pueblo las ideas de independencia y libertad, por las que rindiera años después la vida en un patíbulo que lo consagraria como inmortal. El Conde no era hombre de pelillos en la lengua, y llamaba a las cosas por sus nombres; emplea locuciones demasiado castizas, que para dichas entre gente culta resultan de una naturalidad escandalizadora. El célebre vocablo que inmortalizó a Cambronne, y otros de la misma laya, son utilizados por aquel excelente patriota a cada paso en sus *Diálogos*.

EL PERIODISMO EN LA PATRIA BOBA.—El *Diario Político de Santafé de Bogotá* apareció el 27 de agosto de 1810. Estaba consagrado a narrar los sucesos ocurridos en la capital con motivo del 20 de julio, y el artículo-prospecto del primer número llevaba al pie las firmas de los patricios José Joaquín Camacho y Francisco José de Caldas. A su turno en el número 46 se despidieron éstos del público, suspendiendo la publicación (1.° de febrero de 1811), a causa de ser «muy corto el expendio en la capital y casi ninguno en las provincias».

Oportuna fue la previsión de querer dejar constancia, apenas cumplidos los acontecimientos, de la magnitud y motivos de nuestra Revolución. Fuentes de incontestable autoridad histórica son los documentos contenidos en la colección de aquel periódico, que las generaciones irán consultando cada vez con mayor celo y diligencia, y en las que encontrarán sobrados motivos de orgullo nacional.

El Argos Americano, de Fernández Madrid, en Cartagena, y el *Aviso al Público*, del padre Padilla, en Santafé, aparecieron casi si-

multáneamente (17 y 19 de septiembre de 1810). Aunque ambos pugnaban por el mismo ideal, sostuvieron polémicas nacidas de rivalidades lugareñas y de diferencias por la forma de gobierno que debia plantearse en el país. El *Argos* combatía el centralismo que querían implantar la Junta Suprema y el Ejecutivo de Santafé, y en su celo por la defensa de la soberanía cartagenera llegó a calificar de napoleónico un proyecto de división territorial propuesto por don Jorge Tadeo Lozano, como Presidente de Cundinamarca, hablando con rudeza de su autor, a quien llamaba irónicamente Jorge I. Por su parte, el *Aviso* daba respuesta a aquellos cargos, defendiendo el buen crédito y la pureza de intenciones de las autoridades santafereñas.

Por aquella turbulenta época empieza, pues, nuestro periodismo de oposición, cuando dentro del común ideal americano, los patricios comenzaron a dividirse por cuestiones constitucionales o por simples disidencias de ocasión, ya sobre la marcha de la guerra, ya sobre los hombres que la conducían. A ese periodo de polémicas internas pertenece *La Bagatela*, la hoja inmortal de Nariño, que, a pesar de su nombre, fue un símbolo de voluntad y energía, lanzado al vendabal revolucionario en medio de la inexperiencia republicana, que flota a través de los tiempos para patentizar la sabiduría y el patriotismo de su autor. Este periódico tumbó un gobierno y creó otro encabezado por el propio periodista, caso único en la historia colombiana. Existió del 14 de julio de 1811 al 12 de abril del año siguiente, en que llegó al número 38.

Tunja, Popayán y Medellín, además de Cartagena, tuvieron prensa propia, a iniciativa de los gobiernos seccionales revolucionarios. La *Gazeta de Cartagena de Indias* sustituyó al *Argos*, del 16 de abril de 1812 al 16 de septiembre de 1813 (75 números), editada en la Imprenta del Consulado por don Diego Espinosa, que pasó luégo a llamarse del Gobierno y que se puso a cargo del ciudadano Manuel González y Pujol. En Tunja surgió el *Boletín de Tunja*, publicación oficial del Congreso, que salió de la imprenta de propiedad de Caldas, llevada exprofeso a la futura capital boyacense para servir de catapulta contra el poder central que presidía Nariño en Santafé. La Junta Suprema de Popayán compró una tipografía bien surtida, que se puso en ejercicio en los primeros meses de 1814, y en la cual se publicó *La Aurora*, de Manuel María Quijano y José Antonio Pérez Arroyo. Por último, en Medellín, el presidente-dictador de la Repú-

blica de Antioquia, ciudadano Juan Bautista del Corral, encargó una imprenta que llegó a aquella ciudad muy avanzado ya el año de 1814, de donde salió la *Gazeta Ministerial* de la susodicha república, reemplazada en 1815 por *La Estrella de Occidente*.

Junto con *La Bagatela* se debe mencionar *El Observador Colombiano*, dirigido en Cartagena por don Pedro Gual, cuya colección, existente en el Archivo Herrán, consta de 16 números, que se iniciaron el 9 de agosto de 1813. Tendía a combatir el federalismo, y excitaba a los magistrados «a contribuír a la grande obra de reunir las provincias de Venezuela y la Nueva Granada bajo un gobierno benéfico y paternal que haga conocer al mundo que somos hombres dignos de la libertad e independencia que hemos proclamado». Ya palpitaba allí el pensamiento del Libertador y de sus amigos los genitores de Colombia, y fue *El Observador Colombiano* la primera publicación en que se proclamó, dentro de nuestro territorio, la necesidad de formar entre los dos países una sola república, tal como surgió del pensamiento de Bolívar.

También salió en Cartagena *El Mensajero*, de José María Salazar, del 11 de febrero de 1814 al 17 del mismo mes de 1815 (54 números); al propio tiempo que veía la luz en Bogotá *El anteojo de larga vista*, de Jorge Tadeo Lozano. A la iniciativa privada se debieron también *El Censor*, de Medellín, en que colaboraron Caldas, Ulloa, los Restrepos y otros patriotas de la Montaña; *El Efímero*, *El Permanente*, *El Explorador* y *El Observador*, hojas accidentales que se editaron por aquellos años en Santafé: en todos ellos alienta el generoso espíritu de los días heroicos.

El último vocero de los independientes antes de la Reconquista se llamó *Correo de la Nueva Granada*. Su primer número debió aparecer el 12 de octubre de 1815, y subsistió hasta el mes de marzo siguiente. La única colección que de él se conoce se halla hoy en poder de la Academia Colombiana de Historia; empieza en el número 2.° y acaba en el 22. Por el estilo de algunos de sus artículos se colige que el redactor fuera Caldas.

DON ANTONIO NARIÑO nació en Santafé el 14 de abril de 1765. Hizo estudios de filosofía, literatura y jurisprudencia en el Colegio de San Bartolomé. Entró en la administración española como Tesorero interino de Diezmos del arzobispado, cuando aun era muy jo-

ven. Enemigo de la servidumbre, comenzó a conspirar contra el gobierno de la metrópoli a raíz de los sucesos de la Revolución francesa, dando los primeros pasos en pro de la independencia en el año de 1793, con motivo de haber caído en sus manos una Historia de la Asamblea Constituyente escrita por Salart de Monjoie, en que se insertó la *Declaración de los Derechos del Hombre y del ciudadano.* Nariño tradujo esta última, la imprimió en cien ejemplares, poniéndole pie de imprenta en Madrid para darle mayor circulación y prestigio, alcanzó a vender una hoja, y la dio a leer a tres o cuatro personas; empero, aconsejado de no hacerla circular en aquellos momentos, recogió la edición y la destruyó completamente, a fin de no dejar huellas del *cuerpo del delito.*

Poco después el virrey recibió denuncio de que Nariño trabajaba por implantar «las constituciones de Filadelfia». A mayor abundamiento, en esos días aparecieron en las paredes de las calles unos carteles denunciando los impuestos que pesaban sobre los criollos, a lo cual vino a añadirse la formal delación contra el propio Nariño como alma de una conjura tramada por el médico francés Mr. Luis Rieux, mediante la propaganda subrepticia que aquél hacía de los principios proclamados por la odiada y temida Revolución de 1789.

Después de habérsele confiscado sus bienes, se le desterró a España, junto con otros catorce jóvenes, remitidos bajo partida de registro, a fin de que el Consejo de Indias les juzgara como reos de Estado. En el puerto de Cádiz logró fugarse, y fue a Francia e Inglaterra en solicitud de recursos para la emancipación de su patria. Regresó a ésta en 1797, y mediante formalidades curialescas, logró obtener la libertad permitiéndosele volver al hogar y dedicarse a trabajos agrícolas. Pero en 1809 el virrey Amar le mandó poner preso de nuevo, y después de un intento de fuga, se le recluyó en Bocachica, donde permaneció nueve meses, hasta la llegada del emisario del Consejo de Regencia, don Antonio Villavicencio, quien puso fin, por entonces, a los vejámenes de que había sido víctima. Dirigióse a Santafé, y pronto se ganó las voluntades de sus conciudadanos con la fundación de *La Bagatela,* en cuyas columnas sostuvo recia campaña contra las ideas federalistas y contra el desgobierno que empezaba ya a hacerse sentir en toda la república. Ejerció la presidencia de Cundinamarca desde el 21 de septiembre de 1811 hasta fines de agosto de 1813, en que marchó a la campaña del

sur de la Nueva Granada, como general en jefe del ejército independiente, peleando bizarramente en las batallas de Palacé y Calibío. Antes de separarse del poder había hecho proclamar la independencia absoluta, pues, por raro caso, la Revolución había medrado hasta entonces encubierta bajo la bandera de la fidelidad al rey legítimo, don Fernando de Borbón. Aquel solemne acto separatista tuvo lugar el 16 de julio de 1813.

ANTONIO NARIÑO

Habiendo perdido el 10 de mayo del año de 14 la acción del ejido de Pasto, fue preso y remitido de nuevo a los fuertes de Cádiz, en donde estuvo cuatro años. Libre en 1820, vino a Venezuela, y allí se unió al Libertador, quien le nombró Vicepresidente de Colombia. Elegido luégo Senador de la República, trataron sus malquerientes de impedirle la entrada al desempeño de su elevado cargo, por medio de una acusación; pero Nariño replicó elocuentemente, y el Senado

le absolvió por unanimidad de votos. Por de contado que tan grande iniciador no podía dejar de tener implacables detractores granjeándose la enemistad de muchos personajes de la época, como Vicente Azuero, Castillo y Rada, Pedro Gual, José Manuel Restrepo y el General Santander, quien le atacó reciamente desde las columnas de *El Patriota*, viéndose obligado Nariño a defenderse en *Los Toros de Fucha*.

Amargado en sus últimos años, retiróse a la villa de Leiva, en donde murió, víctima de la tísis, el 13 de diciembre de 1823. Aquel infortunado caudillo tenía un gran talento, vasta instrucción, y era escritor elegante y correcto. Fue, sin duda, el más hábil prosista de la independencia. De sus escritos se alza una figura vigorosa, dotada de vasta cultura para su tiempo, de profunda sensibilidad varonil, de voluntad heroica y dinámica, forjada en las fraguas de la Revolución. Nariño se nos presenta armado de un pensamiento doctrinario y una capacidad de expresión que conmovieron por igual a los héroes y a los pueblos. Muchos le odiaban; algunos le temían; pero los grandes siempre le retuvieron a su lado. Primero fue Ezpeleta—el gobernante colonial que más hizo por nuestra cultura,—después Bolívar, quien le atrae. Empero, no lo atraían porque adulase. Muy al contrario, más bien les sobresaltaba su presencia; pero lo preferían cerca y no lejos. Algo de esto se ve en las cartas de aquellos días, y de todo ello, tanto como de su obra escrita, surge una personalidad extraordinaria, aunque no anormal. El día en que se hiciese un nuevo volumen de sus *Obras*—completando las publicadas por Vergara y seleccionando las que figuran en *El Precursor*,—Nariño aparecería realzado en pedestal de granito andino, entre las dos más altas cumbres continentales de la emancipación.

CAMILO TORRES.—Al lado de Nariño debe recordarse entre los escritores políticos de la independencia a don Camilo Torres, ilustre granadino que nació en Popayán el 22 de noviembre de 1766. Estudió en Santafé derecho civil, canónico y público, y fue considerado en su tiempo como uno de los abogados más notables del Reino. Tenía carácter firme y costumbres austeras, y se le tributaba grande admiración por su poderosa elocuencia. Escribió el célebre *Memorial de agravios*, que fue, apropiándole una frase de Rodó, «la tarima de la tribuna revolucionaria»: en él dijo verdades rotundas en lenguaje castizo y elegante.

Fue vocal del Cabildo de la capital en 1810, y asistió a todos los Congresos de las Provincias Unidas. Ejerció la suma del poder público durante tres años de los seis que duró la Patria Boba; como jefe del Ejecutivo dio al Libertador los recursos que estaban a su alcance para salvar a Venezuela de la implacable saña de Monteverde, y terminó su vida en un cadalso, fusilado por los españoles como traidor al rey, el 5 de octubre de 1816. Sus restos mortales fueron expuestos en la horca por doce horas, y luégo descuartizados, colocándose su cabeza en la alameda de la Capuchina, dentro de una jaula de hierro, en donde permaneció hasta el 14 del citado mes, día del cumpleaños de Fernando VII.

LOS ORADORES POLÍTICOS.—Notables oradores defendieron los intereses de las diversas tendencias representadas en las asambleas de la Revolución. En la Junta Suprema instalada en la noche del 20 de julio hubo seis que sobresalían: don José Acevedo y Gómez, quien proclamó traidor al que saliese de la sala sin dejar inaugurada aquella Junta, y explicó a las masas sus derechos más sagrados, por lo que quedó consagrado como tribuno de ellas; don Joaquín Camacho, quien «desplegó—al decir de Caldas—la profundidad de su genio»; don Frutos Joaquín Gutiérrez, representante del partido conciliador, que defendió la presidencia para el ex-virrey Amar, al propio tiempo que revelaba los misterios del antiguo gobierno y ponía en claro las prerrogativas populares; don Ignacio de Herrera, extremista de carácter vigoroso y ardiente, que se declaró por la libertad absoluta desde un principio; don Miguel Pombo, quien pronunció una frase lapidaria para acallar las argumentaciones del oidor Jurado: *Los tiranos, señor, perecen; los pueblos son eternos*, y Camilo Torres, en fin, «modesto, prudente, silencioso, pero profundo, firme y digno de haber sido compañero de Catón y de Bruto, sostuvo con decoro y con prudencia nuestra libertad».

Luégo, en 1813, cuando Nariño propuso ante el ilustre Colegio constituyente de Cundinamarca, la declaratoria de independencia absoluta, fue muy destacada la actuación de don Manuel Bernardo Alvarez, don Luis Eduardo de Azuola, don José Sanz de Santamaría, el doctor José Ignacio Sanmiguel, don José María Carbonell y el futuro arzobispo Caicedo y Flórez. Sólo dos de sus miembros tuvieron el valor de manifestar sentimientos contrarios: el clérigo poeta Torres y Peña, quien proclamó altivamente los derechos de Fernando VII, coadyuvado por el chapetón don Fernando Rodri-

guez, no obstante aparecer sus firmas al pie del documento respectivo.

Por último, en los Congresos de Ibagué, Leiva, Tunja, Santafé y Popayán brillaron por su elocuencia Crisanto Valenzuela, Juan Marimón, Andrés Ordóñez y Cifuentes, el padre Padilla, Fernández Madrid, Castillo Rada, José Manuel Restrepo, Ortíz Nagle, el futuro obispo Fernández de Sotomayor y otros más.

EL CLERO Y LA REVOLUCIÓN.—Merece anotarse la participación que tuvo el clero en estas primeras tentativas revolucionarias. De 1810 a 1820 tomó parte activa en todos los sucesos del orden político o civil, y a veces en el militar. De los 53 firmantes del acta de independencia, 15 eran eclesiásticos, y a éstos deben agregarse dos más que fueron miembros de la Junta: el canónigo don Martín Gil y Garcés y fray Diego Padilla. Esta circunstancia pone de manifiesto la influencia eficacísima e ilustradora del sacerdocio católico en el movimiento patriótico. «Eran clérigos que se emancipaban de su rey, tomando todas las precauciones para no emanciparse de su Dios», según frase afortunada de un escritor argentino.

Tales fueron: el doctor José Miguel de la Calle, Presidente interino de la República de Antioquia; Manuel Benito Revollo, autor de la Constitución del Estado de Cartagena de Indias; el muy reverendo padre fray Ignacio Mariño, maestro de la órden de predicadores de Santo Domingo de Guzmán, misionero apostólico de Casanare, miembro de la orden de Libertadores de Venezuela y Cundinamarca y Coronel del ejército patriota de la Nueva Granada; don Nicolás Mauricio de Omaña, cura de la Catedral y profesor y rector de San Bartolomé; el canónigo Mazenet, víctima de la saña expedicionaria en Santa Marta; fray José Joaquín Escobar y fray Pedro Herrera, que difundían el fuego sagrado del amor patrio desde el convento franciscano de Cali; el deán Rosillo y Meruelo, heresiarca del Socorro, quien gozó el primero las auras de la libertad al ser sacado de su cárcel en hombros del pueblo bogotano la mañana del 21 de julio de 1810; Azuero Plata, que confundió lastimosamente el concepto de democracia con la agitación demagógica; Ordóñez y Cifuentes, en fin, «cura hereje» y «demonio en traje de hombre» para Sámano, en cuyas entrañas bullía como un genio inquieto que le obligaba a recorrer los cuarteles para asegurar a los soldados que las puertas del cielo se abrirían ante los héroes caídos en la gesta.

Noventa y cinco ministros del culto católico sufrieron el destierro por su amor a la Independencia, y muchos de ellos rindieron la jornada en medio de las amarguras del ostracismo. Por eso sería injusto echar en olvido sus actuaciones en la evolución ideológica iniciada en 1810.

EL CRONISTA CABALLERO.—Tipo clásico del cronista—aunque personaje secundario en nuestra historia externa—el nombre de José María Caballero no puede pasarse por alto al estudiar el desarrollo cultural colombiano, por habernos legado el mejor relato sobre los acontecimientos del 20 de julio de 1810.

Su obra, escrita en forma de *diario*, que bautizó con el título de «Libro de varias noticias particulares», permaneció inédita hasta el año de 1902, en que fue incluída en el tomo 1.º de la «Biblioteca de Historia Nacional», junto con otro escrito similar de Vargas Jurado, comprensivo de los tiempos coloniales, y el poema «Santafé cautiva», del clérigo realista Torres y Peña. Las *noticias* o el *diario* de Caballero empiezan con los sucesos que originaron el movimiento de los Comuneros y terminan al finalizar la época del terror, en 1819. Abrazan, por consiguiente, un periodo de cuarenta años, que fue el más fecundo en hechos gloriosos y sangrientos; y merced a la humilde y tosca pluma que con previsión genial los consignó por escrito, conoce la historia los nombres de alcaldes, oidores, sacerdotes, militares y mártires de la patria que habían sido olvidados. Mas, no contento con anotar con riqueza de detalles los sucesos cotidianos de que fue testigo presencial y a veces actor, antecedió su relato con un acopio de datos sobre acontecimientos de años anteriores, con el ánimo de formar toda una historia de la ciudad capital del Virreinato.

Caballero nos cuenta los episodios de su vida y de nuestra historia en su prosa claudicante de soldadote, pero con la vivacidad de las cosas vistas, que excede a veces lo inopinado aunque por recursos del todo ajenos al arte. Su exactitud proviene de la realidad misma que el hombre ingenuo presenció. El es uno de esos cronistas de quienes puede decirse lo que Paul de Saint Victor aplicaba a cierto narrador pontificio: «hombre a quien puede creerse, porque carece de la imaginación necesaria para inventar». La propia simplicidad de su lenguaje—ya que no sería justo hablar de la sobriedad de su estilo—da a los hechos una desnudez tan absoluta,

que el lector cree estar presenciando lo descrito. Así sienten en sus páginas rudas quienes saben comprender el verdadero espíritu de aquella época semi-bárbara; de modo que el cronista-artesano ha contribuído a dar a nuestros historiadores modernos el sentido retrospectivo y el *color* de su tiempo. La obra de Jose María Caballero es, en fin, una odisea, sin más poesía que la de los episodios descarnados, que son cuadros vivos y enseñanzas de patriotismo.

EL VERSIFICADOR CARO.—Gaditano como Mutis, don Francisco Javier Caro vino a la Nueva Granada en compañía del virrey Flórez, a servir una de las plazas de la Secretaría del Virreinato, en 1776, cuando contaba apenas 26 años. Aquí lució sus conocimientos y habilidades como ingeniero, poeta, humanista y calígrafo, fundando hogar en Santafé con la dama española doña Carmen Fernández Sanjurjo, en la que hubo dos hijos—Rafael y Antonio José—que darían renuevos vigorosos al ya ilustre apellido.

Su primera producción literaria es una especie de memorandum que intituló «Diario de la Secretaría del Virreinato de Santafé de Bogotá. No comprende más que doce días. Pero no importa, que por la uña se conoce el león, por la jaula el pájaro, y por la hebra se saca el ovillo. Año de 1783». Tan curioso documento estuvo desconocido hasta 1904, en que le dio publicidad en Madrid don Francisco Viñals. Caro, sin escrúpulos ni melindres y con la crudeza de la realidad, empieza a describir los trabajos de la Secretaría el viernes 1.º de agosto de aquel año. Según su editor, constituye dicho diario un «estimable cuadro de costumbres oficinescas, impregnado de franco realismo, no desprovisto de delicadeza y tan bien hablado que incita a la lectura y sostiene vivo el interés de la narración».

Realista de corazón, el ático poeta se retiró a su hogar para cultivar las letras, durante los años de la Patria Boba. Entre sus producciones de entonces se encuentran unas donosas décimas, en las cuales, con demasiada libertad de expresión y con atrevidas frases, pinta a los más distinguidos servidores de la independencia. «Las siluetas tienen verdadero chiste—dice Ibáñez al reproducir muchas de ellas en sus *Crónicas de Bogotá*—y los personajes están esbozados con sarcasmo y con rasgos dignos de la pluma de Moratín». Este trabajo fue titulado por su autor *Nueva relación y curioso romance.* También pertenece a la misma época otro manuscrito de don Francisco Javier, publicado setenta años después en el «Repertorio Co-

lombiano», y que contiene una correspondencia familiar con el oidor Jurado (1812) sostenida casi toda en verso por parte del señor Caro. La citada revista la considera «como una muestra interesante del cristiano y apacible estilo de vida que llevaban nuestros abuelos, aun en aquellos días en que ya empezaban a ofrecerse las escenas sangrientas de la revolución de independencia, de que resultaron tan profundas mudanzas en nuestra organización social y política».

Como escritor epigramático sobresalió Caro no sólo por lo agudo del pensamiento, sino también por la inimitable facilidad y soltura en la expresión, cualidades que resaltan en sus famosas décimas de *ensaladilla*—como entonces las llamaron—cada una de las cuales resulta un libelo infamatorio contra varones eminentes que habían tomado parte en la revolución, tanto más reprobables cuanto que invaden los dominios de la vida privada. De otro lado, casi todos estos epigramas adolecen de frases deshonestas y vulgares. Mas libres de tales defectos se hallan las décimas «para dar días o noches» —transcritas por Vergara—que tienen versos en que campea una legítima sal andaluza.

GUSTAVO OTERO MUÑOZ

Notas sobre el pueblo panche

PREHISTORIA.—ASCENDENCIA CARIBE.—MIGRACIONES

La hipótesis que atribuye a los aborígenes de la hoya del Magdalena y de sus afluentes una común procedencia caribe, parte de los días de la conquista. Refiere el autor de las *Noticias Historiales*, que en el pueblo colima existía la tradición de que sus antepasados habían llegado de la parte inferior del Magdalena, en tiempo muy remoto.

Esta suposición, muy lógica, ha sido acogida desde el Padre Simón hasta nuestros días por casi todos cuantos se han ocupado de la prehistoria entre nosotros, como los señores Vicente Restrepo, Carlos Cuervo Márquez, E. Restrepo Tirado, Miguel Triana y Gerardo Arrubla, en sus muy valiosas obras.

El pueblo que los cronistas denominaron caribe ocupó, desde época muy antigua, las islas del mar de las Antillas. Raza fuerte, violenta, rapaz, cruel; la constante invitación del mar imprimióle temperamento aventurero y el anhelo de buscar lo desconocido, hizola pirata y lanzóla luégo, en frágiles piraguas a buscar sitios más propicios a sus depredaciones. De isla en isla, fueron ampliando cada vez más el radio de sus expediciones, hasta que un día, sus hijos, pisaron al fin nuestras costas: tierras más bellas que las suyas, suelos vírgenes, feraces, brindábanles más fácil existencia, abrían ante sus ojos atónitos infinitas perspectivas y fueron como una muda y elocuente invitación a quedarse definitivamente allí.

La promesa opulenta de regiones lejanas y mejores que llevaban en sus ondas los grandes ríos misteriosos, como un llamamiento de lo desconocido, incitólos a subirlos lentamente, ya a fuerza de remos, ya siguiendo sus orillas, en el innato y perenne deseo que el hombre tiene de su mejoramiento material. Mucho tiempo, lentos años, siglos, subió la constante ola migratoria sobre la corriente y por las riberas hostiles del futuro Mag-

dalena. Tarda y penosa debió ser esa marcha a lo largo de las orillas inundadas, de los tenebrosos manglares en donde el agua estancada se pudre en charcos letales, de los valles inhóspites, propicios apenas a las fieras y a los reptiles, en los cuales pululan los insectos en enjambres infinitos. A la manera de algunas familias de hormigas errantes que recorren en marejadas continuas e interminables los grandes bosques del trópico, insinuándose hasta en los sitios más recónditos, en su viaje de devastación, así, pasados los primeros grupos, llegaban otros, y otros, que lenta, pero tenazmente, subían por el gran río que les sirvió de primitiva ruta y por cada uno de sus numerosos afluentes, dejando los huesos de muchas generaciones a lo largo de tan penoso camino. Alcanzaron lejanos valles, trasmontaron abruptas sierras, tomando posesión de la tierra descubierta. Cuánto tiempo duró esa lenta invasión, ese duro éxodo desde la costa distante hasta el interior de nuestro país? Difícil es calcularlo. Pero puede suponerse que debieron de gastar muchos años. Al fin fueron llegando a regiones más propicias para la vida, tierras de clima más sano, suelo seco y fértil, caza abundante, ríos plenos de peces, y, cuando alcanzaban regiones de más suave temperatura, fueron detenidos por otros pueblos que, como el chibcha, estaban ya establecidos en las mesetas andinas y procedían de otras razas más civilizadas, los cuales pusieron término a su avance migratorio.

Detenidos por esa valla, les fue preciso establecerse en la tierra que ocupaban, en agrupaciones mas o menos definidas y más o menos estables, tomando los nombres con que más tarde habrían de hallarles los conquistadores en sus diversas regiones. Pijaos los que ocuparon el valle del Tolima y vencieron y destruyeron al pueblo que habitó en San Agustín, de cuyo grado de civilización dan fe los restos que aún se conservan de sus esculturas; agatáes quienes ocuparon la parte noroeste del pueblo chibcha; muzos los que vivían en la región que recorre el río Minero; colimas sus vecinos del sur, y panches los establecidos desde el Río Negro al Fusagasugá, entre los colimas al norte y los sutagaos al sur.

LIMITES GENERALES DEL PUEBLO PANCHE.— REGION QUE OCUPABA. TRIBUS VECINAS

El territorio dominado por los panches, a la llegada de los conquistadores, ocupaba casi todo el occidente del actual Departamento de Cundinamarca y tenía una población bastante numerosa. Zamora indica, para solo la región de Tocaima, 200.000 habitantes, cálculo que, en mi concepto, es muy exagerado, inclinándome a creer que esa cifra indicaría el total de la población panche en todo su territorio.

Por los datos que nos dejaron los antiguos cronistas y por la muy autorizada opinión de don Miguel Triana, en su valiosísima obra *La Civilización Chibcha*, parece que el territorio ocupado por los panches se encerraba dentro de los siguientes linderos, más o menos precisos: Desde la confluencia del Magdalena con el Fusagasugá, siguiendo éste arriba hasta donde le tributa sus aguas el río Panche o Chocho; subiendo por este último hasta frente a Tibacuy y de ahí al Alto de la Cruz, quizá por la depresión de Cumaca; del Alto de la Cruz, hacia el norte, siguiendo la zona de tierra templada que demarca la serie de piedras pintadas, mojones chibchas, según respetables opiniones, se pasa por la parte superior de los municipios de El Colegio, Tena, Anolaima—a prudente distancia de Cipacón, dominio chibcha;—de ahí en dirección a Bituima, a Villeta, a Utica, y luégo a lo largo del Río Negro hasta su desembocadura en el Magdalena, al decir del doctor Triana. (En este punto hay una confusión, pues algunos historiadores colocan a La Palma dentro del pueblo colima. Acosta, en su *Compendio de Historia* y don Felipe Pérez en su *Geografía*, sitúan a Villeta también dentro del antiguo dominio colima, pero la obra de este último está tan plagada de garrafales errores de todas clases que le quitan mucha autoridad. Por desgracia modernos geógrafos lo han copiado servilmente). Opino que, pesadas tan desacordes opiniones, puede considerarse como línea divisoria entre panches y colimas el trazado actual del Ferrocarril de Palanquero hasta el río Magdalena. Luégo el límite continua por éste arriba hasta su confluencia con el Fusagasugá.

Sus vecinos, excepto los chibchas que tenían una mediana civilización, eran pueblos belicosos y salvajes que se hallaban situados así: por el sur los sutagaos o fusagasugáes; por el oriente los chibchas; por el norte los colimas, y por el occidente, separadas por el Magdalena, las diversas tribus que ocupaban ese territorio, desde los marquetones al norte hasta los iquelmas y coyaimas al sur.

En tan vasto territorio se encuentran hoy los municipios de Girardot, Tocaima, Ricaurte, Agua de Dios, Nilo, Tibacuy, Viotá, El Colegio, La Mesa, Anapoima, Tena (parte), Anolaima, Pulí, Quipile, Jerusalén, Guataquí, Nariño, San Juan de Río Seco, Beltrán, Bituima, Vianí, Chaguaní, Villeta, Guaduas y Utica, con un total de 165.666 habitantes, según el censo oficial de 1918.

COSTUMBRES GUERRERAS.—CANIBALISMO.—CULTIVOS.—SU CONOCIMIENTO DE LOS HILADOS.—SU VIDA NÓMADA.—SUPERSTICIONES, ETC.

Dentro de esa gran extensión vivió un pueblo que los conquistadores, los encomenderos y los doctrineros subyugaron, despojaron y exterminaron, despreciando y persiguiendo sus mitos, cuidándose muy poco de conocer sus tradiciones y su idioma, a quien los cronistas por prejuicios de la época no le creyeron digno de un cuidadoso estudio y le atribuyeron características que a veces aparecen en abierta contradicción en sus escritos. Tomando de ellos lo que la razón señale en armonía con la realidad, dejando de lado indudables exageraciones, vicio frecuente de quienes escribieron en esa época distante, procurando, en fin, sortear esa clase de escollos, pero sin invadir los dominios de la fantasía, anotaré los datos y haré las deducciones que parezcan más acordes con la verdad.

Siendo los panches un pueblo de costumbres primitivas y de temperamento guerrero, tanto por lejano atavismo como porque el medio que le rodeaba era propicio a la violencia, vivía preparado constantemente para las luchas que sostenía con los pueblos vecinos y con las diversas tribus de su misma raza que vagaban en su amplio territorio. Quienes escribieron sobre él, basados en los datos de los conquistadores, afirman que iban a la guerra como a una cacería, para satisfacer sus feroces instintos y su antropofagia. A los prisioneros les sometían a crueles

tormentos, como el de atarlos a un árbol y en medio de una gran fiesta cada uno iba quitándole pedazos de carne, con afilados instrumentos de madera, hasta que al fin morían.

Estaba en ellos tan arraigado el canibalismo que, según Fray Pedro Simón, el primogénito tenía un terrible destino. Ya lo suficientemente grande y robusto para poder satisfacer el apetito de los parientes y amigos, le sacrificaban y devoraban, como si fuera un sabroso lechoncillo. Cuenta el mismo cronista la siguiente repugnante anécdota: un día se encontraron dos indios en tierra del cacique de Tocaima, llevando el uno un hijo de cortos años y el otro un vistoso collar de pepas, que fue muy del agrado del primero, quien le propuso que se lo cediera.—No hay inconveniente, le repuso el del collar; a mí también me gusta su hijo y sentiría gran satisfacción en tenerlo en mi estómago. Le cambio el collar por él pero me lo entrega muerto. Convino el padre, dando muerte a su hijo ahí mismo y entregándolo a cambio del collar, con gran contento de los contratantes.

Manejaban sus armas—piedras lisas, cerbatanas, flechas, mazas, lanzas de chonta o de maderas muy duras enastadas en palos apropiados—muy hábilmente, y tenían fama de valientes. El carate, muy común entre ellos y a veces la costumbre de pintarse el cuerpo, les daba mayor aspecto de ferocidad. En las faldas de cerros escarpados, en parajes de difícil acceso y fácil defensa, edificaban transitoriamente poblaciones, compuestas de pocos bohíos de techos cónicos y de ligeras paredes de carrizos, bambú o de maderas delgadas y rectas. Toscas barbacoas constituían el único menaje de sus chozas y allí vivían en absoluta promiscuidad. Guardaban como trofeos de su valor collares de dientes humanos y cráneos de los enemigos vencidos, ennegrecidos con un betún especial, a los cuales les colocaban en las órbitas vacías ciertas pepas negras, brillantes, en lugar de ojos. En los escasos senderos que conducían a los poblados cavaban de trecho en trecho hoyos profundos, cuyo fondo estaba erizado de agudísimas púas de guayacán o de chonta; lo disimulaban cubriendo su boca con ramas ligeras, hojarasca y tierra de tal manera que tuviera muy poca resistencia, para que los enemigos que pisaran sobre ellos se fueran al fondo, encontrando así una muerte segura y terrible.

Hombres y mujeres vivían ordinariamente desnudos. En algunas tribus acostumbraban las mujeres atarse una cuerda a la cintura, que para ella hacía las veces de vestido y cuando se les rompía o caía entraban en gran confusión hasta colocarla nuevamente en su sitio. En ciertas parcialidades se usaba un ligero taparrabos que los conquistadores llamaron pampanillas.

Refiere Aguado que cuando nacía una niña le hacían una operación con la cual creían volverla estéril y a la que sucumbían muchas de ellas. El indio que deseaba casarse, tan pronto nacía una niña la pedía a la madre, dándole en arras un collar de pepas, quedando así celebrado el matrimonio, hasta que, llegada la futura a la pubertad se la entregaban definitivamente. A los niños recién nacidos les colocaban una tablita sobre el occipital y otra sobre el frontal, uniéndolas fuertemente entre sí, de manera que la cabeza tomara una forma aplanada para imprimirle más ferocidad a la fisonomía. Narra Simón que los hombres acostumbraban desde tiempo inmemorial depilarse la barba, consiguiendo así, a traves de muchas generaciones, ser completamente imberbes.

Para celebrar los acontecimientos más faustos, como haber obtenido una victoria, se congregaban en reuniones numerosas y se embriagaban con chicha que fabricaban de maíz o con otras bebidas fermentadas hechas con el zumo de algunas plantas. Aunque su grado de cultura no les permitió expresar por medio del verso sus sentimientos, en los periodos de embriaguez entonaban una especie de canto monótono y estridente y bailaban, a campo abierto, unas danzas en que se combinaban los gritos, los saltos y contorsiones al son de la música monocorde y triste de los fotutos y las carrascas. Hasta nosotros ha llegado una danza, de pura procedencia aborigen, que se baila en algunos pueblos durante las grandes festividades que celebra la Iglesia Católica. Probablemente los indios conversos, como en aquella deliciosa historia de San Bernabé que escribió Anatole France, no teniendo otra cosa que ofrecer a Dios le hacían el homenaje humilde y primitivo de uno de sus bailes, que luégo se adhirió como un ingerto, en la frondosidad magnífica de las fiestas cristianas. Es una pintoresca y complicada danza que ingenuos hijos del campo bailaban en las plazas públicas, al rededor de un hombre que sostenía

en alto un trozo de madera redondo de unos dos metros de largo, del cual pendían infinidad de cintas de diversos colores, sostenidas en sus extremos por sendos bailarines. Al ruido de un tambor y una matraca van trenzando las cintas mientras danzan hasta hacer con ellas una malla o red de perfecto tejido, en la cual queda prisionero el hombre inmóvil que sostiene el asta. Cuando ya la cinta no permite trenzarla más por lo corta, danzan nuevamente hasta deshacer el tejido, con tal habilidad, que casi nunca se equivocan en sus combinaciones.

Si tenían bastante aprovisionamiento de carnes y bebidas las orgías se prolongaban varios días, entregándose a toda suerte de excesos. Ajenos a preocupaciones, sin freno ninguno a sus instintos hacían comercio carnal los padres con los hijos y los hermanos entre sí.

Eran aficionados a la caza y a la pesca, que les brindaban, pródigos, los bosques y los ríos y de las cuales derivaban en parte su subsistencia. En ciertas épocas del año en las cuales sube mucho pescado, tanto por el río grande como por sus afluentes, se trasladaban a ellos tribus y familias enteras que casi nunca regresaban al lugar de su partida. Poco inclinados a rendir culto a Ceres, por lo mismo que la tierra era fértil y pródiga y bastaba muy poco a sus necesidades, cultivaban el maíz, el plátano, la yuca y otros frutos originarios de su tierra, en cantidad apenas suficiente a sostenerlos transitoriamente. La gran feracidad de la tierra y la facilidad de escoger libremente sitios en donde establecerse durante el tiempo que quisieran, eran acicate poderoso a su natural pereza y daban pábulo a su atávica predilección por la vida errante.

Hay, en mi concepto, una idea errada en quienes suponen a aquel pueblo establecido definitivamente, cada tribu o familia en determinado sitio. La estabilidad es una de las principales características de los pueblos civilizados, porque ella crea el afecto a la tierra en que se nace, deseo de hacer obra durable, de formar hacienda, tener comodidades, cosas todas que encaminan a un progreso constante y firme. Y nada de eso dejaron ni el pueblo panche, ni sus vecinos de la misma raza.

En prueba de que ese numeroso pueblo se componía de agrupaciones nómadas, independientes de una autoridad común,

sin vínculos sociales o políticos que forman las verdaderas nacionalidades, conservo un valioso documento que contiene la declaración tomada por el Alcalde Ordinario de la ciudad de Tocaima, don Bartolomé de Bustos, el cinco de enero de mil setecientos seis, a Diego Piloto, indio de Guataquí, de más de cien años de edad, según allí lo afirma, al cual se le preguntaron los nombres indígenas de varios lugares y las costumbres de los primitivos pobladores. Declara Piloto que las tribus no tenían nunca una residencia definitiva y permanente, sino que solían establecerse por algún tiempo en donde lo juzgaran más propicio o conveniente, hacían sembrados y habitaciones que luégo abandonaban, ya para establecerse en otro punto, ya para ir a pescar en el Río Grande de la Magdalena, agrupados por familias o tribus, libres de toda sujeción que no fuera la de su propio cacique.

Enumera los nombres indígenas de muchos lugares: Apauta, Pandal, Acuatá, Macana, Quitagüí, Anundá, Calá, Cualatá, etc.

Nada sabemos respecto de la lengua o de los diversos dialectos que se hablaban entre las varias parcialidades que componían ese pueblo. No obstante puede presumirse que sus orígenes o fundamentos eran comunes, si se observa la frecuencia con que se hallan en distintos y distantes sitios palabras que terminan en aima, eima, oima, uima; Tocaima, Iqueima, Anapoima, Calandaima, Acaima, Nocaima, Anolaima, Bituima, etc.

Aun entre personas que poseen conocimientos de historia existe la creencia errónea de que los panches desconocieron el arte de hilar y de hacer tejidos, afirmando que las escasas telas que usaban las obtenían de los chibchas. Es natural que no llegaran a la perfección de éstos, pero si se puede afirmar que elaboraron el algodón, aunque muy rudimentariamente. El autor de estas líneas ha encontrado en las regiones de Nariño, Guataquí y Viotá, en cementerios indios, tinajas antiguas que las grandes lluvias descubren a veces, dentro de las cuales había, junto a restos humanos, utensilios de moler maíz y torteros y husos de una piedra roja, pulimentada, con hondas rayas grabadas en ellos. Y en terrenos donde en otro tiempo moró la tribu Iquei-

ma, halló el doctor G, Falla, antiguo condueño de la hacienda «Jericó», una gran tumba con veinticuatro tinajas, de cerca de un metro de altura, que contenían igualmente restos humanos, utensilios de piedra, torteros y husos de una materia oscura semejante al carborudum. Estos encuentros son frecuentes. Tal persistencia en hallar aquellos instrumentos de labor en diferentes sitios, demuestra con evidencia que a los panches y algunos de sus vecinos no les fue desconocido el arte de hilar.

En cuanto se refiere a su religión, mitos, creencias sobre la vida ultraterrena, es bien poco lo que ha llegado hasta nosotros. Los cronistas, que nos dejaron una relación bastante completa sobre la religión del pueblo chibcha, muy poco se ocuparon en este sentido respecto de los panches. Vagas e incompletas alusiones al culto que rendían a los espíritus infernales, al dominio diabólico que sobre ellos ejercieron sus mohanes, hechiceros y curanderos, a quienes hacen aparecer en su candoroso fanatismo como sacerdotes del demonio. Nada concreto sobre cuáles fueron sus creencias predominantes ni el concepto que tuvieran de la divinidad. Idólatras, fetichistas con un leve aleteo de panteísmo que temblaba en el fondo de sus conciencias oscuras?

Enseña el dogma católico que Dios hizo al hombre a imagen y semejanza suya, pero es el caso que casi siempre el hombre es quien pretende forjarse dioses parecidos a él. En todas las épocas y en todos los pueblos, la religión ha sido un trasunto fiel de las costumbres, de la civilización, de la ética, de las características, en fin, de quienes la hicieron. Pueblos espirituales crearon religiones cuya esencia alienta un soplo de idealismo; pueblos relajados y corrompidos levantaron altares a dioses complacientes; pueblos salvajes, pueblos bárbaros, tuvieron divinidades sangrientas y crueles.

La nación cuyo bosquejo he pretendido hacer en estas líneas, vivió salvaje y errante a lo largo de los ríos, entre los bosques incultos, en la aspereza de la selva. Una existencia inquietada por el continuo temor del asalto de otras tribus; por el peligro de las fieras, de los reptiles y de los mil enemigos que la cercaban dióle a sus hijos el aspecto receloso, la malicia ingénita, la ausencia de piedad, la indiferencia por la vida y por los dolores ajenos. Las calamidades comunes, ciertos fenómenos físicos,

las grandes conmociones telúricas, cuya explicación estaba fuera del alcance de sus cerebros, formó en ellos groseras supersticiones que explotaron sus mohanes, atribuyéndolos a espíritus infernales sujetos a sus mandatos. De ahí las absurdas leyendas o consejas que aún persisten entre algunos de sus descendientes sobre hechiceros, yerbateros, Madre-Monte, etc. Tal la creencia en el poder sobrenatural que algunos poseían para hacer morir a sus enemigos colocándoles en el estómago un animal, que comunmente era un sapo o una tortuga.

La instrucción ha ido eliminando lentamente esas leyendas, que no por absurdas dejaban de tener un poético encanto. Cuando pienso en esto vienen a mi memoria reminiscencias de mi niñez lejana: el amplio patio de una casa de campo, donde en las claras noches de luna se congregaban varios niños y servidores de la hacienda, al rededor de un viejo de pura estirpe panche que refería cuentos y antiguas tradiciones de su raza; medrosas consejas de Madre-Monte y de mohanes, que ponían pavor en las almas absortas de los niños.

INVASIONES ESPAÑOLAS.—SOMETIMIENTO

Haré apenas una somera relación de las primeras expediciones que penetraron al dominio panche y de su final sometimiento, ya que la índole de este deficiente trabajo indica que debe terminar allí.

A raíz de la llegada de los conquistadores europeos a los dominios del Zipa, despachó el Licenciado Jiménez de Quesada una fuerza a las órdenes de los capitanes Juan de Céspedes y Juan de San Martín, la cual bajó por Pasca y llegó a Tibacuy en donde hallaron un destacamento de guechas, encargados de guardar esa frontera, los cuales trataron de disuadirles de la temeraria empresa de penetrar con tan escasa tropa en territorio dominado por aquellas renombradas tribus. Bien pronto tuvieron oportunidad de convencerse por sí mismos en las guazabaras continuas con que les hostilizaron varias partidas indígenas en los días subsiguientes. Por vez primera hallaban los conquistadores guerreros indios conocedores de cierta disciplina y que combatían con temerario arrojo. Convencidos por tanto, de que, en sus circunstancias, les era imposible seguir adelante, resolvie-

ron regresar en busca de Quesada, lo cual hicieron siguiendo el curso del Patí hasta la altiplanicie.

Poco tiempo después tuvo lugar la segunda invasión compuesta de españoles y chibchas, que a órdenes del Licenciado y de Sagipa bajó por Bojacá y Cipacón. Esa fuerza iba provista de todo lo necesario para luchar ventajosamente contra los panches. El ejército de Sagipa era muy numeroso: algunos cronistas lo hacen subir a nueve mil hombres, escogidos entre los mejores guerreros chibchas y armados y equipados de acuerdo con los conocimientos que ellos tenían del arte de la guerra. Los españoles conocedores de que la caballería decidía siempre el triunfo en los combates con los indios, llevaban un escogido escuadrón, compuesto de sus mejores soldados. El encuentro tuvo lugar en Tocarema, sitio el cual supongo cercano a la actual población de Anolaima, pues allí existió una parroquia de ese nombre, extinguida en el siglo pasado. Los panches combatieron con el valor que les hizo célebres entre sus vecinos, pero fueron derrotados y dispersados con enormes pérdidas por la caballería castellana y el enconado empuje de los chibchas.

Pasaron algunos años, durante los cuales los comunes invasores dedicados a muchas empresas de conquista, dejaron en paz a los panches. Fue a fines de 1543 cuando Hernán Venegas Carrillo atravesó su territorio en busca de las minas de oro de las cuales tenían varias noticias. Cruzó el Magdalena, visitó el norte del Tolima y volvió a Bogotá para regresar otra vez a principios de 1544, ya con el ánimo de someter definitivamente a los panches y fundar una ciudad en su territorio, para lo cual tenía poderes del Adelantado don Alonso Luis de Lugo. Aguado no menciona sino una expedición de Venegas.

En la semana santa de aquel año se encontraban en tierras del cacique Guacaná, y el seis de abril, según Rodríguez Freyle, fundaban la ciudad de Tocaima, de lo cual me he ocupado ya en un artículo publicado en el número 207 del BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES, correspondiente al mes de marzo del año 1930. Llenados los requisitos acostumbrados se repartieron las tierras entre los encomenderos, a fin de facilitar la definiva pacificación.

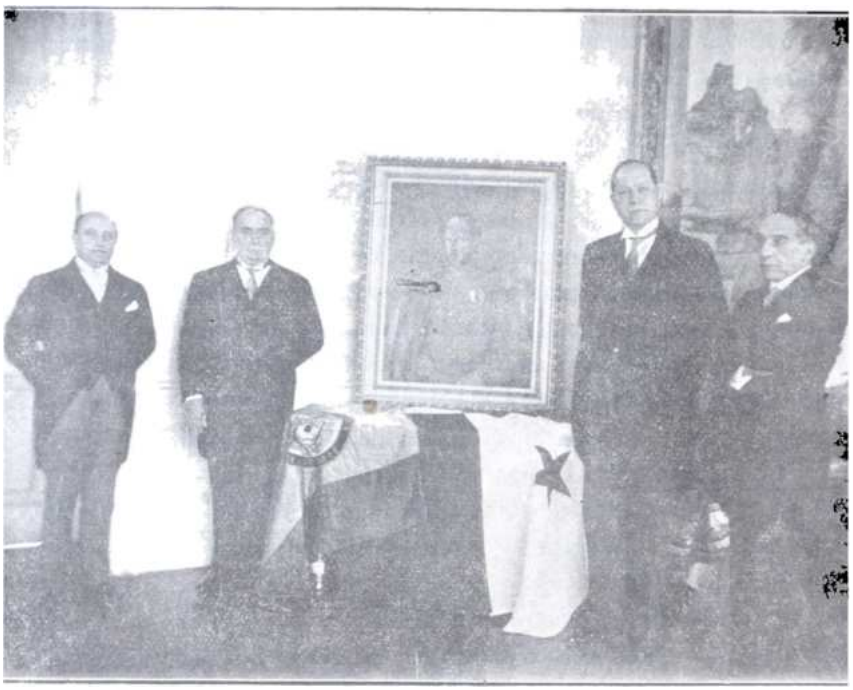
Muy en breve la nueva ciudad adquirió mucha importancia por su situación en el camino de Santa Fe a Ibagué, Neiva y Popayán. Su admirable clima y la virtud medicinal de sus aguas atrajeron mucha gente, lo cual contribuyó a acelerar más el sometimiento definitivo de los aborígenes en todos sus antiguos dominios. Recuérdese que también al norte de ellos, antes de terminar el siglo XVI, los capitanes Alonso de Olaya Herrera y Hernando de Alcocer habían construido la vía de Honda a Facatativá, por la cual se transitaba sin peligros. De manera que cincuenta años después de invadido el pueblo panche se hallaba completamente sometido.

Sus descendientes, mezclados con sus conquistadores y con otras razas, forman hoy un conglomerado bastante heterogéneo. Sin embargo, todavía quedan ejemplares panches casi puros, quienes conservan muchas de las características de sus antepasados. Altos, fuertes, cenceños; unos medio cobrizos, otros caratosos del llamado carate azul; imberbes, de pelo lacio. A través de tántas generaciones la indolencia marcha con ellos. Sus ojos pequeños, desconfiados y recelosos son como ventanas abiertas a un pasado remoto, por las cuales se asoma el alma dura y cruel de una raza vencida.

ALEJANDRO CARRANZA B.
Miembro correspondiente del Centro
tolimense de Historia.

CRONICA DE LA ACADEMIA

EL RETRATO DEL GENERAL TOMÁS HERREBA.—El sábado 5 de mayo del presente año, a las 11 de la mañana, se llevó a cabo una imponente y sencilla ceremonia en el Palacio Presidencial, con motivo de la colocación del retrato que obsequiaba el gobierno de la República de Panamá al de Colombia, del gallar-



do prócer, general Tomás Herrera, oriundo de aquella antigua sección del país, y quien vertió su sangre patricia en defensa de nuestras instituciones. Al acto asistieron el Excelentísimo señor Presidente de la República, los señores Ministros de Panamá y de Relaciones Exteriores de Colombia, varios altos empleados de nuestra Cancillería y de la casa presidencial, y muchos miembros de la Academia Colombiana de Historia. En el momento de descubrir el retrato del general Herrera, el señor Lefevre, Plenipotenciario del país hermano, pronunció el siguiente discurso:

«Excelentísimo señor Presidente:

«Me honra sobre manera entregaros, a nombre de mi país, el retrato del General Tomás Herrera, ciudadano benemérito que murió en las calles de esta hidalga ciudad, luchando con denuedo, en defensa de la Constitución. Aún más satisfactorio para mí, es que os toque recibirlo a Vos, Excelentísimo señor, que a vuestros indiscutibles títulos de ilustre Jefe de Nación, unís otro que os hace particularmente grato a los istmeños, como pudisteis apreciarlo personalmente durante vuestra memorable visita a Panamá, hace cuatro años. Sois el diplomático colombiano que firmó, en asocio de vuestro colega el biógrafo de Herrera, el protocolo que cerró para siempre divisiones momentáneas; y que significa un fraternal abrazo entre nuestros pueblos.

«No fue el mero deseo de dar cumplimiento a una disposición legislativa del Congreso de la Nueva Granada, lo que movió a mi Gobierno a ofrecer esta obra de un artista panameño, sobrinonieto del prócer. Fue, ante todo, el recuerdo imborrable de una época, cuando Colombia y Panamá formaban una sóla entidad política, inspirada en idénticas aspiraciones.

«Hubo una etapa de esa historia común, durante la cual el Istmo fue excepcionalmente afortunado en su aporte de hombres notables que dió a la Nueva Granada: José Vallarino, que ocupó la Presidencia del Consejo de Estado y fue, tal vez, el más colombiano de los istmeños; el doctor Miguel Chiari, autor de códigos en esta privilegiada cuna de juristas; Gil Colunje, Rector del Colegio del Rosario, por no mencionar sino uno de sus títulos de consagración; todos tres vinculados en Bogotá, donde fundaron hogares honorables, y en donde rindieron la última jornada. Sin olvidar a José de Fábrega, cuya espada incorporó el Istmo a la Gran Colombia; a Pablo Arosemena, el brillante acusador del gran General; y a tantos más que sería largo mencionar, y que son vínculo indestructible entre nuestras repúblicas hermanas.

«En esta constelación de varones ilustres brillan, principalmente, tres nombres máximos: TOMAS HERRERA, José de Obaldía y Justo Arosemena, quienes sirvieron con igual patriotismo y desinterés a la patria grande, y a la que los vió nacer. Sus vidas austeras simbolizaron los más nobles ideales; y, en la tierra de Santander,

Mallarino y Murillo Toro, supieron dar elevado ejemplo de civismo a la par de los hombres más ilustres de esta nación, fecunda en talentos y en virtudes republicanas.

«*Caballero sin tacha y sin miedo*, Tomás Herrera es justamente llamado el *Bayardo panameño*; y hasta su muerte tiene semejanza con la del célebre guerrero francés. Sucumbió en esta hospitalaria capital, como un héroe de la Ilíada, envuelto en el manto inviolable de la Ley, defendiendo la Carta Magna de una república fundada en el culto del Derecho.

«Gallardo y apuesto; valiente hasta la temeridad. Tenía alma de temple toledano; y un corazón tan grande como generoso. Era muy joven cuando combatió en Junín y en Ayacucho; y sobre este legendario campo de batalla recibió, de manos del bizarro Córdoba, las presillas de capitán. Mucho más tarde, cuando ya era general y, triunfante, salvó a su partido en Antioquia, fué magnánimo como siempre y evitó innecesario derrame de sangre hermana. Así dejó su nombre grabado en la gratitud de los vencidos, y correspondió al justiciero acto del inmortal antioqueño, su jefe y su amigo.

«Prototipo de la integridad moral, su vida es libro inmaculado, ajeno a la menor indignidad que pudiera mancharlo. Soldado forjado en la epopeya libertadora, sólo fue vencido cuando por exagerado respeto a disposiciones legales vigentes, entregó el mando de las fuerzas legitimistas a un valeroso militar, imprudente a causa de su mismo arrojo. La derrota desconocida hasta entonces por Herrera, lo hizo cortejar al peligro para pagar con su muerte un error del cual no era propiamente responsable.

«La unión del Istmo con la Gran Colombia surgió de documento histórico, que mereció elocuente aplauso del Libertador Bolivar, y que se firmó en Panamá el 28 de noviembre de 1821, pero el sello de esa asociación fue el holocausto del General Tomás Herrera: el sacrificio de su preciosa existencia, en aras de la libertad dentro de la ley.

«Ojalá que este retrato sirva para mantener vivo ante las generaciones futuras, un modelo por antonomasia de lo que debemos ser, colombianos y panameños, los unos para con los otros. Plegue al Cielo que contribuya a extirpar anacrónicos sentimien-

tos que no se inspiren en la más amplia fraternidad; y que avive y fortalezca todos aquellos, más puros y más nobles, que nos enseñen a mirar nuestras fronteras como simple límite de jurisdicción administrativa, pero nunca como barreras inconmovibles que puedan separar a nuestros pueblos y, menos aún, apartar a nuestras respectivas almas nacionales.

«Excelentísimo señor Presidente: En nombre de mi Gobierno y en el mío propio, os doy las más rendidas gracias por esta nueva deferencia que habeis tenido para con la República de Panamá, sincero agradecimiento que hago extensivo a vuestro digno colaborador en el Ministerio de Relaciones Exteriores, Su Excelencia el doctor don Pedro María Carreño, por haber querido honrar con su presencia este acto fraternal.

«Señores miembros de la Academia Colombiana de la Historia: Quiero dejar constancia de vuestra valiosa cooperación, que demuestra de manera indiscutible, cuanto representa vuestra docta institución en el acercamiento espiritual de las naciones hijas del Genio de las Américas; y cuán importante factor es para la fraternidad colombo-panameña.

«Señores: Gracias mil por vuestra asistencia a esta sencilla ceremonia de solidaridad americana.

«He dicho (1)».

EN HONOR DEL PRESIDENTE ELECTO DEL ECUADOR. —

Con motivo de la visita que hizo a Colombia el Excelentísimo señor don José María Velasco Ibarra, Presidente electo de la vecina república, la Academia resolvió celebrar en honor del ilustre huésped una sesión extraordinaria, el día 2 de junio, para la cual hizo invitaciones especiales a las más destacadas personalidades de la sociedad bogotana. Hablaron en nombre de la Academia el señor Presidente de ésta, doctor Nicolás García Samudio, y el numerario, don Enrique Otero D'Costa, cuyas frases verá en seguida el lector. El señor doctor Velasco Ibarra contestó en términos altamente lisonjeros para el patriotismo continental. Sus palabras aparecieron en *Senderos*, número 4, entrega correspondiente al mes de mayo.

(1) El discurso del Excelentísimo señor Presidente de la República puede leerse en la revista «Senderos» —órgano de la Biblioteca Nacional,— número 4 (mayo de 1934).

El señor doctor García Samudio dijo:

«Excmo. Sr. Dr. Velasco Ibarra:

«Vuestra presencia en el territorio de nuestra Patria no podía pasar inadvertida para la Academia Colombiana de la Historia, porque siendo el origen y la organización constitucional de los Estados un proceso esencialmente histórico, nuestra corporación estima vuestra visita como una efemérides de excepcional importancia para Colombia y para el Ecuador, y porque confundidas como se hallan las investigaciones propiamente históricas con las glorias de las naciones, al cultivar la Academia el estudio de los anales patrios fomenta al mismo tiempo el desarrollo de los más poderosos elementos del patriotismo, que surgen del pasado nacional y que dan aliento propio e inmortal a la vida de la República.

«En esta casa, sede y hogar donde a diario se evocan dentro de la más elevada atmósfera de imparcialidad y de cultura las tradiciones no sólo de Colombia sino también de los países hermanos del Continente, se agolpan a las mentes en estos momentos de complacencia y de entusiasmo, los más brillantes recuerdos de la marcha siempre unida y victoriosa de los dos pueblos a través de los siglos; unas mismas razas en la prehistoria, unos mismos fundadores en la Conquista, que atraviesan el territorio de extremo a extremo para dejar las bases de las nuevas naciones; idénticas tradiciones coloniales; ilustres familias que se unen y forman núcleos de sociedad y de virtud; claustros similares de donde surge la juventud pujante, y cuando despuntan las primeras luces de la ciencia en los horizontes de la nueva América, es un mismo geógrafo y astrónomo, botánico y explorador el que estudia los fenómenos físicos, escala los volcanes, se eleva en la investigación del firmamento y describe las regiones: es Caldas, que amó tanto al uno como al otro país, que de Quito a Bogotá hizo el escenario de sus lucubraciones científicas y que es en nuestra historia como un lazo poderoso que une a los dos pueblos en lo más alto de sus valores intelectuales. Y cuando llegaron los días de la lucha magna por la libertad, se confundieron en una sola las fuerzas de ambas patrias para dar aliento fecundo a los anhelos de independencia y fuerza irre-

sistible al brazo que sostuvo la espada victoriosa. «Quito que levantó, la primera, el grito de la libertad y de la ley contra la usurpación extranjera», como dijo Bolívar en aquel célebre mensaje al decidirse la unión colombiana, unión que fue para vuestra patria según las palabras del Libertador en el mismo mensaje «un principio eterno de bien» y para Colombia «un motivo, eterno también, de gratitud hacia los primeros ciudadanos de la capital del Sur».

«Os habéis referido, excelentísimo señor, al espíritu civilista de Colombia, y habéis evocado épocas, nombres y hechos ilustres de nuestra historia; repetisteis en el Cabildo de Bogotá las palabras inmortales que pronunció el 20 de julio don Miguel de Pombo, el autor de la célebre y sentida proclama al pueblo de Santa Fe por los acontecimientos del 2 de agosto en Quito; y como para precisar más ese concepto que ha inspirado la formación y vida de Colombia, vienen a la memoria otras palabras no menos llenas de sentido para quienes como vos gustan de hallar en el pasado las razones del presente y los augurios del porvenir: «Ya somos libres, seamos pues justos», escribió Caldas después del 20 de julio, y Santander, aún no apagados los fuegos de Boyacá, nos dejó las palabras que en letras de oro presiden los muros del senado de la República: «Las armas os han dado independencia; las leyes os darán libertad». Hé aquí, entresacadas de las páginas de nuestra historia, las bases mismas de la nacionalidad: justicia, independencia, libertad.

«Inspirada nuestra Corporación en estos sentimientos, os presenta el más efusivo saludo; reafirma sus propósitos de estrechar relaciones con la Academia de Historia de Quito, con el centro de estudios históricos de Guayaquil y con otros núcleos del pensamiento ecuatoriano, y anhela vivamente que vuestra visita a nuestra Patria sea fecnnda en frutos espléndidos para la confraternidad americana».

DISCURSO DE D. ENRIQUE OTERO D'COSTA

«Señor doctor Velasco Ibarra:

«Día de hondo regocijo para nuestro Instituto es el presente día; como que en él vemos honrada esta casa con vuestra visita y vemos exaltado este recinto con vuestra simbólica presencial

«Estos umbrales, señor, este amplio techo, estos salones, vuestros son. Porque aquí agitan sus crines los corceles que conducen el glorioso carro de la historia de Colombia; y porque en ese agitar vibran también las glorias de vuestra noble patria. Nos une, señor, el vínculo histórico, el más fuerte y sagrado y perdurable que pueda atar a dos naciones, que pueda hermanar a dos pueblos.

«¡Cuántas figuras proceras de nuestro viejo cronicón legaron sus hechos, sus trascendentales actuaciones a entrambos países! ¡Cuántos adalides derramaron su sangre y sudores, por igual, así en la vuestra como en la nuestra ribera del Carchi.... Ampudia y Añasco, de los fundadores de Quito y del número de sus primeros alcaldes y regidores, rindieron su vida en lo profundo de nuestras montañas batallando contra los indomables yalcones; Juan de Cabrera, conquistador del reino de Quito, el fundador de Neiva, el que dejó grabada su memoria en los anales de Antioquia, Cartagena y Popayán, y nuestro Licenciado Gallegos (el mismo que condujo los bergantines de Quesada hasta las barrancas bermejas del Opón), y con ellos cien granadinos más, perecieron en los alcores de vuestra ciudad capital defendiendo en los campos de Añaquito, al lado de vuestros quiteños, el orden y la legalidad contra los traidores que venían del sur, rebeldes al cumplimiento de las Nuevas Leyes que tendían a favorecer al indio infeliz. Bello consorcio de nuestros dos pueblos, luchando unísonos por los ideales de la legalidad y la justicia!

«Lázaro Fonte, de los que ganaron este Nuevo Reino, el capitán de las románticas aventuras con la indiecilla de Pasca, ¿no fue más tarde Contador de la Real Hacienda en Quito y Regidor de su Cabildo? ¿Y no lo fueron, asimismo, miembros de la República Municipal quitense, otros muchos caudillos de nuestras guerras conquistadoras, como el noble Francisco García de Tobar, que rindiera la jornada batallando contra nuestros fieros paeces?

«En los siglos coloniales hallamos abundantes casos de eclesiásticos, oidores y otros funcionarios reales, que dejaron su huella y recuerdos en ambas latitudes, bastándonos rememorar, como ejemplo, el nombre de don Juan de Borja Presidente de este

Nuevo Reino, y de quien se conservan descendientes en vuestro país. Y ya, en los fines de aquella época, ¿cómo no añorar a nuestro sabio Caldas, quien dejó perfumados con su ciencia esos vuestros valles, y nuestros valles también?

«Sobre la guerra de la Independencia, huelga el comento, como que es harto sabido que nuestra revuelta de 1809 tuvo como objeto inicial el de volar a Quito en apoyo de la patriótica revolución que había estallado en agosto, y cuyo dramático fin fue cantado por los bardos de Santa Fe en sonetos magistrales. Aun más conocida es la posterior acción de Colombia en estos conflictos, y la participación que tuvimos en la libertad de vuestra heroica tierra en cuyas jornadas lucharon hombro a hombro, dando vidas y sangre, ecuatorianos y colombianos reunidos en un apretado e indestructible haz.

«Y ¿qué diremos de la vida de estrecho contacto y de íntima relación que hemos llevado en estos tiempos republicanos? Centenares de familias ecuatorianas están emparentadas con familias colombianas, floreciendo en esa constelación de nombres ilustres el del señor González Suárez, príncipe de vuestra Iglesia, y uno de los más grandes historiadores de que pueda ufanarse nuestra América. Esta maravillosa mancomunidad de sangre y de espíritu por fuerza debía dar frutos como el del gesto de Eloy Alfaro, cuando, en momentos de duelo, recordó a nuestro lado que no estábamos solos en el Continente de Colón!

«Pero si éstas y otras muchas consideraciones más que podría traer a cuento, no fueran suficientes para invocar la existencia de nuestra confraternidad histórica, bastaría añadir el caso que nos presenta Sebastián de Benalcázar, el conquistador de una gran extensión de vuestro territorio y fundador de vuestra ciudad capital, quien fue, a la par, conquistador de extensas comarcas colombianas y fundador de nuestra egregia Popayán, por mano directa, y de muchas poblaciones más de nuestro territorio, por indirecta mano.

«En 1539 ocurría aquí, en este Valle de los Alcázares, un suceso singular: gentes del lejano suroeste, ataviadas con rica sedería; gentes del oriente remoto, vestidas con pieles de animales montaraces; y gentes del norte caribe, que cubrían sus carnes

con mantas indianas de peregrinos dibujos y exóticos colores. Gentes, hispanas gentes todas que, surgidas de tan opuestos puntos de la rosa de los vientos, alternaban al calor de una misma fogata y vivaqueaban al amparo de unos mismos celajes.

«Así Benalcázar, con sus gerifaltes quiteños, y Federmann, con sus sacres corianos, y Quesada, con sus azores samarios. Ecuador, Venezuela y la Nueva Granada reunidos bajo el cielo acogedor, bajo el ambiente discreto y reparador de Santafé de Bogotá. ¡Profético consorcio, preludio lejano de lo que siglos más tarde habría de ser la Gran Colombia de nuestro Libertador! ¿No invita, señor, este acontecimiento extraño y prodigioso a meditar sobre el destino de las naciones?

«Juntos confraternizábamos cuando naciamos apenas a la vida civilizada y esculpíamos el embrión de nuestra nacionalidad; juntos hermanábamos cuando naciamos a la vida independiente. Juntos y unidos habremos de continuar, ligados con el lazo de la historia común que es el más fuerte y apretado lazo espiritual.

«Días antes de aquella tan extraordinaria confluencia, nuestro Quesada terminaba la conquista del imperio chibcha; pero simple teniente de un gobernador, carecía de poderes para fundar una ciudad que viniera a constituir el centro y eje de esa conquista. Entonces, tímidamente, fundó un lugarejo con el cual, sin quebrantar sus deberes legales, acudia en parte a llenar la imperiosa necesidad de consolidar su realizada empresa. Doce cabañas y una ermita constituían el casar; un cura y un teniente bastarían para administrar la vida religiosa y civil de la crisálida.

«Entrado el año de 1539 llega Benalcázar con sus esforzadas huestes; quiteños y samarios y corianos reúnense en estos valles, danse el abrazo de amistad, y dedican los vinientes días a reposar, en amable compañía, de las árduas faenas y penosas jornadas. El descanso corría amenizado con ejercicios de la jineta, cacerías y otros esparcimientos, cuando en medio de aquella grata y merecida holganza, habiendo Benalcázar considerado la belleza y verdor de estos campos, la fertilidad de sus vegas, la suavidad del clima y bondad de sus moradores, iluminó a sus compañeros con el consejo de fundar, en la debida forma, una ciudad. Y comoquiera que las escuadras quiteñas trajeran la noticia de

la muerte del Gobernador Lugo, viéndose libre Quesada de este impedimento, acogió el sabio consejo de su amigo y procedió a fundar, con toda la solemnidad de posesión y los otros actos jurídicos, la ciudad de Santafé de Bogotá, hecho que realzaron con su presencia Federmann y Benalcázar al frente de sus compañías. Es de notar que entre los primeros alcaldes nombrados figuró Juan de Arévalo, y entre los primeros regidores, Hernando de Rojas, ambos capitanes de las huestes de Quito.

«Y hé aquí cómo Benalcázar, el fundador de vuestra hermosa ciudad capital, tomó parte tan directa y decisiva en la fundación de Bogotá, esta Bogotá que hoy os acoge como a hijo dilecto; y hé aquí también cómo quiteños, samarios y corianos, en representación del Ecuador, Colombia y Venezuela arrullaron la cuna de Bogotá y asentaron solemnemente las bases firmes y legales de la que habría de ser, con los años, la capital de la gran Colombia!

«Este acontecimiento, tres veces memorable, cumplirá cuatro centurias en cercanos días, y permita el Cielo que para ese entonces, al celebrarse las fiestas cuatricentenarias de la fundación de Bogotá, podamos gozar, en tan florida recordación, de alguna simbólica ceremonia que hayan de solemnizar, en trío fraternal, los tres presidentes de las tres repúblicas hijas de la espada y del cerebro poderoso de nuestro común Libertador y Padre de nuestras nacionalidades. Para ese entonces, también, cuán grato nos sería ver, congregadas bajo este techo y en abrazo fraterno, a las Academias de Quito, Caracas y Bogotá, preciados santuarios donde se guardan y añoran nuestras comunes y gloriosas tradiciones.

«Señor doctor Velasco Ibarra: he procurado en esta inolvidable ocasión en que la Academia Colombiana de Historia os rinde su sincero y cálido homenaje, rememorar en vuestro obsequio los perdurables vínculos de confraternidad histórica, que al través de los tiempos, atan y guían a nuestras dos naciones, en espíritu y en verdad; y ojalá que esta recordación haya podido grabarse en vuestro ánimo como el testimonio de nuestros sentimientos de fraternal admiración hacia vuestra patria amada, cuyos destinos conduciréis en breve hacia un seguro Norte.

«Vuestra gentil visita a esta tierra colombiana, que es la vuéstra, visita convertida en una marcha triunfal, viene a reforzar elocuentemente lo que tengo dicho, y viene a estrechar aun más el amoroso afecto que se han profesado ambos pueblos en el decurso de su existencia, afecto que continuará palpitando, con mayor vigor, si cabe, en estos ámbitos en donde vuestra excelsa Patria y vuestra tierra generosa, cara a todos nosotros, se palpa simbolizada hermosamente en vuestra figura hidalga, y en vuestra ilustrada, inteligente y noble mentalidad».

LOS FESTEJOS PATRIOS.—En virtud de lo dispuesto por la ley 15 de 1920 la Academia de Historia ha venido encargándose de organizar en la capital de la República la celebración de las fiestas nacionales del 20 de julio y 7 de agosto. A partir de aquel año nuestro instituto ha atendido tal disposición con el más solícito interés, y en cada periodo anual nombra una comisión de su seno para ejercer dicho encargo y distribuír la exigua suma que el Gobierno apropia para conmemorar los días magnos de la patria. La comisión de 1934 quedó constituída por los académicos Daniel Arias Argáez, como presidente, José Manuel Marroquín Osorio, Arturo Quijano, Manuel José Forero, Guillermo Hernández de Alba y Gustavo Otero Muñoz, como secretario. Esta junta fue asesorada, además, por el capitán Roberto Vanegas, en representación del Ministerio de Guerra, y el comandante Eduardo Cuevas, oficial de la policía nacional. Entre los números del programa elaborado resaltan los siguientes, que se desarrollaron en el presente mes de julio:

La Misa de Requiem en la iglesia de La Veracruz (Panteón Nacional) por el alma de los mártires de la Independencia. En ella pronunció el canónigo de la catedral de Tunja y miembro del Centro de Historia de dicha ciudad, señor doctor Ignacio Vargas Torres, una muy elocuente oración fúnebre en que, con frases de la Sagrada Escritura, hizo el elogio de quienes se sacrificaron por legarnos patria y libertad.

La procesión de Santa Librada y el homenaje al sabio Caldas, organizados por una comisión de damas payanesas encabezadas por las señoras Inés Arboleda de Pombo, Elvira Cárdenas de Concha, Ana Tulia Vejarano de Laserna, Rosa Quijano de Cárdenas, Cecilia Cárdenas de Fischer y Pepita Cárdenas de Quin-

tana. El desfile se inició en el parque de Santander, y siguió por la carrera 7.ª hasta la estatua del mártir, conforme al siguiente orden: I, el Cristo de los Mártires, conducido por miembros de la comunidad franciscana; II, el pabellón de la familia Caldas, llevado por descendientes del sabio; III, la Academia de Historia; IV, el Estado Mayor General del Ejército y el Inspector del mismo; V, la Sociedad Colombiana de Ingenieros; VI, el pabellón de Popayán y la colonia caucana; VII, un grupo de niñas payanesas, quienes hicieron una ofrenda floral ante la estatua del ilustre colombiano; VIII, la imagen de Santa Librada conducida en hombros de oficiales del ejército; IX, la banda de la Policía nacional; y X, los batallones Guardia de Honor y de Ingenieros Caldas. Ya al pie de la estatua del mártir, la señorita Alicia Cárdenas Quijano, en representación de la familia Caldas, pronunció unas hermosas y sentidas palabras, reveladoras del patriotismo y de la inteligencia que adornan a las mujeres nacidas bajo el privilegiado cielo de la ciudad del Puracé;

El ciclo de conferencias dictadas en el salón de sesiones públicas de la Academia, del cual se han efectuado hasta hoy las cinco primeras a cargo de los señores Enrique Otero D'Costa, quien disertó sobre Fray Pedro de Aguado, historiador de la Conquista; Gustavo Otero Muñoz, autor de un ensayo sobre las vidas de Antonio Nariño y Camilo Torres, estudiadas paralelamente; Daniel Arias Argáez, quien leyó un capítulo de su obra en preparación sobre don José Cortés Madariaga, primer diplomático que vino a Bogota; Nicolás García Samudio, quien habló sobre el viaje de Humboldt a América, y Manuel José Forero acerca de los vestigios de la lengua chibcha. Todas han tenido un éxito rotundo, y el selectísimo grupo de damas y caballeros que acuden por las tardes a llenar las butacas del salón, acredita la tradicional cultura literaria de la sociedad bogotana.

En los días de agosto se verificarán otras ocho conferencias, a saber: El 1.º, Gerardo Arrubla hablará sobre don Vicente Restrepo, en el acto de colocar el retrato del ilustre arqueólogo en la galería de historiadores colombianos; el 2, el presbítero José Alejandro Bermúdez sobre las causas de la Independencia;

el 3, «Una historia que parece un cuento», de Belisario Matos Hurtado; el 9, «La Misión de Bolívar a Londres en 1810», por Guillermo Hernández de Alba; el 10, «Episodios de la Independencia», por Eduardo Zuleta; el 13, el presbítero Juan Crisóstomo García disertará sobre el arte colombiano; el 14, Arturo Quijano sobre la Universidad Nacional en la época de la federación, y cerrará la serie Jorge Ricardo Vejarano con «La campaña de Nariño en el Sur».

Finalmente, el concurso de vitrinas, organizado por las damas de la Comisión de Honor de la Sociedad de Mejoras y Ornato; la función de gala en el Teatro de Colón, dada en la noche del 20 por la compañía de Ernesto Vilches, que puso en escena la comedia en tres actos, de Antonio Palomero, titulada «El amigo Teddy»; el homenaje del ejército nacional al Libertador en el parque de la Independencia, y la distribución de las medallas acordadas por la Junta y el Ministerio de Guerra a los servidores de la patria en la frontera del Sur, actos que se verificaron el 24 de julio, y en los que llevó la palabra el académico correspondiente, general Jorge Mercado, quien ensalzó las virtudes cívicas del soldado colombiano y elevó un himno de alabanzas a la persona de su Gran Capitán, el fundador de cinco nacionalidades; el tributo de gratitud rendido a los héroes del Pantano de Vargas, en el propio sitio de esta batalla, ante millares de peregrinos y de niños de las escuelas públicas, por comisiones de la Academia y el Centro de Historia de Tunja, y por representantes del gobierno seccional de Boyacá....., todo contribuyó, en una palabra, para avivar el ya lánguido fuego del sentimiento patrio, que, como todo culto, se alimenta de manifestaciones, por más que algunos le quieran relegar a una simple enseñanza en las escuelas primarias.

La Junta da Festejos, en vista de la escasez de sus fondos, designó a algunas entidades industriales para que contribuyeran a la conmemoración, con el arreglo de los monumentos y estatuas de próceres y mártires existentes en la ciudad, durante los días de la patria. La mayor parte de aquellas empresas respondieron al llamamiento con laudable interés: especial mención merecen al respecto la Compañía de Cementos Portland Diamante, a quien se confió la estatua de Bolívar en el Parque de la Independen-

cia; la Compañía Colombiana de Tabaco, que hizo un artístico arreglo del monumento al Libertador en la plaza principal; el Consorcio de Cervezas Bavaria, que se encargó de adornar los bustos del parque del Centenario, y la Empresa de telas Fabricato, que tomó a su cuidado la estatua de Santander en el parque de su nombre. Por desgracia no faltó alguna de dichas entidades que, escudándose bajo una pomposa deliberación de su junta directiva, se negara a hacer un gasto ridículo en honor de los padres de la patria. Así fué como la estatua de Caldas presentóse desnuda de coronas y banderines antes de la magnífica manifestación que ante ella organizaron las damas payanesas, pues aquella junta directiva—en la que figuran descendientes de próceres—con sordidez vergonzosa para las cenizas de sus antepasados, se negó a ataviarla.

Además de este hecho, son de lamentarse otros dos: el que la prensa diaria no pudiera consagrar a las glorias nacionales una página—pero ni siquiera un párrafo—en el día memoratísimo del natalicio patrio, y el que las autoridades tampoco pudieran contribuir con su presencia a los actos conmemorativos. Como dijo uno de los oradores «para honrar a los próceres no hay tiempo; nos desvivimos, sí, por malgastar el fruto de sus sacrificios». Pobre nación aquella donde no se cultiva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre o rica, grande o pequeña. Un pueblo no puede renunciar al culto de sus glorias, sin extinguir la parte más noble de su vida y caer en un período muy próximo a la imbecilidad senil.

El señor doctor García Samudio, Presidente de la Academia Colombiana de Historia, pronunció el siguiente discurso al pie del monumento a Rondón, en el campo de Pantano de Vargas, el 25 de julio de 1934:

«Señor Gobernador del Departamento, señores académicos, señores:

Gámeza, Corrales, El Salitre de Paipa, el río Sogamoso y Pantano de Vargas fueron los sitios afortunados de Colombia por donde el Ejército libertador, después de trasmontar los Andes, se abrió paso glorioso hacia la capital de la Nueva Granada.

Hasta aquí llegaron y luégo siguieron victoriosos los restos de aquellas filas de valientes que trasmontaron la cúspide helada de la cordillera, dejando a lado y lado los cadáveres de soldados vencidos por la naturaleza, y que fueron recibidos por los pueblos patriotas con indecible entusiasmo, prodigándoles toda clase de auxilios, engrosando sus filas y fortaleciendo el ideal que los traía desde las lejanas fronteras de la patria. A donde quiera que aquí volvamos la mirada encontramos horizontes, senderos, desfiladeros, corrientes y colinas que son páginas inmortales de historia nacional: allá se reunieron las columnas que marcharon a Santa Rosa y Sogamoso; mas acá se presenta la Peña de Tópaga por donde se retiró el enemigo para refugiarse en los Molinos de Bonza; por allí va el camino del Salitre que pasó el ejército libertador en la espléndida madrugada del 25 de julio de 1819; allá corre el río Sogamoso, cuyas aguas atravesó también el mismo ejército momentos antes de la contienda, y aquí pisamos las alturas de Vargas, donde después de un combate que duró hasta la noche, «sostenido con una tenacidad y con un encarnizamiento de que no hay idea», como dice el parte oficial de la batalla, se inició el triunfo definitivo de la causa patriota.

Aún parecen sentirse aquí el ruido atronador del combate y los ecos de la terrible refriega, y como que aún palpita en el ambiente la angustia de aquella hora de incertidumbre que sirvió para redoblar los esfuerzos y para que se presentara Rondón al frente de su caballería y diera la carga inmortal. Si en Marengo Desaix vió el reloj y exclamó, «la batalla está perdida, pero hay tiempo de dar otra», en el Pantano de Vargas, Bolívar no perdió la esperanza del triunfo porque sabía que Rondón no había entrado aún en la contienda. «Otras tropas que no hubieran sido las de la República, hubieran dejado escapar una victoria tan brillante como la que se obtuvo», concluye el parte oficial de los patriotas, firmado aquí mismo.

Aún parece que se distinguen en medio de las sombras de la noche aquellas fogatas que como fuego milagroso encendió Bolívar en las orillas del río el 4 de agosto, para desorientar al enemigo y para adelantarse por la vía de Toca hacia Tunja. A sitios así inmortalizados debe rendirse un culto permanente, y en las fechas clásicas venir hasta ellos en patriótica peregrina-

ción para rememorar las tradiciones de gloria y para fortalecer el amor a la República. La misión de la Academia Colombiana de Historia no está sólo en la investigación del pasado, en la publicación de obras y en la divulgación de nuestros recuerdos patrios. Esa es apenas una parte de su labor, altísima sí y esencial para los fines de la cultura nacional y para fundamentar más en el pasado las bases del presente y del porvenir. Es también parte de su obra el cuidar y conservar los monumentos y visitar los sitios inmortales de Colombia; es un deber nuestro venir hasta el pie de este monumento para despertar el entusiasmo de los pueblos, de los niños y de la juventud, y darles lecciones prácticas del culto a las glorias de la nación. Es nuestro deber llegar hasta el pie de esta estatua y rendir a la memoria de Rondón un homenaje de laureles inmarchitables. Segura estaba la Academia de Historia al iniciar esta visita al campo de Vargas de que hallaría eco entusiasta en el gobierno del Departamento, presidido por hombres patriotas y laboriosos, y en la ciudad de Paipa, que si en el pasado supo prodigar cuanto tenía para apoyar el ejército libertador, en la vida diaria de Colombia ha sido siempre modelo de pueblos laboriosos, cuna de ilustres ciudadanos y ejemplo permanente de patriotismo. La Academia aprecia en cuanto vale esta acogida y la señalará con caracteres imborrables en sus anales. Repartimos aquí como recuerdo de esta peregrinación el estudio técnico del general Cortés Vargas—que es un gran colombiano y un gran historiador—sobre la batalla del Pantano de Vargas.

Que la lápida que hoy fijamos en el pedestal de este monumento a Rondón, sea la muestra y el recuerdo de que Boyacá, y Paipa y la nación entera veneran siempre al héroe del 25 de julio de 1819, y de hoy en adelante continuaremos sirviendo a la Patria como nuestros próceres lo quisieron y realizaron: con todo el entusiasmo, con toda la decisión y con toda la fe que Colombia espera de sus hijos».

SECCION BIBLIOGRAFICA

A CARGO DE MANUEL JOSÉ FORERO

EL LIBERTADOR PRESIDENTE, por Roberto Botero Saldarriaga—Bogotá. *Editorial Nueva.*

Tenemos a la vista uno de los libros más notables que en materia de historia nacional se haya publicado últimamente; su autor, ampliamente conocido en el país, concreta en estas páginas toda la documentación de que dispuso para llevar a efecto su empeño y expone con absoluta claridad y franqueza sus opiniones acerca de lo que fue la actuación civil del Libertador en aquella tormentosa época que vino a concluír con la disolución definitiva de la Gran Colombia.

Ocupándose, como se ocupa, el doctor Botero Saldarriaga en relatar hechos que fueron en su tiempo objeto de acalorada polémica, y de emitir juicio sobre eminentes servidores de la república, cuyas actuaciones fueron también objeto de crueles diatribas de unos y de acaloradas defensas de otros, no podía menos de trazar páginas que hoy mismo revivirán discusiones vivísimas y sobre las cuales, en realidad, no es posible dar aún opiniones definitivas. Empero, es preciso conceder al autor el alto mérito de haber recogido documentos ilustrativos de la materia y haberlos complementado con meditaciones rigurosas, propicias a la investigación de la verdad cuando no la determinan por sí mismas.

La vida pública del Libertador en los años de 1824 a 1830 será por mucho tiempo aún, objeto de investigaciones minuciosas. En esa época se registraron sucesos de trascendencia histórica extraordinaria. La rebelión del bizarro León de Apure, en Valencia; el regreso de Bolívar al territorio de la Gran Colombia, para presidirla; las actas de dictadura, la convención de Ocaña, la noche de septiembre... Cada uno de estos importantísimos temas históricos embriaga la mente y la traslada con calor a momentos distantes y a presencia de hombres tan vigorosos en el temple de su carácter y

en los atributos de su corazón como rara vez suele producirlos la especie humana.

Puede inferirse la importancia del libro escrito por el doctor Botero Saldarriaga, recordando los nombres de Bolívar y Santander, los de Nariño y Páez; y tornando la vista a la heroica Venezuela, a la sufrida Nueva Granada, al vigilante Ecuador. Nuevamente, al repasar las páginas de este libro, pasma el espíritu la visión de tales días, la contemplación de tales hombres. Bolívar, no bien ceñidas sus sienes con los laureles de Boyacá, parte a dar libertad a otros pueblos, a intervenir en la formación de nuevas nacionalidades. Santander, elevado por primera vez a la magistratura cuando su juventud parecía contraindicarlo para ejercerla, atrae sobre sí no sólo la admiración del padre de la patria y la aprobación de los hombres sustantivos de Cundinamarca, sino el recocimiento de las multitudes que más tarde le aclamarían en el Rosario de Cúcuta. Y en fin, tántos y tan gloriosos nombres, tántos y tan fecundos hechos como no es posible ponderarlos sin inflamar el corazón.

En las páginas de este BOLETÍN, muchas veces honradas por la pluma del doctor Roberto Botero Saldarriaga, miembro de número de la Academia de Historia, no puede menos de registrarse con alborozo la publicación de este libro que ha merecido a su autor aplausos venidos de diversas naciones de América y le destaca, una vez más, como escritor de vigorosa pluma.

«SENDEROS»—(Organo de la Biblioteca Nacional). Bogotá. Números 1, 2, 3, 4 y 5. Pocas revistas traen al mundo una dote de tan alto valor como ésta, dirigida por el prestigio y la pluma de Daniel Samper Ortega. También muy pocas son recibidas con tan universal aplauso como ella. Un Instituto científico de tan subidos quilates como es hoy la Biblioteca Nacional se resentía de la falta de un órgano de publicidad que no fuera tan sólo un índice de los mejores libros de aquella sino un verdadero índice de la cultura y actividad nacionales en estos momentos. Ha venido, pues, *Senderos* a llenar un vacío de grandes proporciones en nuestra vida periodística. Para quienes saben que al lado de la Biblioteca Nacional se forman hoy núcleos intelectuales de positiva importancia era ya esto una información completa sobre la calidad de la revista. Para quienes agregan hoy la lectura de páginas tan jugosas, maduras y llenas de optimismo en el porvenir patrio, es motivo de justísimo

orgullo la aparición de una revista como la que motiva las presentes líneas.

BOLETÍN DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE LIMA—Tomo LI. Trimestre 1.º de 1934. Es conocida la seriedad y alto valor científico de los trabajos de la Sociedad Geográfica de Lima, en la cual colaboran especialistas de gran mérito. Entre el material que publica esta entrega del *Boletín*, destacamos: «El camino carretero al oriente peruano», por Emilio Delboy; «Las ruinas de Cuelap», por el General Luis Langlois (estudio de grandísima importancia acerca de los vestigios prehistóricos que el gobierno francés le ordenó analizar en la región de Chachapoyas); «Descubrimientos de tumbas arqueológicas» (de la nación Colla), por Pío Máx. Medina (no menos interesante que el estudio anterior); y «Notas sobre la teoría peruana respecto al origen y previsión de temblores», por Sven Ericcson.

BOLETÍN DE LA UNIÓN PANAMERICANA—Abril de 1934. La importante labor de difusión que realiza entre las naciones hispano americanas este Boletín, se comprueba y extiende cada día más. En la entrega ahora recibida se hallan los estudios siguientes: «Elogio de Gabriel René Moreno», por don Enrique Finot; «Arqueología Guatemalteca», por José Rodríguez Cerna, (trabajo de notable valor arqueológico ilustrado con dos fotografías); y una reseña sobre las labores de la Séptima conferencia internacional americana, por el doctor William Manger.

REVISTA DE LAS ESPAÑAS—Entrega de enero, febrero y marzo de 1934. Esta publicación que hace en Madrid (España) la Unión Ibero Americana, ha continuado la noble tarea de fomentar entre España y las naciones ibero-americanas la vinculación ideológica y el conocimiento mutuo. De muchos años atrás nos liga con esta revista la admiración más sincera; en sus paginas siempre hallamos interesante material, donde hoy se destaca: «La Geografía de las lenguas», por César E. Arroyo; «La Atlántida», por J. Fernández Gil y Casal; y «La cuestión de límites entre Paraguay y Bolivia», por Enrique de Gandía.

LA GLORIA DE DON RAMIRO EN 25 AÑOS DE CRÍTICA—Homenaje a don Enrique Larreta. Libro de grande interes y de lujosa presentación, editado en Buenos Aires por la Comisión de Homenaje a don Enrique Larreta, con motivo de las bodas de plata de publica-

ción de aquella novela, que tantos aplausos ha recogido en todas las naciones cultas.

MEMORIA DEL MINISTRO DE GOBIERNO AL CONGRESO DE 1933—Bogotá. 2.° volumen. Imprenta Nacional. Contienen estas páginas informaciones de importancia sobre el desenvolvimiento de diversas localidades del país.

BOLETÍN DE LA SOCIEDAD DE MEJORAS Y ORNATO DE BOGOTÁ—Número 67. Contiene una conferencia dictada por el doctor José Alejandro Gaitán en la Universidad Javeriana, a propósito de temas de vital interés para la capital de nuestra república. La realzan otros artículos de sabor bogotano.

REVISTA DEL CONSEJO ADMINISTRATIVO DE LOS FERROCARRILES NACIONALES—Número 26. En Bogotá, en donde son escasas publicaciones estadísticas tan en boga en otras naciones, despierta especial aplauso una revista como la que hemos tenido el gusto de recibir puntualmente. Además de esta clase de material, contiene informaciones de carácter general, relacionadas con el ramo de ferrocarriles.

ANALES DE INGENIERÍA—Números 483 y 484. Destácanse en esta entrega los escritos sobre la Unidad Nacional, por el ingeniero don Eugenio J. Gómez, y la Tecnocracia y sus conclusiones, por Jorge Alvarez Lleras. Sobre el embellecimiento de Bogotá contiene también interesantes apreciaciones del doctor Alfredo Ortega.

BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE HISTORIA DE VENEZUELA—Prometemos hablar a espacio en futura ocasión, de esta Revista, cuyo número 65 acaba de llegarnos. Para los historiadores de Colombia siempre ha constituído ella una lectura preciosa, y un modelo de publicaciones en su género.

REGISTRO MUNICIPAL (BOGOTÁ)—Número 30. En esta revista no solamente pueden los lectores informarse del movimiento administrativo de las oficinas municipales, sino también admirar fotografías de lugares notables de esta capital, y leer artículos de sus colaboradores de todo el país. En este número encontramos la conmemoración del doctor Nicolás Pinzón W., cuya labor cultural hoy es admirada por todos.

DISCURSOS DEL DOCTOR PEDRO EMILIO COLL Y DEL DOCTOR JUAN J. MENDOZA EN LA ACADEMIA DE HISTORIA DE VENEZUELA—Con motivo de la toma de posesión de uno de los sillones de número

de aquella docta Corporación se cruzaron estos dos importantes discursos. Tanto el que fue pronunciado por el señor Coll como la respuesta del distinguido escritor venezolano Mendoza, son páginas dignas de meditación y de estudio.

ESTUDIOS AMERICANISTAS por Julio C. Salas. Caracas, 1934. Publicación hecha por la señora viuda e hijos de este distinguido escritor en el primer aniversario de su fallecimiento. Los temas etnológicos preferidos por el autor nos demuestran la atención que dedicó durante su vida a la filología comparada, así como a profundizar en el origen de los mitos americanos. Bello homenaje éste que le rinden al escritor desaparecido quienes prolongan su nombre y los méritos alcanzados por él.

REPORT OF THE UNITED STATES NATIONAL MUSEUM—1933. Entre los institutos científicos más destacados del mundo figura en primera categoría el Museo Nacional de los Estados Unidos, acerca del cual realiza labores de gran magnitud la famosa Institución Smithsonian. En el opúsculo que hemos recibido puede observarse hasta dónde va el celo y cuidado de los directores de este Museo en materia de investigaciones y estudios geológicos y biológicos, así como en las restantes ramas del conocimiento humano.

ANNUAL REPORT OF THE BOARD OF REGENTS OF THE SMITHSONIAN INSTITUTION—1932. Washington. El presente volumen contiene, no solamente una información general sobre las labores realizadas por la Institución Smithsonian sino también monografías sobre radiación solar, la decadencia del determinismo, algunos resultados geográficos de la Expedición antártica Byrd, Insectos enemigos de insectos, la Gran Muralla del Perú, etc. Cada uno de estos estudios y otros que no citamos por brevedad, impresionan vivamente por su profudidad y erudición. El tomo que tenemos a la vista es un resumen de las mayores actividades intelectuales realizadas bajo los auspicios de tan ilustre corporación.

REVISTA JAVERIANA—Bogotá, año 1.º, número 5, junio de 1934. En la entrega que tenemos a la vista, y que acredita a esta publicación como uno de los mayores exponentes científicos y literarios del país, se encuentra el admirable diálogo intitulado «del Churrasco», por Lope de Ochoa, miembro de número de la Academia Colombiana; página artística, por Eduardo Ospina, S. J.; Nociones de alta crítica, por Daniel Restrepo; El desdoblamiento de la personalidad,

por Rodrigo Noguera; Boletín del movimiento social, por Jorge Fernández Pradel. Con alto sentido de su misión sociológica, este último autor destaca los fenómenos europeos actuales en materia de tanto interés para el porvenir de los pueblos. Bien conocido es el P. Fernández Pradel como especialista en cuestiones sociales, de modo que sus conceptos sobre orientación católica y sobre materia social merecen respeto y estudio. El escrito del doctor Rodrigo Noguera es también elevada página de filosofía y de meditación psicológica. El diálogo del Churrasco, por Lope de Ochoa, continúa justificando para su autor el título de docto y de amante muy ilustre de puras disciplinas científicas.

THE WASHINGTON HISTORICAL QUARTERLY—Volumen XXIV, número 4, octubre de 1933. Editado por The Washington University-State Historical Society-Seattle-Washington. Entre otros artículos contiene los siguientes: El Capitán Cornelio Sowle en el Pacífico, por F. W. Howay; Nota sobre los orígenes de la rivalidad entre el doctor Juan Mac Loughlin y Sir Jorge Simpson, por Walter N. Sage: y Altas Escuelas en el territorio de Washington, por Federico E. Bolton.

BOLETÍN DE LA UNIÓN PANAMERICANA—Washington, mayo de 1934. Una nota arqueológica de singular trascendencia científica la constituye el escrito de J. de Alden Mason, sobre esculturas mayas rescatadas de la selva. Con motivo de la apertura del *Salón Maya* en la Universidad de Pensilvania, el distinguido investigador ha publicado en esta revista—órgano de la Unión Panamericana—el escrito mencionado, cuya lectura manifiesta lo mucho que se trabaja en los Estados Unidos por adelantar este género de estudios. Otros artículos de fondo hacen digno de especial mención este número del Boletín de la Unión Panamericana.

BOLETÍN DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES—Volumen IV, número 1. No es común en las publicaciones gubernamentales la amenidad con que se nos presenta esta entrega del *Boletín*, dirigido por don Luis A. Lasprilla, muy competente funcionario del ministerio. Al lado de conceptos de la comisión asesora, inspirados en un elevado patriotismo, encontramos notas estadísticas y comerciales que demuestran el movimiento y desarrollo de esta importante sección de los negocios colombianos confiados a la actividad del ministerio de relaciones exteriores.

LA REVISTA CONTEMPORÁNEA—2.ª época, Cartagena, números 4, 5 y 6, 1933. Esta revista, dirigida por los conocidos escritores don Gabriel Porras Troconis y don Gabriel F. Porras, contiene siempre material de selección y demuestra la seriedad con que se adelantan en la costa atlántica de Colombia estudios de diversa naturaleza. En los ejemplares que tenemos a la vista se destacan: Luis Pérez Hernández; «La doctrina social de la Iglesia Católica»; G. Porras Troconis: «La evolución social en Hispano-América»; y «Algo sobre la filosofía de la historia», por Braulio Henao Blanco.

IBERO AMERIKANICHES ARCHIV—Publicación del Instituto Ibero-Americano de Berlín, Inhalt von Band VIII, Heft 1. Esta revista cuyo nombre es ampliamente conocido en todos los centros de cultura de Europa y América, se halla dirigida por el profesor doctor Otto Quelle. El Instituto está regido actualmente por el general Guillermo Faupel. En el número de esta revista, que llega ahora a nuestras manos, encontramos noticias de interés, especialmente en materia de bibliografía, a la cual dedica singular cuidado. Consagra una nota necrológica a la memoria del doctor Ernesto Quesada, fallecido recientemente, después de haber sido uno de los mayores propagandistas de las relaciones mutuas entre las naciones latinoamericanas. Contiene también un estudio del doctor A. Hase, que se refiere al célebre Barón de Humboldt, mencionando uno de los diversos renglones de la actividad intelectual de tan ilustre hombre de ciencia. Del profesor H. Steffen publica un escrito sobre la cordillera de los Andes, en la parte relativa a Sur América.

FRAY JOSÉ JOAQUÍN ESCOBAR—Por Alfonso Zawadsky, Cali. (Lectura hecha por su autor en la sesión de la Academia Colombiana de Historia el 1.º de marzo de 1933). Estudia la personalidad procera de este gran servidor de la independencia nacional. Conocida es la pluma del doctor Zawadsky, su erudito autor, y apreciadas las manifestaciones que ha dado de su clara inteligencia y de su decidida vocación por los estudios históricos. Este trabajo biográfico demuestra los títulos del padre Escobar a la veneración de la Colombia actual, heredera de los sacrificios y dolores de sus genitores para la libertad.

REVISTA DEL ARCHIVO Y BIBLIOTECA NACIONALES—Tegucigalpa, enero 31 de 1934. Ilustra este número una fotografía del monumento erigido al general Francisco Morazán en San Pedro Sula.

Contiene selecto material y entre él debemos mencionar: Historia sumaria de Honduras, por Rafael Heliodoro Valle; Arquitectura Maya, por Jorge Oakley Tolten; Bosquejo histórico de la revolución de 1872, por Carlos F. Alvarado. Esta Revista es órgano de la benemérita *Sociedad de Historia y Geografía de Honduras*, a la cual deseamos vincularnos más estrechamente, dado su espíritu de investigación y su probado hispano-americanismo. Esta Sociedad no desmaya un punto en sacar avantes los nombres excelsos de los fundadores de la República y los hechos salientes y representativos de su historia.

Archivo Santander

Cartas inéditas

(Continuación)

Barinas, mayo 28 de 1826.

Mi querido y respetado general:

Doce días hace que llegué a mi hacienda, donde estaba mi familia, y cuatro que estoy aquí. No he tenido tiempo de ejercer mi empleo, sino de recibirme solamente, porque un terrible catarro me ha tenido y tiene a esta población en cama. Así que no sin gran trabajo y sin peligro de empeorarme tomo la pluma para contribuir por mi parte a la sofocación de las novedades o rebelión de Páez, pues no puede titularse de otro modo.

Es ocioso que le diga lo que ha sucedido, porque usted lo sabe mejor; pero sí le diré que todo, todo está minado, menos la provincia de Barinas. El Apure ya gritó, y aunque él y los demás pueblos revolucionados visten las actas de un modo que aparentan sumisión al Gobierno, en nada menos piensan que en esto: para burlar la ley y apadrinar al criminal han puesto en acción todos los partidos, especialmente el federal: giran comandos por todos puntos, menos por aquí; ellos saben que no entramos por esas las principales autoridades. Pero vea usted aquí dividida ya la República, los Departamentos y los pueblos todos. Cuánto se habrán acordado mis compañeros congresistas de mis anuncios!

Conviene muchas veces, les decía, suspender el castigo de un criado o de un sirviente. En fin, yo no sé qué resolverán Conde y Guerrero, porque no los he visto a causa de mis males; si quisieren oírme o si se resolvieran a abandonar por algún tiempo los fustanes de sus mujeres, les aconsejaría que ambos marchasen para Apure, no con estrépito de armas sino con las de la suavidad y las que suministra la política. Al menos este paso destruiría la división del Departamento que ya se presenta, mientras que el Gobierno determina, y se lograría que siguiese reinando el orden, se impediría que con motivo de este trastorno levantase la voz aquel otro partido, *el de los zambos*, y mil más desastres. Usted me conoce y sabe que no soy asustadizo; pero temo ya mucho y me atrevo a pronosticar que no pasan quince días sin que vengan a este lado del Apure partidas de bandidos a robar bajo la bandera de Federación o de «Muera el Congreso y viva el hombre».

A pesar de que para mí no son extraños estos movimientos sino porque han tardado mucho, pues ellos son consecuentes o más bien el resultado último de una gran revolución como la nuestra, no sé qué partido tome el Gobierno. Le compadezco a usted por cierto. Puesto en el caso de pacificar por medio de la fuerza o de que la dignidad nacional sea ultrajada, quedando impunes los rebeldes, no sé qué partido abrazaría para curar un mal tan complicado. En mi carácter, yo abrazaría la máxima de un isleño: *O semos o no semos*, porque si andamos con estas, se nos indica el camino de hacer lo que cada uno guste.

Este es mi sentir como particular; pero yo creo que si usted tomase la resolución de venir a este país, su presencia sola calmaría todo, yo lo aseguro, y estoy cierto de que tendría un resultado glorioso para la nación y para usted.

Usted dispense que me haya atrevido a indicarle mi opinión, porque tengo derecho a ello como ciudadano y como su afectísimo amigo Q B S M,

N. PUMAR

P. D.—Le aviso que ya mis maletas y las de muchos se están llando: allá iremos a dar, porque no somos Senadores Romanos para esperar que nos degüellen sentados en nuestras sillas.

Panamá, mayo 30 de 1826.

Mi general y amigo querido:

Un vomitivo que tomé el 20 de este mes me privó del placer de escribirle por el correo de aquel día. La indisposición que sufría cuando escribí a usted mi anterior, se agravó seguidamente, y por más medicinas que me han aplicado no he logrado restablecerme del todo; pero estoy bastante mejor. Por mi desgracia, durante mi enfermedad han llovido las malas noticias. Ya yo no tengo cabeza para recibir tántos golpes, ni corazón para sentirlos. Los sucesos de Venezuela a fines de abril me han abismado en el pesar. Usted sabe que desde que se trató de la acusación al general Páez en la Cámara empezé a preverlos y a prepararme; pero no me han bastado mis precauciones para libertarme de una impresión extraordinariamente desagradable. Y usted qué hará? Este problema me atormenta más que los sucesos mismos. Como yo no encuentro partido claro que abrazar, lo considero a usted envuelto en las mismas perplejidades. Dios quiera que el buen genio de Colombia le haya aconsejado a usted algún bello expediente que concilie todos los intereses y salve tantas dificultades! Yo no espero sino saber el temperamento que usted adopte para formar juicio sobre el resultado. Hasta entonces estoy entregado a la confianza ciega que tengo en su prudencia, porque es el único alivio que he hallado a mi aflicción. Yo creo que usted no tomará una medida decisiva sino cuando sepa el semblante que los departamentos limítrofes a Venezuela hayan presentado. Lo contrario sería aventurar más la dignidad del Gobierno. Si Orinoco, Apure y Zulia siguen el impulso revolucionario que quiere dárseles desde Valencia, la cuestión varía de aspecto infinitamente, porque entonces no es ya una revolución sino una disidencia o cisión de la República que no parece prudente contradecir abiertamente. Si Venezuela se queda aislada, usted tiene más libertad para elegir los medios. Pero, qué digo elección? Cabe acaso alguna en la situación de la República? Con los medios actuales que usted tiene y en las circunstancias de amenaza exterior en que estamos, es imposible que pueda pensarse en las armas para reducir a su deber al ejército de Venezuela. Es preciso acudir a medidas políticas y conciliatorias, que si no produjeran efecto inmediato, nunca son infructíferas, y preparan el camino para las otras. Aunque no sea sino ga-

nar tiempo es un gran factor. Cuánto pudiera yo añadir si no temiera a los corsarios españoles!

A veces me ocurre que usted no resolverá nada sin convocar y consultar antes el Congreso. Si el que liga es el que puede desatar, el que desata es el que debe ligar. El Congreso con sus imprudencias ha provocado este desastre: que sea él el que lo remedie. Es muy regular que se repitan en nuestro tiempo los bellos ejemplos de Roma, y que nuestros Senadores y Representantes, a imitación de los de aquella ciudad, sean los primeros que empuñen la espada para sostener con Pompeyo las Instituciones. Ya veremos cuantos de nuestros famosos Catones se pasan con sus espadas si llegan a ser batidos. Yo estoy en el delirio del dolor, y usted no debe extrañar que haya dicho algún disparate. Por no decir otros muchos cambio de materia.

Recibí ayer su carta del 29 de abril y con ella *El Cometa*. No podía ser que me libertara yo de alguna calumnia de ese papelucho. Si mi conciencia no estuviera tan pura, y si no estuviera cierto de que mis amigos y cuantos hombres de juicio me conocen han de hacerme justicia, me habría indignado la *revelación*. Lo único que siento es que lo envuelvan a usted en el negocio, aunque no está tan clara la imputación contra usted. Yo no sé que me haga. Para contestar por escrito, como debo, es preciso revelar el negocio como ha sido en sí, y esto haría complicar más el enredo actual de Venezuela. Yo estoy dispuesto a todo, menos a ser causa de que se agraven los males de la República. Dígame usted lo que le parece para obrar en consecuencia. Sólo el canalla de Lander podía haber sido tan injusto. Ha de saber usted que ese hombre hizo esfuerzos extraordinarios por sacarme siquiera una palabra, y no lo consiguió nunca. Tengo para mí que el sentimiento de que yo no me haya prestado ni a oirlo sobre la materia, y el resentimiento por el artículo contra Domingo Briceño es lo que lo ha movido. Pueda ser que Páez me haya vengado puesto que si hay comprometimiento es de él y no mío.

De oficio sabrá que hemos enviado al Libertador las comunicaciones sobre Venezuela. Poco después han llegado los detalles tristes y horrorosos del asesinato de Peñalver y Escalona, marcha del general Mariño sobre Caracas, exacción de una contribución, etc. Estos nuevos documentos los llevará pasado mañana para

Guayaquil el Teniente Coronel Mosquera, con recomendaciones para que sigan de allí sin pérdida de tiempo. Es lástima que estas noticias no hayan ido con las otras, porque dan a conocer mejor que aquellas el carácter del mal, y lo que debe esperarse o temerse de él.

Permítame que le diga que he sentido en mi alma el aviso que he visto en la *Gaceta* de estar nombrado Narváez para ir a felicitar al Presidente Boyer. Esta misión es un acto profético de reconocimiento, y envuelve por consiguiente la necesidad de admitir usted el Ministro que él le enviará en retribución y el establecimiento de relaciones con Haití, fuera de tiempo a mi ver. Los aliados, a cuya resolución se ha referido este negocio, podrán graduar de inconsecuente la conducta del Gobierno, y usted sabe los demás males que son de temer.

Se han recibido aquí noticias de Lima hasta 18 de abril. El Congreso no se había instalado, y el Libertador permanecía en La Magdalena. Hay un pasaje muy gracioso entre el Libertador y la parte del Congreso o diputados que están en Lima. Supongo que usted habrá recibido los papeles de aquel Estado en que está este suceso, y que habrá visto también en ellos el ininteligible discurso del nuevo Presidente de Buenos Aires, señor Rivadavia, al tomar posesión de su puesto. Qué cabeza tan revuelta, por no decir vacía!

¿Me ha despachado mis letras de retiro? Yo las esperaba por el correo que me trajo su última carta, pero por desgracia no llegó el de aquí oportunamente, según usted me dice. Con tal que hayan venido en el del 9 de éste estoy satisfecho, y le doy desde ahora no mil sino miles de miles de gracias. Cabalmente llegará la orden cuando empiezan las enfermedades, y si he de juzgar por lo que he sufrido a la entrada de las aguas, yo no podría resistir aquí todo el invierno.

De Asamblea no hay que hablar, porque no hay más fundamento para creer que no se verifique sino el no haberse verificado hasta ahora; y tampoco hay razón para creer que vengan los Ministros que faltan cuando hasta hoy no han llegado. Los Ministros de Guatemala han recibido una carta de su Plenipotenciario en Méjico, en que por toda esperanza se dice «que es regu-

lar que los Ministros de aquella República salgan en todo el mes de abril». Más regular era que hubiesen venido en noviembre o en marzo como positivamente lo ha ofrecido su Gobierno; y puesto que no lo han hecho no debemos esperar que lo hagan. Pueda ser que al fin les dé vergüenza y se muevan. Entonces habrá un motivo para que lo celebremos; pero ahora no hay ninguno para que lo esperemos.

¿Dónde recibiré la respuesta de ésta? Yo estoy indeciso todavía sobre la dirección por donde deba irme. Las cosas de Venezuela me han quitado la tentación de irme a La Guaira directamente, porque ni me es honroso ni conveniente mezclarme en sus disidencias. Por consiguiente no me quedan otros caminos que la Buenaventura y Cartagena. Estoy más inclinado a este último, pero no resuelto, porque depende de las noticias que haya sobre escuadra enemiga al tiempo de partir. Si hay buques españoles sobre estas costas me voy por el Sur, con eso me liberto de peligros, veo a usted de paso, o recibo nuevas órdenes, y conozco el bello país del Cauca. En todo caso yo espero que usted me permitirá tomar mis medidas para sacar a mi mujer del teatro de la insurrección.

Adiós, mi general. Siempre tendré un placer verdadero en ser su afectísimo e invariable amigo,

Perucho (PEDRO BRICEÑO MÉNDEZ)

República de Colombia.—Arauca, 31 de mayo de 1826.

Sor. Vice-Presidente de la R. G. Francisco de Paula Santander.

En la ciudad de Guadalito se solemnizó una fiesta el 29 de los corrientes con bailes, diversiones y vivas de este modo «Viva el general Páez y muera el Congreso», cosa que no tan solo me ha sorprendido sino que me he visto en el caso de significarlo a S. E., así como que incontinenti están reuniendo armas y todo elemento de guerra. Lo significo a V. E. en fuerza del respeto y subordinación que debo a la Ley, la que en todo caso puede contar con mi persona y bienes hasta el último aliento. Este pueblo donde vivo conozco es de mis mismos sentimientos.

Dios guarde a V. E..

JUAN ANTONIO ROMERO

Guaduas, 31 de mayo de 1826.

Sr. Gral. Francisco de Paula Santander.

Mi apreciadísimo general y mi amigo favorecedor:

Por fin tengo la satisfacción de escribir a usted más de cerca. Ayer tarde he llegado a esta villa, después de 36 días de las más crueles mortificaciones en mi viaje, pero todas compensadas por el más vehemente deseo de dar a usted un estrecho abrazo de amistad, que lograré dentro de 8 días, si bajan harinas de esa capital, porque el mal estado del camino produce las dificultades o negativa de parte de estos vecinos para alquilar mulas, según he oído a algunos. El señor Acosta se me ha mostrado muy indiferente, y aun algo más....

Sentiré no haya recibido usted mis últimas cartas de 1.º, 15 y 30 del pasado abril, por el correo de Ocaña, y otra del 12 del que hoy expira, que escribí muy a la ligera en el brazo *Rompedero* del Magdalena, por aprovechar al correísta de Cartagena, que me ofreció traerla a mano hasta Honda. En todas partes me intereso por saber de la salud y de los triunfos de usted.

¿Qué tal le ha parecido el patriotismo del ilustrado Peñita? ¿Se acuerda usted de lo que le dije en meses pasados sobre este mochuelo? Y qué bello modelo de desinterés el de su amigo el ex-sochantre! Bien podría éste irse a reunir a aquel en la isla de su acostumbrado refugio (Trinidad), para que nos dejasen más tranquilos; porque de nuestros enemigos, los menos, aunque sean del caletre de tales independientes y libres....

Adiós, mi querido general: hasta que llegue a tener el honor de ser su huésped, se despide su constante, agradecido amigo,

JOSÉ FÉLIX BLANCO

Lima, 1.º junio 1826

Señor general Francisco de Paula Santander—Bogotá.

Mi respetable amigo y señor:

Como he creído que era mi primer deber saludar a usted inmediatamente después de mi llegada a ésta, aprovecho con el mayor placer la ocasión que me presenta la salida del señor O'Leary para esa capital, sin embargo de algunas ocupaciones que

me impedirán tal vez escribir a usted tan extensamente como quisiera.

Estoy aquí desde el 27 último, habiéndome embarcado en Panamá el 15 de abril. Mi viaje no solo ha sido muy feliz sino que también me ha proporcionado el gusto de conocer una hermosa parte de la república de Colombia desde Bogotá hasta el Istmo, y la satisfacción de admirar el orden y regularidad que reina en todas partes, no menos que el patriotismo y virtudes de las autoridades y los pueblos.

Ya he dado cuenta de mi comisión. S. E. el Libertador y el Gobierno creen que se ha hecho algo por parte de los comisionados para desempeñarla con acierto, sin hacerse cargo de que ellos no han hecho otra cosa que cumplir literalmente con las reglas que se les dió en las instrucciones. Estas, por una parte, y el Congreso de Colombia, por la otra, lo han hecho todo. Mas esta equivocación tiene su origen en la misma capital de Bogotá, porque el Libertador me ha dicho que usted le ha escrito en términos seguramente exagerados no sé qué cosas sobre la conducta pública y particular de los comisionados. Ellos, además, han sido altamente recomendados por usted al Gobierno del Perú, por medio de una comunicación dirigida al señor Agente de Colombia.

¿Es posible, señor general, que lleve usted hasta el exceso la generosidad de su carácter, y que no contento con los favores, consideraciones y honrosas muestras de amistad con que ha querido distinguir a mi compañero y a mí, se haya dignado añadir nuevos y grandes motivos a nuestra gratitud, y ocuparse todavía de nosotros, aun después de haberle merecido más cuidados de los que podíamos atrevernos a esperar? A usted se debe, pues, el aprecio con que han sido recibidos nuestros pequeños trabajos y toda la gratitud de nuestro corazón.

Yo he tenido el disgusto de encontrarme aquí con algunas ocurrencias bastante desagradables, que ya debe usted saber, porque hace días que han pasado. Tiemblo todavía, señor general, cuando recuerdo el riesgo en que estuvo el país de ser abandonado por el Libertador; y crea usted que si hubiera sucedido tal desgracia, mucho más funesta que nunca en el presente estado de cosas, lejos de tomar tierra en el Callao, me hubiera trasbordado al punto, y hubiera emprendido nuevo viaje con cualquiera direc-

ción. Quiera el destino que nunca vea yo realizarse los temores que he indicado a usted alguna vez en nuestras conversaciones particulares! De contado, mientras el Libertador esté entre nosotros, nada temo.

Es preciso concluir. Todos los días me halaga la esperanza de volver a ver a usted. Si así fuese, si yo tuviera esta gloria, si este país tuviera la felicidad de ser visitado por usted alguna vez, yo vería satisfecho el deseo más ardiente de mi corazón.

Mientras lo consigo, pues no quiero dudarlo, crea usted, señor general, que nada puede lisonjearme tanto como que usted me favorezca con su amistad, demasiado lisonjera para mí; y ruego a usted que no dude del sumo aprecio, afecto y respeto que le profesa su muy atento y muy obediente servidor, Q. B. S. M.,

MANUEL FERREYROS

Lima, junio 2 de 1826

Excmo. Sr. Gral. Francisco de Paula Santander.

Muy señor mío de todo mi respeto:

Desde Cartagena tuve el honor y placer de escribir a V. E. tanto por congratularle con motivo de la reelección tan digna y justamente verificada por el Congreso en la persona de V. E. como para manifestarle mi reconocimiento por las atenciones de que le soy deudor. Ahora tengo el gusto de hacerlo desde esta capital a la que he llegado en estos días, habiendo empleado cuarenta y uno en el viaje de Panamá a el puerto del Callao.

Hemos encontrado aquí a S. E. el Libertador; nada podía serme más lisonjero, atendidas las circunstancias del país que imperiosamente reclaman su presencia, como también por los muy vivos deseos que tenía de verle. El me ha dicho lo que V. E. ha tenido la bondad de escribirle en favor de mi compañero y mío. Tan distinguida señal de afecto, entre tantas otras con que me ha honrado, llena mi corazón de la más acendradada gratitud, que no soy capaz de manifestarla con la viveza que la siento. Conociendo las grandes cualidades que distinguen a V. E. nada podía ser más grato para mí al regresar a mi patria que saber que V. E. estaba satisfecho de mi conducta pública en esa capital.

Tengo el placer de ofrecerme de V. E. su obsecuente seguro servidor, Q. B. S. M.,

GERÓNIMO AGÜERO

(Duplicado).

New York, 3 de junio de 1826

Excmo. Señor General Francisco de Paula Santander, Vice-Presidente de la República de Colombia, encargado del Poder Ejecutivo, etc.

Mi apreciado general:

Unicamente por tener el honor de escribir a V. E. tomaría la pluma, pues tengo mi cabeza atormentada por la suerte de mi desgraciada patria, Venezuela, que al fin ha caído en las manos de la facción que ha estado amenazándola. En ninguna época la revolución que ha reventado ha podido ser más fatal, y parece que los mismos colaboradores han querido presentarse a la faz del mundo para que todos puedan darles su verdadero valor. Aquí, que es la cuna de los principios republicanos y de la libertad, es que yo quisiera que oyesen los revoltosos la opinión que ellos merecen, pues no he oído sino declamar en su contra, y todos aquí los consideran apoderados de una ambición brutal que va a confundirlos en el oprobio y la desgracia.

La república de Colombia por su unión, su orden y su estabilidad (debido todo al centralismo) ha sido el punto de apoyo para las otras repúblicas hermanas, y por los mismos principios de unión, orden y estabilidad mereció el reconocimiento de los Estados Unidos y de la Inglaterra. Ya las demás potencias de la Europa estaban también en los momentos de darnos el derecho a que nos habíamos hecho acreedores, y hasta la España se nos había asegurado últimamente estaba bien dispuesta a entablar negociaciones; así es que el horizonte de la paz y de nuestra felicidad se nos había presentado con los colores más vivos, mas ahora vuelto a obscurecer por el impulso de una mano ingrata y fratricida, nos amenaza de una tempestad política cuyos efectos pueden ser muy fatales si el gobierno de la república no hace sostener la Constitución que el pueblo ha jurado y no hace un escarmiento con los que han querido infringirla. En fin, mi amado general, omito extender, mis reflexiones, porque sólo podrán hacer más angustiada mi situación.

He escrito a V. E. antes dándole mis agradecimientos los más sinceros por el honor que he recibido siendo nombrado para representar a Colombia cerca del gobierno del Brasil; pero ahora

como los disturbios de Venezuela y la dudosa sitación actual del Emperador y Rey también de Portugal por la muerte de su padre, quizá podrán hacer que nuestro gobierno juzgue más conveniente suspender la Legación hasta mejor oportunidad, yo me atrevo a confesar a V. E. que si así sucediere continuaría gustoso en la plaza de Cónsul general que ahora desempeño aquí, hasta que se me considerase merecedor del mismo empleo de Cónsul general en alguna de las capitales de Europa, pues ya que he empezado la carrera consular me convendría continuarla con preferencia a la diplomática que requiere cualidades de que yo carezco. Además, mi general, los empleos de Ministros es verdad que son sumamente honoríficos, pero son humillantes para los que no tienen fortuna de su casa para poderles dar el brillo que ellos exigen; porque teniendo siempre que concurrir con las primeras personas de la sociedad y con el cuerpo diplomático es imposible que el amor propio y el honor nacional queden satisfechos haciendo un papel más inferior que el de los otros, y por la misma razón obscuro y puede ser despreciable. Dispénseme V. E. que yo haga esta confesión sincera; pero, ¿a quién mejor que a V. E. podré dirigirme?

Deseo que V. E. se conserve bueno, y que me crea siempre su apasionado y agradecido Q. B. S. M.,

LEANDRO PALACIOS

Barcelona, 8 de junio de 1826

Mi querido general Santander:

Creía que estos momentos fuesen los en que debía ocuparme para solicitar mi retiro, como dije a usted en mi anterior de veintitres de enero y 13 de abril próximo pasado, pero desgraciadamente se ha presentado un acontecimiento extraordinario, el mismo que yo le anuncié a usted en Bogotá. Los cabildos de Valencia y Caracas han reasumido en sí (sin poderlo) la soberanía de Colombia, y contando con una disposición general en todos los pueblos, se hallan con el desengaño, porque ellos todos no propenden a otra cosa que a sostener la Constitución, las leyes y el Gobierno.

El desgraciado general Páez aparece yá entre nosotros criminal, aunque no por esto debo considerarlo con las mejores inten-

ciones (*sic*), y para del todo ponerme en su contra necesito ver providencias emanadas de su corazón que aún no juzgo dañado. Es verdad se encuentra al frente de una facción, en el mismo momento que obedeciendo al Gobierno había entregado el mando; esta operación es la que me envuelve para no considerarlo infiel, porque si tal obra fuese hija de sus entrañas, ¿qué motivo tuvo para no haberlo hecho cuando la autoridad que representaba estaba toda la fuerza armada? (*sic*) Por otra parte, noto que con expresiones altamente sensibles para los fieles servidores de la patria llama al bienhechor de ella, no como jefe de la República de Colombia, sino como a un consejero mediador o director en sus ideas. Todo está al alcance del hombre, y el virtuoso sensato procede siempre de acuerdo con las circunstancias. El papel recibe cuanto en él quieran estampar, y yo no creo en ninguno de ellos y sí en el corazón del hombre. Este desearía ver por medio de su órgano conocido entre nosotros, vestido del general Páez (*sic*). Tales son mis sentimientos y mis actuales ocupaciones de imaginación, redondeando los heroicos e interesantes servicios que este hijo de Colombia tiene prestados por su libertad e independencia, y de que es necesario ser un desnaturalizado para dar herida tan mortal a la misma que le ha dado el sér; no creo, pues, en nada hasta no ver los resultados, aunque más se me diga que ya están de manifiesto. Es duro el caso, y necesito razones más circunstanciadas de los acontecimientos y circunstancias en que se vió este jefe.

El general Páez me ha escrito una carta seductiva, que presenté inmediatamente al general Bermúdez, la cual envuelve porción de crímenes; pero hasta aquí dificulto que ella sea obra de sus sentimientos. Usted la verá seguramente, porque el general Bermúdez deba remitírsela. Mi contestación se redujo a lo que leerá usted en la adjunta copia.

Plegue al Cielo que los malvados, autores de las presentes y futuras desgracias de Colombia, paguen con sus vidas, antes que se acrecienten los males que para ella solicitan. Yo estoy creído que todo es obra de Peña, Carabaño y Pablo Díaz, y Dios quiera que éste no envuelva a los otros en medio de las confusiones.... presentándoles en triunfo al señor don Fernando a Puerto Cabello. En fin, veremos los resultados desde el pacífico de-

partamento de Orinoco, que fiel a las leyes y al Gobierno trabaja incesantemente por su felicidad interior y exterior.

No ocurre otra cosa que acusar a usted la falta de recibo de mis notas de trece de abril.

Belén envia a usted mil cariños, y yo que disponga del fino afecto de su afectísimo amigo Q. B. S. M.,

CARLOS PADRÓN

COPIA DE UNA CARTA AL GENERAL PAEZ

Barcelona, 7 de junio de 1826

Mi querido general:

Todo el placer que recibió mi corazón al ver la primera comunicación que me dispensaba su amistad y su generosidad fue envuelto en sentimientos, después que leí los renglones que adornaban sus columnas. Yo dije a mi mismo: Desgraciado momento! Suerte adversa! Cómo es que ahora te presentas a ofrecer la amistad más apreciable de uno de los héroes de la Patria, cuando la maledicencia le ha envuelto para hacerle manchar tal vez los heroicos e interesantes servicios que por la libertad de Colombia ha presentado?....

La solicitud es santa: pero yo considero que ni son los momentos llegados, ni legítimo el modo para conseguirlo. Con una idea, sobradamente meditada, me atrevo a asegurarle a usted que no los diez mil hombres que ofrece sino mucho menos estoy resuelto a capitular siempre que ellos vengan con los santos deseos de sostener la Constitución, las leyes y el Gobierno legítimamente instituído por la voluntad libre y espontánea de la soberanía de los pueblos, a quien he jurado sostener y defender hasta el caso de sacrificar lo más precioso: la propia vida.

Tales son, mi querido general, los sentimientos de que estoy animado por el ejemplo que usted y los demás jefes de la República tan virtuosamente han dado en todos tiempos. ¿Y podrá esperarse otra cosa en lo sucesivo del benemérito general José Antonio Páez? No, no lo creo. Yo espero que con su acostumbrada virtud hará desaparecer la densa nube en que quieren envolverlo para manchar los triunfos y los laureles que con tanta gloria y honor ha sabido recoger en los campos de Marte.

Honor y gloria ofrecemos a nuestra patria; odio eterno y venganza justa a los que quieran sepultarla.

Así está adornado el corazón de quien quiere el gusto de titularse de usted su afectísimo servidor y amigo Q. B. S. M.,

CARLOS PADRÓN

Excmo. Sr. Francisco de P. Santander. — Bogotá

Cartagena, junio 9 de 1826-16°

Señor:

Dígnese V. E. leer esta carta por detestable que sea a sus ojos el autor. El amor a la patria y el de mi propia conservación me obligan a olvidar resentimientos y sacrificar el pundonor en aquellas aras. Si la calumnia es un crimen, la justa delación de los males públicos es la prueba de la mayor probidad; sin embargo me cuesta muchísimo vencerme, por la debilidad que al parecer encierra ese papel, a que por otra parte nos obliga el pacto social en beneficio de la comunidad, que se interesa en la renuncia de nuestras venganzas, encargadas a la autoridad pública, particularmente en Colombia.

Por este exhordio no dudo comprenderá V. E. el negocio de que voy a hablarle con la calma que inspira la inocencia. Sí, hablo del último escándalo del general Padilla, que ha ahuyentado, según entiendo, al Ministro de S. M. B., y que ha puesto en consternación el país por algunos días, que han corrido en mi mayor dolor y vergüenza; pues no esperaba un nuevo insulto de parte de un hombre a quien he salvado la vida dos veces, y a quien creía arrepentido del crímen con que me rompió el brazo izquierdo el año pasado en un templo a que nos invitó la religión (*sic*); pero, cuán cierto es que la impunidad es el mayor mal que puede hacerse al mismo criminal y a la sociedad, V. E. lo conocerá por la conducta del general Padilla, que no vive sino para insultar la sociedad.

No soy solo el oprimido; lo son otros muchos, y entre ellos oficiales como Villarreal, humildes y buenos servidores; lo es la primera clase del pueblo, que no puede ser culpable de que Dios la haya dado un nacimiento distinguido por los hombres, que no se atreve a pronunciar siquiera (*sic*).

Si es delito entre nosotros enrostrar a un ciudadano el origen de su africana casta, mucho más debe serlo amenazarle con la muerte por ser blanco, o descendiente de padres tenidos por nobles.

Con esta cantaleta tiene amedrentada Padilla a esta clase de ciudadanos, que carecen de libertad para la más inocente discusión. Colocado por la suerte en medio de ambas clases por mi nacimiento y enlace, nunca tengo cuándo temer su partido, porque soy querido de la nobleza, a quien procuro sostener, al mismo tiempo que adorado de la gente de color, cuyos derechos he proclamado y sabido defender contra la opresión de cualquiera.

Con esta seguridad podría contar, si no me engaño, en cualquiera emergencia; pero si se dá lugar al menor movimiento todo es perdido. La canalla, a quien insolenta el general Padilla, se produce ya con desenfreno, y todos callan de temor; mas yo creo que es un delito ocultar al Gobierno este mal.

Por no incurrir en él, dirijo a V. E. ésta, que si fuere despreciada, tendré la gloria de no haber sido traidor a la Patria.

No crea V. E. en el patriotismo interesado del general Padilla, ni esos sus encomios que no tienen otro objeto que engañarle para que V. E. le proteja, haciendo recaer el odio de su impunidad sobre el Gobierno.

No fue por otro principio que Padilla se puso a la cabeza de la reelección, que seguramente no habría tenido enemigos si los buenos patriotas no hubiesen sospechado fines funestos en un negocio presidido por malvados conocidos.

Con esto digo a V. E. más de lo necesario, para que se persuada de la integridad con que le hablo, concluyendo con ofrecerle mi mano, a fin de acabar con esos enemigos del reposo público. La respuesta de V. E. marcará la conducta de su muy humilde servidor,

IGNACIO MUÑOZ

P. D.—Tengo a la vista un impreso que habla del recibimiento de general Laborde en Jamaica. En él se declara por enemigo público a Juan de Francisco y a mi, sin nombrarme, atribuyéndome que siembro la discordia. Mi vida consagrada en medio de los primeros Magistrados a un trabajo infatigable por la causa pública de la justicia, me pone a cubierto de esta calumnia, como de otras del general Padilla, a quien siempre se halla a la cabeza del partido de sus africanos. Este general ofrece batir a Laborde; pero yo sé que ningún oficial de honor, ni los marineros mismos desean concurrir a ninguna función de guerra a las órdenes de un hombre que no tiene otros talentos que los de apropiarse la victoria y el botín a toda costa.—Vale, MUÑOZ

EXTRACTO DE ACTAS DE LAS SESIONES

SESIÓN DEL DÍA 1.° DE JULIO DE 1933

Presidió el señor Vicepresidente y concurrieron los señores: Restrepo Sáenz Eduardo, García Ortiz, Marroquín, Moros, Otero D'Costa, Samper Ortega, Otero Muñoz, Bermúdez, García Samudio, Forero, Borda, Ortega Ricaurte Enrique, Hernández de Alba y el Secretario.

El doctor García Ortiz, después de haber sido felicitado por su reciente regreso al país, relató sucintamente sus impresiones de Lima y de Santiago de Chile.

El señor Hernández de Alba leyó un estudio suyo sobre una tentativa de conspiración contra el general Nariño en la campaña del Sur, en la cual figuraron personajes como Cortés Campomanes, y José, Barón de Chambourg.

Fue elegido miembro correspondiente el R. P. Gregorio Arcila Robledo.

El doctor García Samudio informó haber recibido un album de fotografías de una colección de objetos indígenas de que es propietario don Santiago Vélez, a fin de que la Academia conozca la existencia de esta clase de objetos. Los señores Otero D'Costa y Samper Ortega hablan del valor de la colección del señor Vélez, una de las mejor ordenadas, e insinuaron la conveniencia de estudiar si sería posible adquirirla.

Los señores Restrepo Sáenz Eduardo y Marroquín, comisionados para estudiar lo relativo a las festividades de la Bandera de la Raza, propusieron que este asunto pasase a la comisión de festejos patrios, y así se aprobó.

Se leyó el informe de los señores Forero y Hernández de Alba sobre los capítulos que de la biografía del general Santander ha enviado su autor, el señor R. O. Rivera, y propusieron un voto de simpatía a la labor realizada hasta ahora por dicho señor Rivera.

Se declaró la vacante de las sillas de académicos de número que ocupaban los doctores José Joaquín Guerra y Diego Mendoza, y se fijó la sesión próxima para presentar candidatos a estos dos sillones.

Se aprobó la siguiente moción de los señores Otero Muñoz y Cortázar:

> «La Academia Colombiana de Historia envía un voto de viva complacencia al señor D. Daniel Samper Ortega, muy digno director de la Biblioteca Nacional, por la admirable labor que ha desarrollado en ese establecimiento, propendiendo por el fomento de la cultura patria, esforzándose por la conservación y catalogación de los importantes documentos bibliográficos allí existentes y, en fin, logrando obtener la apropiación de partida para iniciar trabajos en un edificio adecuado al funcionamiento de la Biblioteca. Al propio tiempo manifiesta al colega Samper Ortega que la Academia vería con sumo agrado se sirviera dar lectura en la próxima sesión a los párrafos más salientes del informe que ha presentado al señor Ministro de Educación Nacional sobre la marcha de la Biblioteca en el año transcurrido de julio de 1932 a junio de 1933, con el objeto de tener exacto conocimiento de trabajos que tanto por su índole como por mandato de la ley caen bajo la jurisdicción intelectual del Instituto».

Se dió cuenta de que el Ministro de Gobierno había accedido a la publicación del folleto del señor Rivas: «Colombia y España. Tentativa de reconciliación en 1851».

El doctor García Ortiz anunció haber traído desde Chile el 4.° volumen de la obra «Las Campañas militares del Libertador», escrita por el señor D. Francisco Rivas Vicuña, grande amigo de Colombia y figura saliente en el escenario intelectual de Chile. De dicha obra, que consta de 5 volúmenes, el señor Rivas ha publicado los dos primeros, y siendo el 4.° el que más nos interesa, el doctor García Ortiz lo trajo para su publicación en Colombia.— Acogido este pensamiento, se nombró una comisión que propondrá lo conveniente.

Se puso en conocimiento de la Academia la lista de los libros recibidos hasta hoy.

SESIÓN DEL 15 DE JULIO DE 1933

Presidió el doctor Zuleta y concurrieron a esta sesión los señores Arrubla, Rivas, Matos Hurtado, García Samudio, Otero Muñoz, Samper Ortega, Moros, Marroquín, Bermudez, García Ortiz, Restrepo Sáenz Eduardo, Forero y el Secretario.

El R. P. Rochereaux hizo, por conducto del señor Matos, un obsequio al museo de la Academia, consistente en un alto relieve en madera de la figura corporal de Gonzalo Jiménez de Quesada.

Se leyó el informe del académico Ortega Ricaurte acerca de unas relaciones históricas que presentó el doctor García Samudio con destino a un Atlas geográfico que el gobierno ha adquirido en Italia. Se aprobó la conclusión que dice:

> «La Academia Colombiana de Historia estima que las relaciones históricas elaboradas por el doctor Nicolás García Samudio, destinadas a introducción de los mapas históricos de Colombia pertenecientes al atlas de Codazzi, y que el Ministerio de Educación Nacional insertará en la edición de un Atlas histórico universal que dicho Ministerio ha contratado, están ajustadas a la verdad histórica y servirán para explicar mejor tales mapas en las escuelas y colegios nacionales. La Academia estima también que la publicacion de tal Atlas será muy benéfica para la enseñanza de la historia nacional en sus diversos periodos. Comuníquese esta proposición al Ministerio de Educación Nacional como respuesta al oficio dirigido a la Academia el 13 del presente mes sobre este punto».

El académico Samper Ortega leyó un capítulo del informe que como Director de la Biblioteca Nacional ha presentado al Ministerio de Educación Pública. En dicho capítulo el señor Samper analiza los diferentes progresos de la Institución que dirije y deja entrever los prospectos que tiene entre manos para que la Bibloiteca sea un verdadero foco de cultura nacional.

Como resultado del estudio sobre la necesidad de revisar los 24 tomos del archivo Santander, la comisión, formada por los señores Rivas, García Samudio y Forero, presentó el siguiente proyecto de resolución, que fue aprobado:

> «La Academia resuelve destinar de sus fondos disponibles la suma de $ 200 para atender a la erogación que exige el trabajo de confrontación con los originales y corrección de errores de todos los tomos publicados del Archivo Santander. Este trabajo comprenderá también la corrección de pruebas de la publicación que se realice y la formación de los índices de las personas citadas en los documentos del archivo. La Academia nombrará un académico para realizar este trabajo a la mayor brevedad posible».

Fue designado para tal efecto el doctor Otero Muñoz.

En seguida se aprobó la siguiente moción de los señores Morales Olaya, Zuleta y Cortázar:

«En atención a que en el mes de diciembre próximo se cumple el centenario del nacimiento del doctor Dámazo Zapata, eminente patriota que consagró buena parte de su vida a la Instrucción Pública, la Academia resuelve nombrar una comisión de dos miembros para que proponga en próxima sesión la parte que la Academia debe tomar en la conmemoración que se proyecta». La comisión quedó constituida por los señores Rivas y García Samudio.

Se hizo luégo la postulación de los nombres de los académicos correspondientes que habrán de reemplazar a los doctores Guerra y Mendoza Pérez. Resultan propuestos los señores Daniel Ortega Ricaurte, Guillermo Hernández de Alba, Victor E. Caro, Max Grillo, Manuel José Forero, Manuel M. Tobar, todos ellos muy dignos de ocupar los sillones que la muerte ha dejado vacíos últimamente.

SESIÓN DEL 1.° DE AGOSTO DE 1933

Presidió el señor Vicepresidente Zuleta, y concurrieron los señores Rivas, Marroquín, Restrepo Sáenz Eduardo, Casas, Restrepo Sáenz José María, Moros, Otero Muñoz, Matos Hurtado, Otero D'Costa, García Samudio, García Ortiz, Samper Ortega, Arrubla, Robledo, Botero Saldarriaga, Arias Argáez, Escobar Roa, Ortega Ricaurte Daniel, Hernández de Alba y el Secretario.

El señor Presidente dió cuenta de la correspondencia cablegráfica, telegráfica y aérea ente la Academia y las Corporaciones similares de Caracas y Quito con ocasión de la fecha del 24 de julio, onomástico del Libertador.

Se leyó un telegrama de la RR. PP. Dominicanos de Chiquinquirá, destinado a agradecer el homenaje que esta noche iba a rendir la Academia al Padre Fray Bartolomé de las Casas. En efecto, la sesión de esta noche tenía ese objeto, y a los acordes del Himno Nacional, el señor Presidente comisionó al R. P. Martínez para descubrir el lienzo, obra del maestro Leudo, que representa la figura apacible del P. Las Casas, benefactor de los indígenas. Este retrato, entregado por la Junta de festejos patrios, entra a formar parte de nuestra galería de historiadores—Hizo la entrega del retrato del Padre Las Casas el señor Presidente de la comisión de festejos, señor Samper Ortega.

El señor Rivas presentó un ejemplar de la obra que acaba de publicar bajo el nombre de «Cuatro figuras colombianas: Mosquera, Posada Gutiérrez, Mejía, Núñez». La Academia lo felicitó por este nuevo aporte bibliográfico.

SESIÓN DEL DÍA 16 DE AGOSTO DE 1933

Presidencia: doctor Zuleta. Estuvieron presentes los señores académicos Arias Argáez, Uribe Antonio José, Samper Ortega, Otero D'Costa, Otero Muñoz, Marroquín, Gómez Restrepo, Moros, García Samudio, Rivas, Bermúdez, Arrubla, García Otíz, Restrepo Sáenz José María, Restrepo Sáenz Eduardo, Quijano, Botero Saldarriaga y el Secretario.

El señor Presidente informó acerca de las gestiones que ha hecho para el logro de la pronta desocupación de los locales del edificio que aún faltan por entregar, y para la adquisición de una imprenta que permita la publicación regular del Boletín.

El señor Rivas obsequió para la Biblioteca un ejemplar de un folleto suyo: «La familia Santamaría en Antioquia», donde hay datos que pueden interesar a la Academia.

Varias Academias y Centros de Historia expresan su sentimiento por la muerte del doctor José Joaquín Guerra.

Al estudio de los señores Arias Argáez y Restrepo José M. pasó una solicitud de la Academia de Cartagena para apoyar la conveniencia de que la nación adquiera la casa donde habitó y murió el doctor Rafael Núñez.

La legación de Italia en Bogotá envió un ejemplar del libro que recientemente ha publicado la ciudad de Génova para demostrar el origen y la patria de Cristóbal Colón.

El Centro de Historia de Santa Marta remite copia del acuerdo que aprobó sobre honores al eximio literato doctor Rafael Celedón.

Fue nombrado el doctor José Camacho Carreño para representar a la Academia en el 4.° Congreso de Historia que se reunirá en Buenos Aires el 12 de octubre de 1933.

Se acordó a solicitud del doctor Arias Argáez informar al Concejo de Bogotá acerca de que el Barón de Humboldt no habitó en la calle 12 de esta ciudad, y que por consiguiente convendría fijar bien el sitio donde se quiere colocar una placa de mármol en homenaje al Barón.

Se eligieron académicos de número, así:

Al señor Guillermo Hernández de Alba, para ocupar el sillón del doctor José Joaquín Guerra, y a D. Manuel José Forero para ocupar el del doctor Diego Mendoza Pérez.

El Secretario de la Academia,

ROBERTO CORTÁZAR